

# EL TEMPLARIO

MILA BELDARRAIN



Lectulandia

Una historiadora y una psicóloga entran en contacto en la Basílica de Santa María de San Sebastián con un misterioso personaje. Se trata de un templario, muerto en la leprosería templaria, que hubo en su tiempo en Arizkun, Navarra. Este encuentro les llevará a vivir una apasionante aventura y a conocer todos los misterios del Temple.

**Lectulandia**

Mila Beldarrain

# **El Templario**

ePub r1.0  
mnemosine 17.09.15

Mila Beldarrain, 2014

Editor digital: mnemosine  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# CAPÍTULO I

El jueves 29 de setiembre, según el santoral católico día de San Miguel Arcángel, recibí el *e-mail*. Remitente, «Beau sire». Gran sorpresa.

Yo andaba enredada con los templarios, la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo del Templo de Salomón. Intentaba por enésima vez dar el pelotazo, que nunca llega, escribiendo una novela de esas que se convierten a la media hora en *best-seller*.

*Beau sire* eran las palabras de saludo y despedida habituales entre los freires templarios, por eso me sorprendió el *e-mail*.

Crucé los dedos y abrí el mensaje, rezando para que no fuera el señuelo de un friqui enloquecido que me quería colar ladinamente un virus maligno.

El texto era escueto:

Tengo información inédita sobre la Orden del Temple. Mañana, a las 20pm, te estaré esperando en el camarín de la Virgen del Coro de la Basílica de Santa María. Te interesa. Ven sola. Que San Miguel Arcángel, protector de la Orden, te ilumine.

Terminé de leer el texto y me comí una uña, hacía dos años que no me comía ninguna. Guarrindongamente escupí aquel pequeño trozo de mí misma, que salió despedido contra la pantalla de mi Mac. Estaba confusa, no sabía qué hacer.

La escenografía que me proponía el mensajero, Basílica de noche, camarín solitario de la Virgen del Coro (virgen negra, por cierto), eco de mis pasos recorriendo las naves de la iglesia..., me olía a basurilla gótica, todo muy barato.

Aquello era cosa de algún fanático con la cabeza llena de griales, tablas esmeraldas, maríasmagdalenas, merovingios, cátaros y bofamets.

«No, no y no, no voy», decidí. ¿Qué información inédita, ni qué nada? La documentación, que existe sobre el Temple, la conoce ya todo el mundo, aunque, eso sí, a veces bien manipulada para hacerla más interesante. No pienso arriesgarme a encontrarme con un loco...

Pero me porté bien, porque tardé solo unos minutos en admitir que me moría de ganas por conocer a aquel *Beau sire* y que lo que me pasaba era que aquella cita me daba mucho miedo, miedo común, de ese que te deja la boca polvorienta y la autoestima menguada.

Luego, imaginé la escena.

La Basílica de Santa María es grande, barroca, apretada de ecos y de rincones oscuros. Por detrás del altar mayor hay unas escaleras que llevan al camarín de la Virgen del Coro, patrona de la ciudad. Allí precisamente hice yo la Primera Comunión. El camarín es una capilla recogida, que guarda la imagen de la Virgen. Vírgenes negras, diosas madre, receptoras de las energías telúricas de la Madre

Tierra, vírgenes templarias.

Iba a ir a la cita, por supuesto que iba a ir.

A las 19:45 estaba allí como un clavo.

Entré en Santa María. No había nadie. Una especie de sacristán apagaba las velas de la última misa. Hora de bajar la persiana, estaba claro, y aquel buen hombre no iba a dejar que me quedara a pasar la noche en la iglesia. Pero, cuando me di media vuelta para salir, el hombre me llamó.

—¡Eh, oiga!

Tenía voz de niña acatarrada.

—¿Sí?

—¿Es usted la que va a ir al camarín?

—Pues sí.

—Ahora ya me puedo ir. Ha sido usted muy puntual. Eso está muy bien, se lo agradezco.

El sacristán siguió trajinando por el altar mientras charlaba conmigo, de pronto el ambiente era tan cotidiano como una tortilla de patatas, y aquel templo grande y solitario perdió misterio.

—El padre Simón me ha dicho que le dé las llaves y que usted se encargará de cerrar. Tenga, y que usted lo pase bien.

Oí mis pasos retumbando oscuros por los rincones, mientras me acercaba con cara de boba a recoger las llaves. Le di las gracias y me perdí por detrás del altar, allí estaban las escaleras que llevan al camarín de la Virgen.

Las escaleras olían a moho viejo, a humedad de siglos. Durante unos segundos recordé la emoción del día de mi Primera Comuni3n, cuando vestida de blanco y con un librito de nácar precioso que todavía guardo, subía estas mismas escaleras. Ahora, el camarín estaba en penumbra, iluminado solo por las velas del altar. La Virgen del Coro, pequeñita, morena, con el Niño en sus brazos, se asomaba a un manto bordado en oro. Pensé que me miraba tranquila.

Me senté en uno de los bancos que hay allí y me puse a reflexionar.

No entendía nada de lo que estaba pasando. Si el sacristán sabía que yo iba a ir, si aquel padre Simón le había dicho que me diera las llaves, quería decir que el *e-mail* misterioso procedía de la curia, del obispo, de un cardenal, de Benedicto XVI o del mismísimo Papa Francisco. Respiré hondo y dejé de novelar.

Se estaba bien allí. Había paz.

Y entonces salió de la oscuridad sin hacer ruido.

No hubo ningún signo especial que anunciara la aparici3n.

La figura se fue componiendo poco a poco, materializándose como si fuese un *puzzle*.

Era un templario, alto, interesante, bien hecho.

Las llamas de las velas tintineaban en la cruz paté que llevaba en el hombro derecho. Le miré atónita, pero no me asusté, tenía que ser una broma de algún amigo gracioso. Decidí no cabrearme. Él se acercó despacio y se sentó a mi lado.

—¿No te parece un poco exagerado venir con este disfraz?

Se rio.

—*Beau sire* —dijo a modo de saludo—. No tengo otra ropa.

—Ya.

—Soy Hugo de Armagnac, de la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo del Templo de Salomón.

—Ya, y yo Leonor de Aquitania.

—Escúchame, esto no es una broma.

—Ya, ya, ya, pero tú sí eres un templario, ¿no?

—De acuerdo, no me crees. Entonces tócame.

La respuesta me cortó el aliento. Era un pervertido que le gustaba hacérselo vestido de templario. Cosas peores se han visto. Calculé la distancia que me separaba de las escaleras. Tenía que salir de allí.

—Tócame de una vez y deja de imaginar porquerías.

Y puso la mano sobre el banco para que yo la tocara.

Entonces no sé por qué sentí que podía ser verdad y alargué el brazo para tocarle.

Pero solo pude apretar el aire. Me quedé perpleja y me abalancé sobre él. Su figura no tenía volumen, era como si no existiese. Volví a intentarlo. Y otra vez se me escurrió entre los dedos. Estaba ahí, podía olerle, sentía su aliento, ¿qué estaba pasando? Sin embargo mis manos una y otra vez tropezaron con un banco de madera vacío y frío.

—¿Te has convencido?

Parecía muy divertido y se reía a carcajadas.

Me quedé mirándole sin contestar. Era imposible. Tenía que encontrar el truco.

—Soy un fantasma —oí que decía.

No le hice ni caso y busqué por el techo el mecanismo que producía aquel efecto, aquel ser virtual.

—No busques, ya te he dicho que soy un fantasma.

No dije nada y seguí buscando, pero empezaba a creerle y estaba fascinada.

—No tengas miedo.

—No tengo miedo.

Y era verdad.

—Vengo del otro lado.

—¿Para qué has venido?

—Quiero hacer un trato contigo.

—¿Conmigo?

—Escúchame bien. Yo te contaré toda la verdad sobre la Orden, te será muy útil para la novela que quieres escribir, y, a cambio, solo tienes que hacerme un favor

enorme.

—¿Qué favor?

—Te lo diré a su debido tiempo. Primero escúchame. ¿De acuerdo?

Le miré otra vez para asegurarme de que no me estaba tomando el pelo. Sonrió, sabía lo que yo sentía, y entonces se volvió transparente, a través de su cuerpo vi los bancos del fondo, las imágenes y los cirios.

—¿Convencida?

—Sí.

Respiré hondo, todo era muy fuerte.

—Ahora escúchame.

—Te escucho.

—Mi muerte ocurrió en 1344, en el barrio de Bozate, en Arizkun.

—¿En Arizkun? Pero si eso es el valle del Baztán. Toda mi familia materna es de allí. En el barrio de Bozate vivieron los agotes.

—Sí, ya lo sé, agots, cagots, herejes, judíos, cátaros, godos, gafos, leprosos. Vivieron en Arizkun y en el suroeste de Francia, Alta Navarra (en euskera, Nafarroa Garaia), el Béarn, Gasconia, Guienne, Comté de Foix y Aragón.

—Eso es. Sin embargo jamás he oído contar ninguna historia del Baztán que hablase de templarios.

—Pues ahora te la voy a contar yo.

—De acuerdo.

—En el año 1232, Sancho VII el Fuerte era rey de Navarra y estaba aterrorizado. Tenía una úlcera tremenda que le iba carcomiendo la pierna, y, aunque los médicos hablaban de úlcera varicosa, Sancho sabía que podía estar enfermo de lepra.

—Una enfermedad muy poco aristocrática, nada elegante.

—Efectivamente. Entonces hizo donación al Temple de unas tierras que se encontraban en el valle del Baztán, a poco más de un kilómetro de Arizkun y separadas del pueblo por el río. A cambio, pidió a la Orden que le curara de su enfermedad sin necesidad de sufrir la humillación de «pasar por la piedra».

—¿Qué es eso de «pasar por la piedra»?

—¿Conoces la Orden de San Lázaro?

—No, pero he oído hablar de los lazaretos.

—Eso es. Los monjes de San Lázaro se dedicaron desde su fundación a acoger a los leprosos en sus leproserías, en sus lazaretos.

—¿Conseguían curarlos?

—El método que utilizaban estaba basado en la Biblia, exactamente en el tercer libro del Pentateuco, el Levítico.

—Pues no parece un método muy científico.

—Puede ser, sin embargo aprendieron a diagnosticar con exactitud la enfermedad y a aliviar la dolencia.

—¿Cómo sabían cuándo una mancha era lepra?

—Pues por ejemplo, uno de los síntomas más claros era que el vello de la zona se hubiera vuelto blanco y que la mancha estuviera más hundida que el resto de la piel.

—Y entonces, ¿qué era eso de «pasar por la piedra»?

—Para confirmar definitivamente la enfermedad, tendían al paciente, boca arriba y completamente desnudo, sobre una losa de piedra que se había dejado enfriar a la intemperie durante toda la noche. Allí tenía que quedarse tumbado durante más o menos una hora. Si aparecían en el cuerpo manchas blancas o rojas, bordeadas de infecciones amarillas, el diagnóstico era claro. Había contraído la lepra.

—¡Qué horror! La espera tumbado sobre esa piedra fría tenía que ser angustiosa.

—Te lo puedo asegurar.

—¿Tú pasaste por ahí?

—No te distraigas, ahora sigue mi historia.

—Vale.

—Bien, Sancho el Fuerte cede las tierras del Baztán a la Orden y allí se levanta una encomienda templaria, que será habitada por templarios leprosos. Esos templarios, que ya no sirven para la guerra, se van a encargar de investigar, de intentar encontrar un antídoto contra la enfermedad. Prueban sobre sí mismos nuevas pócimas y ungüentos, que fabrican con hierbas, y comen, digamos, cosas raras.

—¿Qué cosas?

—Por ejemplo, raíces de mandrágora, lengua de gato negro, sapos, beben orina de perro blanco, en fin..., ya sabes a qué me refiero. Después, si alguna les parece efectiva, le mandan la receta al rey.

—Brujería.

—Hoy lo ves así, pero entonces todo era bueno para curar la enfermedad maldita.

—Pero no veo qué relación tiene esa historia contigo y conmigo.

—Espera, no he terminado. Nuestra encomienda era preciosa. Estaba en el lugar más apartado, junto al río. El Baztán es un valle misterioso, hermoso y fresco, un lugar donde es fácil creer en brujas, *lamiak*..., ¿sabes quiénes son?

—Cómo no lo voy a saber, ninfas muy hermosas con patas de pato y larga cabellera de oro, viven en los ríos, se peinan con peines de oro y de nácar, y engañan a los caminantes. Mi *amatxi* me contaba muchas historias de *lamiak* y pastores. Supongo que por eso Zugarramurdi se hizo tristemente famoso en el terrible proceso de la Inquisición, que acabó quemando a tantas brujas en Santo Domingo de la Calzada.

—Sí, es verdad. Pero el Baztán es también un lugar hermoso, que ayuda a soñar.

—¿Hoy quedan restos de vuestra encomienda?

—No lo sé.

—¿Cómo era?

—Se llamaba Eguzki-enea.

—Muy originales, allí muchas casas solariegas tienen escudo y se llaman con el nombre de los propietarios al que se le añade el sufijo «-enea», por ejemplo, la casa

de mi abuelo era Albaitero-enea.

—Sí, pero nuestro caso era especial. La terminación «-enea» habla de la estirpe de una familia, tanto de los vivos como de los muertos y, en nuestro caso, ese sufijo, «-enea», se refería a la familia humana, a toda la humanidad. El nombre de nuestra encomienda, Eguzki, hacía referencia al sol, a la naturaleza.

—Ya, no sé por qué, todo eso de la humanidad y la naturaleza huele a masónico, a druida.

—Puede ser, puede ser.

—¿Tenía veleta la encomienda? A mí me gustan mucho las veletas.

—Sí. Tenía un arcángel sosteniendo una cruz y una lamia subida en una escoba y con una larga caballera al viento.

—Siempre jugando con la unión de contrarios, la duplicidad, caballeros y monjes, la lamia y la cruz.

—La lamia representaba lo caótico y escondido; la cruz, la creación armónica.

—Me hubiese gustado conocer la encomienda.

—El edificio central tenía forma rectangular, era grande con ventanales al río y a los montes. Estaba pintado de amarillo, para indicar que ahí vivían hombres infectados por la lepra, aunque nobles. Los caballeros no llevaban la túnica blanca con la cruz sobre el hombro, sino un largo escapulario, una especie de túnica amarilla. A pesar de la enfermedad, los hermanos eran felices allí. Y allí se realizaron investigaciones importantes para la curación de la lepra y otras enfermedades.

—Hombre, y me imagino que los caballeros leprosos también andarían entretenidos con la astrología, la alquimia, no me negarás que esas cosas os encantaban.

—Es verdad, no lo niego.

—Bueno, volvamos a lo importante, qué favor te tengo que hacer a cambio de tu información.

—Tienes que encontrar el Lignum Crucis, la Vera Cruz de Caravaca, que robaron la mañana del Miércoles de Ceniza de 1934.

Me pellizqué para sentir que estaba viva, esto no estaba pasando, el relicario de la cruz de Caravaca, el que se exhibe a los fieles, lo habían realizado mi padre y sus hermanos, los orfebres Beldarrain, después de que el papa Pío XII, para reponer el Lignum Crucis robado, cediese a Caravaca dos astillas de la Vera Cruz que guardaban en el Vaticano.

—¿Estás ahí?

La pregunta me sobresaltó.

—Perdona. Es que no entiendo nada. Mi padre...

—Sé que tu padre y sus hermanos hicieron el relicario.

—Es que precisamente hace un mes he visitado el Santuario y he conocido al capellán, D. Pedro Ballester Lorca. Me dedicó su último libro sobre la Vera Cruz. El hombre trata de acabar con todas esas historias de brujería que ahora cuentan sobre la

Cruz.

—Un libro muy hermoso.

—Estoy aturdida, no sé si estoy soñando.

—No, no estás soñando, ya te lo he demostrado. Como te decía, tienes que buscar la reliquia que robaron.

—¡Buscar! ¡¿Dónde?!

—Te lo diré si aceptas el trato y cuando llegue el momento.

—Pero imagínate que la encuentro, ¿cómo te la podré entregar si tú y yo no podemos tocarnos?

—Ese es el asunto, primero tienes que encontrar un medium, que pueda servir de intermediario y con el que yo sí pueda entrar en contacto.

—¡Un medium! ¡¿Y dónde encuentro yo un medium?!

—Entonces aceptas.

Me quedé callada, parecía que pensaba, pero la verdad es que estaba en blanco. Luego admití:

—Ya sabes que sí, pero lo del medium me parece muy difícil.

—Lo encontrarás.

—Si tú lo dices. Yo también tengo una condición.

—¿Cuál?

—Tengo que grabar nuestras charlas para después poder acordarme de todo, es decir, grabaré tu voz.

Y sonreí maliciosa.

—Te equivocas, lo que yo diga quedará grabado con tu propia voz.

—Joder.

—No seas ordinaria, por favor. Empieza. Pregunta lo que quieras, a ver si así te convences de que esto es verdad.

Y fui práctica, decidí preguntar y olvidarme de todo.

—¿Quién, eres?

—Soy el caballero Hugo de Armagnac. Nací en Mont de Marsans, en la Aquitania, el 8 de julio de 1274. Pertenezco a una familia noble. Siempre quise ser caballero templario, y nunca me arrepentí de la elección.

—¿Viviste el fin de la Orden?

—Cuando el último maestro, Jacques de Molay, y el preceptor de Normandía, Geoffrey de Charney, fueron llevados a la hoguera, yo estaba allí, entre la gente.

—¿Qué pasó de verdad?

—Fue en París, el 18 de marzo de 1314. Era lunes.

—¿En qué sitio de París les quemaron?

—¿Conoces la Isla de los Judíos?

—Creo que no.

—Sí la conoces, está en el Sena, entre los Jardines del Rey y la iglesia de San Agustín, es lo que hoy llamáis el Quai des Grands-Augustin.

—Ya sé dónde es. Y allí pusieron las hogueras.

—Eso es. La isla estaba llena de una muchedumbre engañada que insultaba a gritos a los condenados. Jacques de Molay pidió que le aflojaran un poco las ataduras para poder juntar las manos y rezar. Vi como morían abrasados a fuego lento, con dignidad, cristianamente, la mirada clavada en Notre-Dame, en Nuestra Señora. Me sentí más orgulloso que nunca de pertenecer a Los Pobres Caballeros de Cristo.

—¿Es verdad que el maestre envuelto en llamas maldijo al Papa y a Felipe IV, y que vaticinó la muerte de los dos ese mismo año?

—No. Un hombre, que prefiere la hoguera a calumniar a la Orden y que en el último momento reza mirando a Notre-Dame, no se dedica a maldecir. Es absurdo.

—¿Estaba en sus manos salvarse?

—Sí. Mira, vamos a situarnos siete años antes. El 14 de setiembre de 1307 el rey decidió en secreto la detención de los templarios y un mes después, a primera hora de la mañana del viernes 13 de octubre, todos los templarios de Francia fueron hechos prisioneros en sus propios castillos. Solo un puñado de nosotros pudimos escapar.

—¿Cómo os escapasteis? ¿En esos famosos carros de heno que misteriosamente salieron del Temple de París poco antes de que entraran los arqueros reales? O sea que es verdad que conseguisteis salvar el tesoro y llevarlo a La Rochelle para embarcarlo a Améri...

—Para ya de decir tonterías. Cuando llegue su momento te contaré como nos escapamos. Y lo de los carros de heno es muy novelesco, pero falso. Nadie pudo sacar el tesoro fuera del Temple. Ninguna nave templaria salió de La Rochelle rumbo a América. Y ahora ¿puedo seguir?

—Sí.

—Nuestra detención fue una operación muy bien organizada por Nagoret, el ministro de justicia del rey. Contó con el factor sorpresa y le salió bien. Todos los templarios de Francia fuimos arrestados a la misma hora del mismo día para que nadie pudiera ser alertado, para que nadie pudiera escapar. Las órdenes eran claras, a los que nos confesásemos culpables de herejía, idolatría y sodomía se nos concedería el perdón y una pensión vitalicia pagada con los bienes de la Orden, si no, nos esperaba la muerte.

—Un poco fuerte y un poco raro. No comprendo, si os confesabais culpables de semejantes cosas, ¿por qué os iban a perdonar?

—Porque en realidad no iban contra nosotros individualmente, solo buscaban la disolución de la Orden. Una vez disuelta, todos los bienes de la Orden pasarían a las arcas reales y, además, Felipe se libraría de un ejército que no controlaba y que le resultaba muy incómodo. El objetivo real, por tanto, era quitarnos definitivamente de la circulación y nada mejor para conseguirlo que nos declarásemos culpables de las herejías más terribles y de los pecados más nefandos.

—Pero Molay confesó y, sin embargo, acabó en la hoguera.

—Efectivamente, después de estar diez días incomunicado, Molay no solo

confesó todo lo que Felipe quería que confesara, sino que nos mandó una carta a todos los hermanos para que admitiéramos públicamente que, en las ceremonias de admisión, los novicios eran obligados a apostatar y a escupir la cruz.

—¿Y confesó también lo de la sodomía?

—Sí. Admitió que en muchas ocasiones se cometían *alias enormita*, pecados enormes.

—¿Entonces?

—Ten paciencia y sigue escuchando. El 24 de octubre, admitió también delante de un montón de laicos y religiosos, representantes de la Universidad, que la Orden desde hacía tiempo estaba bajo el influjo de Satán, que él mismo había apostatado y escupido la cruz, aunque nunca había inducido a nadie a la sodomía. Después pidió públicamente perdón, y rogó al Papa y al rey que fueran clementes con la Orden.

—O sea que admitió que las acusaciones eran ciertas.

—Aparentemente. Molay actuó bajo chantaje de Guillermo de Nogaret, consejero de Felipe.

—¿Con qué le chantajeó?

—Nogaret había conseguido que el escudero de Molay, Giaco, confesase que el Gran Maestre había abusado de él tres veces en una noche. Luego se demostró que todo era falso, pero en aquel momento Nogaret le ofreció a Molay el silencio sobre este asunto, si admitía la culpabilidad de la Orden.

—Y Molay se asustó, fue débil y os traicionó.

—Sí, pensó que muchos iban a creer aquella calumnia y que él iba a ser considerado un depravado.

—Sin embargo, como te he dicho antes, a pesar de confesar, acabó en la hoguera.

—Porque al final se retractó de su confesión.

—Es todo muy turbio.

—Pero sencillo de entender.

—Explícamelo.

—Felipe necesitaba que la Orden fuera disuelta para quedarse con todos nuestros bienes. Para eso no le bastaba con la confesión individual de Molay, necesitaba un acto público que sirviera de punto final a la Orden. Tenía que justificar su expolio, y lo preparó concienzudamente.

—¿Cómo lo hizo?

—El 2 de mayo de 1312 la Orden fue oficialmente disuelta. Solo quedaba la condena pública del Gran Maestre, pero no delante de los representantes de la Universidad, sino del pueblo de París. Así que se convocó a los parisinos a una sesión solemne del tribunal a las puertas de Notre Dame. No se esperaban sorpresas. Molay volvería a confesar su culpabilidad y la de toda la Orden, el rey sería el gran triunfador. Pero no fue así.

—¿Qué pasó?

—Ya estaban los estrados montados y el público bullía. No se veía todos los días

a un hombre tan poderoso como el Gran Maestre de los Templarios humillado de aquella manera. Todo iba bien hasta que de repente...

Y se calló. En aquella penumbra sentí la emoción que le había dejado sin voz, sin palabras.

—Hasta que de repente, ¿qué? —pregunté suavemente—, no me dejes así. Carraspeó y siguió.

—De repente Jacques de Molay se levantó y se acercó a los cardenales. Se oyó primero el murmullo de la multitud y, luego, un gran silencio. Después de Molay habló y, todavía hoy, puedo repetir cada una de sus palabras.

—Dímelas, por favor.

—«A las puertas de la muerte, cuando la más leve mentira más pesa, declaro ante el cielo y la tierra que he cometido grandes pecados contra mí y contra los míos y que merezco la muerte cruel porque me he rebelado contra mi Orden para salvar la vida y evitar los muchísimos tormentos, pero, sobre todo, porque el Papa y el rey me convencieron con palabras halagadoras. Ahora sin embargo, cuando bien sé qué destino me espera, no quiero añadir más mentiras a las anteriores y, al tiempo que declaro que la Orden siempre se ha mantenido en el camino de fe y que está limpia de cualquier infamia, renuncio gozoso a mi vida.»

Se calló otra vez. No sé si lloraba.

Después siguió.

—Yo estaba entre la multitud como uno más. Nadie sabía que era un templario. Pero cuando escuché a mi Gran Maestre, quise subir al estrado y compartir con él la muerte. Alguien, un hombre que estaba detrás de mí, me agarró con fuerza del brazo y me dijo al oído que me quedase quieto, que no hiciese nada, que yo tenía una misión que cumplir..., pero eso es otra historia que te contaré en su momento.

—Entonces qué pasó.

—Solamente Godofredo de Charnay tuvo el valor de unirse al Gran Maestre. Los demás callamos. Enseguida Molay y Charnay fueron detenidos y arrastrados hasta el Palacio Real, que está allí cerca. El pueblo empezó a gritar, la multitud estaba confusa, empezaba a sospechar que las acusaciones eran calumnias del rey.

—Las cosas se le estaban poniendo feas al rey.

—Sí, pero Felipe no dio tiempo a una reacción popular. Convocó al Consejo de Estado e hizo dictar sentencia de muerte. Esa misma tarde fueron quemados. Por eso la gente quiso coger sus cenizas creyendo que eran las reliquias de unos santos, y por eso, para acabar con el mito, Felipe hizo que tiraran las cenizas al Sena.

—No entiendo la saña de Felipe. De hecho sé que Molay, unos días antes de la detención de los templarios, había llevado a hombros el féretro de la cuñada de Felipe y que además era padrino de bautismo de uno de sus hijos.

—Todo eso es verdad, pero las cosas suelen ser complicadas.

—Supongo que, antes como ahora, los intereses pueden acabar con todo.

—Tras la pérdida de Tierra Santa, Europa, y Francia en particular, se encontró

con un ejército enorme, formado por hombres hechos para la lucha y que no tenían contra quien luchar. Eso era muy peligroso. El poder de los templarios era inmenso y también su fuerza militar, así que, si se lo proponían o alguien les convencía, podían destronar al mismísimo Felipe.

—Entiendo las razones de Felipe, pero hay otras maneras más sencillas y efectivas que toda esa historia de herejía y sodomía.

—Bueno, al principio se nos propuso que nos quedáramos en Chipre y nos dedicáramos a impedir el avance de los turcos hacia Europa. Otras órdenes religiosas ya habían aceptado misiones parecidas, los caballeros teutones habían creado su propio estado en el este de la isla y los hospitalarios defendían desde Rodas el Mediterráneo.

—Era razonable.

—Sin embargo Molay fue arrogante y, aunque mantuvo el cuartel general en Chipre, decidió trasladar el tesoro de la Orden a París. Desembarcó en Marsella y se paseó por toda Francia hasta llegar a París rodeado de un séquito espléndido y haciendo alarde de su poder.

—Creo que a Molay le venía muy ancho el cargo y le perdía la vanidad.

—Supongo que tienes razón, pero es lo que nos había tocado. A veces las circunstancias se enredan de manera endiablada.

—¿Qué hizo Felipe cuando vio volver a Molay como si fuese un rey?

—Felipe estaba asustado. Las cosas no le iban bien. Por segunda vez en poco tiempo había tenido que devaluar la moneda. ¿Sabes en quién se fijó primero para volver a llenar sus arcas?

—No tengo ni idea.

—En los judíos.

—Eso es un clásico.

—Igual que hizo luego con nosotros, en un día les encarceló a todos y se quedó con su dinero y sus propiedades.

—¿Entonces?

—No fue suficiente. Así que aumentó varias veces los impuestos, hasta que por fin, el año 1306, el pueblo se levantó y el rey tuvo que defenderse de la ira del populacho refugiándose en el Temple de París.

—No lo puedo creer, ¿quieres decir que os pidió ayuda y luego os machacó?

—Pues más bien sí.

—¡Joder, qué pasada!

—Por favor, no seas ordinaria. Nuestra fortaleza de París era hermosa como una mujer hermosa y fuerte. Tenía siete torres poderosas y, en el centro, la iglesia más bella de la cristiandad, era un refugio perfecto contra las iras del pueblo. Pero Felipe era un hombre orgulloso, y la huida y el tener que rogar a los templarios que le dieran cobijo fueron para él humillaciones que no olvidaría. Pero es que además, el tesorero de la Orden tuvo la mala ocurrencia de enseñarle un día el tesoro que Molay había

traído de Oriente, y Felipe vio que ahí estaba la solución a todos sus problemas.

—Otro listo el tesorero.

—Lo admito. Felipe contempló en silencio todas las obras de arte que se guardaban allí, las piezas de oro, plata y piedras preciosas, regalo de los moros o rapiñadas en campañas, los cofres llenos de libras de Tours, los sacos repletos de florines y ducados, en fin, el botín que podía salvarle.

—Ya, y entonces ideó una campaña para desacreditaros y expoliar a la Orden.

—Eso es. Aquel día empezó la siniestra campaña de propaganda que nos iba a exterminar. Una mentira repetida muchas veces acaba por convertirse en verdad.

—Yo creía que Goebbels, ministro de propaganda y mano derecha de Hitler, había sido el inventor de la manipulación publicitaria.

—Pues ya ves que no, aunque...

—Aunque qué.

—Nada, nada.

—No me dejes así.

—Confía en mí, todo a su tiempo. Sigo, Nogaret y Pierre Dubois, los dos grandes estrategas reales ya conocían el arte y la fuerza de la propaganda y la calumnia, porque los habían usado contra el Papa Bonifacio VIII.

—Y la consigna fue acusaros de herejía, idolatría y sodomía. Donde más daño os podían hacer, porque escandalizaría al pueblo y les dejaría a ellos las manos libres para hacer con vosotros lo que quisieran.

—Efectivamente.

—Bueno, real y sencillo como la vida misma.

—Hay más. En aquel tiempo algo se movía en Europa. Una estructura social nueva empezaba a emerger. Nosotros, Los Caballeros del Temple, estábamos anclados en el pasado, como le ocurría a gran parte de la nobleza, a la que pertenecíamos la mayoría de nosotros. El rey quería todo el poder y los nobles le sobrábamos. Una nueva fuerza política iba surgiendo.

—Solo las especies que evolucionan sobreviven.

—O lo que es lo mismo, hay que aceptar cambiar un poco para seguir igual.

—Esa frase es del «Gatopardo», una novela de Giuseppe Tomasi de Lampedusa, Visconti hizo una película maravillosa basándose en ella.

—Y es la pura verdad.

—Estoy de acuerdo.

—Déjame seguir. Hasta entonces, un plebeyo tenía muy poco que hacer en la sociedad que me tocó vivir. A lo más que podía aspirar era a ser capellán de una oscura parroquia o escudero de algún noble. Pero, poco a poco, las cosas iban cambiando sin que nos diéramos cuenta. El rey se había rodeado de un grupo de juristas, la mayoría de origen plebeyo, que querían sustituir el derecho feudal por el derecho romano.

—¿Cuál era la razón para confiar en gente que no era de su clase?

—Esa precisamente. Los nobles no querían un rey todopoderoso. Defendían sus derechos. Y los juristas plebeyos querían arrinconar a la nobleza para poder ocupar ellos los puestos claves del poder. Para eso tenían que reforzar el poder real y desterrar para siempre los privilegios de sangre.

—Y vosotros sin enteraros de nada.

—Así fue, a veces creemos que las cosas nunca van a cambiar.

—Una simbiosis perfecta entre plebeyos y realeza.

—Como comprenderás, Felipe estaba de acuerdo con las nuevas ideas que le iban a convertir en el único dueño y señor de Francia.

—No entiendo cómo no os distéis cuenta.

—Pues no nos dimos, estábamos tan seguros de nuestro poder que nos parecía que nunca podríamos perderlo.

—La soberbia entontece.

—Muy sabía tu reflexión, pero sigo. El primer enfrentamiento de esas dos formas de entender la vida fue con el Papa Bonifacio VIII. Bonifacio tenía la pretensión de estar por encima del rey de Francia por ser él el jefe de la cristiandad, así que Felipe encarceló al Papa, que logró escapar, y extendió una serie de calumnias que acabaron por matarlo.

—Ese rey vuestro era muy mal bicho.

—En ese momento los Templarios apoyamos ingenuamente a nuestro rey, pensando que era la obligación de todo buen francés. Pero luego, a la muerte de Bonifacio, Felipe consiguió que el cónclave eligiera papa a Bertrand de Got, arzobispo de Burdeos, que adoptaría el nombre de Clemente V, y Clemente se convirtió en un pelelillo en sus manos.

—Con lo cual ya no os necesitaba.

—Muy lista. Clemente le debía el cargo y, obedeciendo a Felipe, se instaló en Francia, en Aviñón. Ese era el mismo Clemente que ocuparía el sillón papal durante nuestro proceso, con eso te lo he dicho todo.

—Todo no, no me has dicho nada de la maldición de Molay a Felipe y Clemente.

—Sí te he dicho, te he dicho que es una patraña.

—Sin embargo, el Papa murió cuatro semanas después, y Felipe le siguió en otoño.

—¿Y?, la gente se muere. Lo que pasó fue que la muchedumbre, al ver la entereza de Molay ante el suplicio, le convirtió en santo y empezaron a correr bulos. Se dijo también que milagrosamente la capa de Jacques de Molay no había ardiendo en la hoguera.

—Ya.

—Algo que saben muy pocos es que la historiadora italiana, Barbara Frale, encontró en el 2001 en los archivos del Vaticano un documento pontificio que demuestra que Clemente V absolvió a los templarios de toda herejía ya en 1308.

—¿Entonces?

—Entonces nada, ya te he dicho que Clemente le debía el arzobispado y el papado a Felipe, así que no hizo valer su absolución.

—¡Qué horror!

—Pero, siguiendo con el asunto de la maldición, el Papa estaba muy enfermo por esas fechas, y en Montils se puso muy mal, quería llegar a Burdeos, pero unos días después, el sábado 20 de abril, murió en Roquemaure-sur-Rhône, a las primeras horas del alba. ¿Sabes de verdad qué le terminó de rematar?

—¿Qué?

—Pues que los médicos le recetaron polvo de esmeralda, cosa bastante difícil de digerir para cualquiera, y más si tienes un cáncer de estómago e intestinos.

—Pero, qué bestias, ¿cómo le pudieron recetar polvo de esmeralda?

—Entonces era normal recetar a nobles y reyes polvo de esmeralda, porque, como era muy difícil de conseguir y muy cara, se pensaba que tenía que ser buena para todo.

—¡Qué estupidez!

—Te recuerdo que a vuestro rey Felipe II le daban de desayuno, comida y cena, carne y más carne, porque para el pueblo era prohibitiva. Y acabó con un colesterol y ácido úrico galopantes.

—Supongo que ahora también hay cosas que pensamos que son buenísimas para la salud y dentro de unos siglos dirán que son veneno.

—Suele pasar.

—Pero el rey murió también unos meses después, como dicen que anunció Molay en la hoguera.

—Felipe murió el 29 de noviembre en Fontainebleau por una caída del caballo. Ahora la gente se mata en coche, entonces nos pasábamos el día a caballo, así que las caídas mortales eran frecuentes.

—Ya.

—Pero es verdad que la desgracia cayó como un rayo encima del rey y los suyos. Antes de un año, Ermengard de Marigny, el canciller de Felipe, también moría ahorcado.

—No me digas que no es raro.

—Casualidades, aunque es verdad que Clemente anduvo siempre rodeado de malos augurios.

—¿Cuáles?

—El día de su coronación en Lyon, cuando bajaba la comitiva desde la Iglesia de Saint-Just a la catedral, se desplomó un muro, que mató a doce personas y lanzó la tiara papal al suelo. El que recogió la tiara del suelo y se la entregó a Clemente no fue un cardenal, como correspondía, sino el hermano del rey, Carlos de Valois. Todas esas cosas se consideraron signos de mal agüero para el pontificado.

—Si te soy sincera, yo hubiera pensado lo mismo que la gente.

—Pero es que además, si la coronación de Clemente estuvo llena de malos

augurios, pasó lo mismo con su funeral.

—¿Qué pasó?

—Pues que nada más instalarse la capilla ardiente, se precipitó un candelabro encima del cadáver de Clemente y ardió el catafalco. Te puedes imaginar, enseguida la gente dijo que se había cumplido la maldición de Molay y que Clemente se había achicharrado como el maestre templario.

—También son casualidades, la verdad.

—No digo que no. Pero estoy aquí para contar la verdad, y la verdad es que Jacques de Molay no maldijo a nadie en la hoguera.

—¿Qué hicisteis los que conseguisteis escapar?

—Nos desperdigamos. A la mayoría nos acogieron en Escocia, España y Portugal. En España los freires se refugiaron en la «cueva del Monje», en la sierra de Guadarrama, y en la ciudad eremítica de Cívica, es un conjunto de grutas excavadas en la provincia de Guadalajara. La Orden de Cristo de Portugal acogió a muchos templarios huidos. Y de Escocia te hablaré luego, porque ahí entran en relación templarios y masones.

De pronto, las campanas de Santa María empezaron a repicar misteriosas, yo nunca les había oído sonar así.

—¿Qué pasa?

—Es la hora, tengo que irme.

Y noté que empezaba a perder color, se volvía borroso.

—¿Cuándo nos volveremos a ver?

—Cuando encuentres al médium, vuelves aquí y, al entrar en la iglesia, recita tres veces, «Non nobis, Domine, non nobis, sed Nomini tuo da gloriam», entonces apareceré. *Beau sire*.

El *Beau sire*, de despedida, resonó poderoso por la Basílica, luego se hizo lejano, lejano, hasta que todo quedó en silencio.

Entonces repetí aquellas hermosas palabras, «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu Nombre da la gloria».

Sola en el camarín de la Virgen del Coro con la Virgen negra como único testigo, estaba confusa, no sabía si lo que había pasado era real o era un sueño.

Bajé las escaleras para ganar la nave central de la Basílica. La iglesia estaba oscura, desierta y silenciosa.

Fuera, en la calle, me sentí abandonada en un mundo raro, un mundo que, después de haber estado con Hugo, ya no reconocía. El sol radiante se hundía en el mar. El atardecer parecía un cuadro pintado por algún pintor famoso hace muchos siglos. Si hubiera visto entonces el rayo verde salir volando desde el corazón del sol, no me hubiera extrañado.

Como una autómatas empecé a andar camino de casa. Toda yo era Hugo, lo que

me acababa de pasar no dejaba un resquicio para el mundo real. Por la Parte Vieja andaban tropillas de turistas a la búsqueda del pintxo de diseño. Llegué al Boulevard y entonces me di cuenta de que me seguían.

Aquellos pasos eran un eco de los míos. Me paré y se pararon. Eché a andar y volvieron a sonar detrás de mí. Tenía que darme la vuelta para comprobar quién andaba pegado a mis talones, pero estaba asustada y aceleré el paso.

Entonces le oí.

—¡Oiga, espere, no se asuste!

Le hice caso, la voz era tranquilizadora.

Y entonces le vi.

Era mulata, morena como las vírgenes negras de los templarios. Veintitantos años. Alta y delgada. Maquillaje exagerado con muchos colorines. Vaqueros, camiseta y una bolsa cruzada en bandolera, que parecía pesar más que ella. Sonrió. Tenía los dientes más blancos que había visto en mi vida, o parecían así en contraste con la piel oscura.

—Perdona, me llamó Pachita, pero me puedes llamar Kiwi...

—¿Kiwi?

—Pues sí.

—Un nombre muy curioso —dije por ser amable.

—Es que tengo los ojos verdes.

Le miré. Era verdad.

—Bueno en realidad, no me llamo ni Kiwi, ni Pachita. Soy Yelinne Almandoz hija de baztanés y ecuatoriana.

Pegué un respingo con grito, otra vez el Baztán.

—¿Qué te pasa?

—Nada, nada.

Respiré hondo para tranquilizarme.

—Tengo que decirte una cosa.

—¿Qué?

—Corre un poco y luego date la vuelta deprisa.

—Mira, he tenido un día complicado y no estoy para bromas. Quiero irme a casa.

—Por favor, hazlo...

Quería que me dejara en paz y corrí.

Y corrí y me di la vuelta y lo vi.

De mi cuerpo escapaba una estela luminosa, larga, larga, que se perdía por las calles de lo Viejo y sospeché que llegaba hasta Santa María. Miré a la pareja que se acercaba, charlaban tranquilamente, no veían mi estela.

—¿Te das cuenta?

—¿Qué es eso?

—Has estado con un espíritu.

—¿Y tú como lo sabes?

Metió la mano en la bolsa y sacó un taco de papeles.  
Me alargó uno.

---

## PACHITA

GRAN CHAMANA Q'ERO

Comunicación de espíritus, interpretación de sueños y visiones, mal de ojo, crecimiento espiritual, enfermedades físicas y síquicas, mal de amores, problemas de pareja.

---

Leí aquello y no sabía si reír o llorar.

—No me vas a decir que vives de esto.

—Vivir, vivir, vivo de lo que puedo. Trabajo por ahí, a veces en bares, limpiando casas o cuidando abuelitas, en fin, en lo que sale. Pero soy una chamana auténtica, aunque no te lo creas, por eso he visto tu estela.

Corrí otra vez para volver a observar aquella rareza, y el hilo delgado y brillante, que me perseguía, parecía irse difuminando. Luego le miré a Kiwi a los ojos. Eran verdes, mágicos, como los de una serpiente encantada.

—Lo de Kiwi va bien con tus ojos, pero ¿por qué Pachita?

—La verdadera Pachita, en realidad Bárbara Guerrero, era mexicana, perdió a sus padres y fue adoptada por un negro africano, Charles, que le enseñó el arte de los chamanes. Luchó con el general Francisco Villa y decía que el espíritu del hermano Cuahutémac, el último emperador azteca, actuaba a través de su cuerpo.

—Ah —dije sin entusiasmo y por decir algo.

—Yo soy chamana de la escuela de los Q'ero. Los q'eros son los últimos incas. Huyeron de los conquistadores y se refugiaron a 4200 metros de altura. Fueron descubiertos en 1949.

Volví a decir, «ah».

—Nosotros rescatamos las almas perdidas, nos comunicamos con los espíritus, interpretamos sueños y visiones, trabajamos por el crecimiento espiritual y la intercomunicación. Creemos en el gran encuentro, Mastay, el día que el Águila del Norte y el Cóndor del Sur vuelen juntos.

—¿Estados Unidos y Sudamérica?

Se rio divertida.

—Pues no es por desanimarte, pero lo tenéis crudo.

—A ver, no seas tonta, me refiero a mis hermanos los mohawks, cayugas, onondagas, oneidas, senekas, algonquinos...

—Indios.

—Pues sí.

Habíamos llegado a la esquina de mi calle. Y entonces no sé por qué le pregunté:

—¿Dónde vives?

—Ahora en una pensión.

—Sabes qué te digo, que igual me puedes ayudar en un gran encuentro.

—Anda Kiwi, vamos a casa.

## CAPÍTULO II

Al día siguiente a la misma hora, volví a Santa María. Otra vez el sacristán me estaba esperando. Como el día anterior, me dio las llaves del camarín y me habló del padre Simón. Era un hombre muy amable. Subí aquellas escaleras oscuras. No tenía miedo. Me senté en un banco. La Virgen me miraba. Pensé que la Virgen estaba tranquila, y yo también.

No tardó mucho mi templario. Esta vez oí, antes de que se fuera materializando como un puzle raro, el «*Beau sire*» de saludo, que parecía llegar desde muy lejos. Ahí estaba. Sonriente, atractivo y misterioso.

—*Beau sire* —saludé yo también.

—¿Qué tal la medium?

—Muy bien.

—Es inexperta, pero espero que podamos arreglarnos.

—O sea que la conoces.

—Personalmente no, pero no encontré nada mejor en los alrededores. Ya fue bastante complicado conseguir que os encontrarais y que tú fueras dejando un rastro luminoso.

Se rio con ganas y su voz retumbó en las paredes.

Luego añadió:

—Pero es lo que hay.

—Efectivamente, hay que aprender a jugar con las cartas que nos tocan.

—Sabia reflexión. Bueno, no perdamos tiempo. Puedes empezar a preguntar cuando quieras.

—Ayer hablamos del final de la Orden, pero ¿cómo empezó todo?, ¿es verdad que vuestro auténtico objetivo no era proteger a los peregrinos en Tierra Santa y que Bernardo de Claraval creó la Orden para que los templarios buscasen manuscrito secretos, el Santo Grial, el Arca de la Alianza...?

—Para, para, para, vayamos por partes.

—¿Qué había en los sótanos del antiguo palacio del rey Salomón? ¿Cuál era la simbología del número nueve? ¿Qué...?

—Espera, espera, ya veo que has leído mucho *best-seller*.

—No te salgas por la tangente, el trato es que me vas a contar toda la verdad.

—Y eso voy a hacer, pero vayamos por partes.

—Soy toda oídos.

—Lo siento, sé que te puede resultar aburrido, pero tengo que hacer un poco de historia.

—Te equivocas, a mí me encanta la historia.

—Me alegro, no se puede comprender el presente sin entender antes el pasado. Vamos allá. La Orden del Temple aparece por primera vez en occidente el 19 de marzo de 1128 y es reconocida diez meses después en el Concilio de Troyes, ahí

recibirá la Regla, que escribe para los templarios Bernardo de Claraval.

—Sí, pero ahora el que tiene que parar eres tú, porque los orígenes de la Orden están rodeados de misterios.

—Mira, que falte documentación, o que la documentación resulte contradictoria, no quiere decir que algo sea necesariamente misterioso en el sentido que a ti te gustaría.

—Entonces qué me dices de vuestra relación con «los monjes calabreses».

—Bien, te advierto que es un poco lío.

—No te preocupes.

—En la Alejandría del siglo I d. C., fíjate a donde me remonto, había un montón de corrientes filosóficas y también de creencias religiosas, por ejemplo, seguidores del dios persa Mitra, de Zoroastro, judíos, cristianos...

—Zoroastro es un personaje de la Flauta Mágica de Mozart, y Mozart era masón.

—Si no te importa, de masones, iluminados y rosacruces, hablaremos luego. Tengamos un poco de orden.

—Vale, lo siento.

—Pues en esa Alejandría, como te decía, un tal Ormesinus, mago y sacerdote del dios Serapis, después de hacerse cristiano en el año 46 bajo la tutela de San Marcos, funda la Orden de Ormus.

—¿Y?

—Pues vamos con esos misterios que te encantan. El nombre de Ormus, dicen los que les gustan estas cosas, esconde un acróstico latino, en el que la M, que ocupa el centro de la palabra, es el símbolo de la constelación de Virgo.

—¿Y?

—Que en el cristianismo católico esa M será el símbolo de la Virgen María.

—No me parece tan misterioso, puede ser simplemente una coincidencia.

—Pero es que hay más, las letras restantes, «Or-us», podrían significar, Horus, que era el hijo de la diosa Isis, la gran madre en la religión egipcia.

—Quieres decir que Horus y Jesús podrían representar la misma figura, ¿no?

—Eso es. Y un último detalle, los hermanos de Ormus llevaban una cruz roja en el pecho. ¿Qué te parece?

—Casi como vosotros.

—Casi.

—En esa religión rara, ¿qué papel tenían la maternidad y la mujer?

—Empiezas a entender por dónde voy. En la religión de Ormus, la maternidad y la mujer tenían un papel primordial.

—Sigue, es muy interesante.

—Parece que este tipo de culto, digámosle, femenino, impregnó a algunas congregaciones cristianas del sur de Sicilia y Calabria, en concreto a los monjes calabreses. Y estos monjes tuvieron mucho que ver en la Primera Cruzada y también estarían relacionados con el Priorato de Sión y con nosotros.

—Muy curioso.

—Más datos, los monjes que fundaron la Orden de Sión en la abadía de Orval en Bélgica, lugar de donde nacen los misterios que ahora les gustan tanto a la gente, procedían de Calabria.

—A ver si he entendido bien. Ormesinus funda la Orden de Ormus, que hereda de algún modo, a través de la Virgen María, el culto egipcio a la gran madre, Isis. Los monjes de los monasterios calabreses son hijos espirituales de Ormus. Algunos de esos monjes emigran a Bélgica, a la abadía de Orval, y fundan la Orden de Sión.

—Eso es.

—Y la Orden de Sión tiene que ver mucho con masones, con iluminatti, con vosotros, y con un montón de cosas raras.

—Es lo que se dice en las novelas que leéis ahora.

—¿Y no es verdad?

—Enseguida lo verás.

—Yo, para que veas que no soy tan ignorante, he oído hablar de la abadía de Orval. Creo que fue en un bosque cercano donde asesinaron a Dagoverto II, el último rey merovingio reconocido por Roma. Y en Orval también se sitúan muchas leyendas sobre el Santo Grial. A los merovingios, les siguió la dinastía carolingia, después de que los mayordomos reales, Carlos Martel y, su hijo, Pipino el Breve, se hicieran con el poder.

—Es verdad, veo que estás muy puesta. En el año 1070 se instalan en Orval los primeros monjes calabreses y cuarenta años después, sin que nadie sepa qué pasó, la abadía y las tierras cedidas por el conde Arnaldo de Chiny fueron abandonadas. Hasta que Bernardo de Claraval manda allí a sus monjes.

—Sigue.

—Ahora vamos a distinguir entre las leyendas y la historia, porque os están organizando un batiburrillo, que lo único que consigue es falsear la verdad.

—De acuerdo. Empieza por los mitos.

—Hay una leyenda, ¡una leyenda, me entiendes! que relaciona el origen de la abadía de Orval y sus monjes calabreses con el «Rey Pescador» y el Grial.

—La leyenda del Rey Pescador es muy bonita, me la contó un profesor de filosofía. El Rey Pescador no pesca solo hombres, llega con su anzuelo a lo más profundo de nosotros, a nuestra propia interioridad.

—A lo más escondido del hombre, y ya estamos tocando con el dedo lo esotérico.

—Si no me equivoco, el primer símbolo del cristianismo fue el pez, que representa a Jesús.

—No te equivocas, el crucifijo, como símbolo, no llega hasta el siglo iv. La palabra griega «ΙΧΘΥΣ», pez, a la que intercalaban la «Τ», como símbolo de la cruz, para la primera comunidad cristiana constituía el acróstico, «Ιησους Χριστός Θεού Υιός Σωτηρ», es decir, «Jesús, Hijo de Dios Salvador», por eso el pez representaba a los cristianos.

—Ves, eso no sabía yo.

—Pero sígo. El nombre de Orval significa, val = valle, y or = oro. Llega san Bernardo y le llama Clairvaux, valle claro, a su primera abadía. Para los amantes de los misterios eso es un signo que pondría en relación Ormus, monjes calabreses, Priorato de Sión, María Magdalena y Grial, con Bernardo de Claraval y templarios.

—Espera, no sé si he entendido bien.

—Creo que sí, y que te parece todo bastante increíble.

—No corras tanto.

—Orval o Clairvaux, como prefieras, va a ser el fogón donde se cocinarán fácilmente todos los misterios.

—De acuerdo, los ingredientes están servidos.

—Solo falta aliñarlos debidamente.

—Pero ¿con qué fin?

—Siempre hay una razón, que normalmente tiene que ver con el poder y el dinero.

—En este caso, ¿cuál es la razón?

—¿Estás dispuesta a escuchar de verdad?

—Sí.

—Hablemos de María Magdalena.

—Estoy impaciente.

—Escucha. Como el Grial no tiene porqué ser necesariamente un vaso o una copa, sino que significa, «recipiente», imagínate qué se puede deducir.

—No me digas más, María Magdalena, Magdala, es el Grial.

—Exacto. Jesús estaría casado con María Magdalena. Después de la crucifixión, María Magdalena, ya embarazada, habría huido con José de Arimatea a Francia. María Magdalena sería, por tanto, el verdadero Grial, porque llevaría en su seno la sangre de Jesús.

—No entiendo qué se persigue con todo eso.

—Ahora lo verás, y es de una simpleza, de un infantilismo, que me cuesta creer que alguien se trague esos cuentos.

—Pues lo que cuenta Dan Brown en «El Código Da Vinci», ha causado un gran escándalo.

—Opina tú misma. Dicen que un descendiente del hijo de María Magdalena y de Jesús se casó con un miembro de la estirpe merovingia, la estirpe real francesa, y que, por tanto, a partir de ese momento todos los reyes de Francia son descendientes de Jesús, en consecuencia nadie puede cuestionar su poder, que se convierte en divino.

—Ya, pero Dagoverto, el último rey merovingio, fue asesinado, luego ahí termina la estirpe de María Magdalena.

—No señorita, enseguida se encontró la solución al problema. Pipino el Gordo, de la estirpe de los carolingios, asesina a Dagoverto, pero, con el fin de unir las dos dinastías, ordena que los reyes carolingios se casen siempre con mujeres merovingias,

descendientes de Dagovert, con lo que volvemos a vincular la realeza francesa y Dios ¿Qué te parece? Si los merovingios eran descendientes de Dios, ahora los carolingios también lo son.

—Tengo que confesar que dicho así me parece una leyenda bastante burda y traída por los pelos para que los franceses no se atrevan a derrocar a sus reyes, ni a criticar nada de lo que hagan.

—Exactamente.

—¿Pero qué hay de verdad en todo eso?

—Nada. ¿Te parece razonable que una María Magdalena embarazada acabase en Francia?

—No, sin embargo la gente se lo cree.

—Ser descendiente directo de Jesús es muy goloso para cualquier monarquía, así que se alimentó la historia.

—¿Cómo?

—Después de la muerte de Dagovert, y supongo que para hacerse perdonar el asesinato, los carolingios concedieron a los merovingios el feudo de la Septimania, el condado de Toulouse.

—Eso empieza a olerme a cátaros.

—No te equivoques, no tiene nada que ver. Sigo. El conde de Toulouse, que fue canonizado por la Iglesia como san Guillermo de Gellone, por ser merovingio y de acuerdo con lo que te he contado, será conocido como el «Rey de los judíos». Él mismo decía que era semilla de la casa de David.

—Qué cosas.

—Pero escucha, es verdad que entre los merovingios abundaba la población judía. Los merovingios eran bárbaros sicambrios que huían de los hunos y así llegan a Alemania y a la Galia. Ellos decían que procedían de las tierras de la Arcadia y que descendían de Benjamín, una de las doce tribus de Israel. Fueron los primeros bárbaros que se convirtieron al catolicismo. Esto es lo único que es real.

Me reí.

—¿De qué te ríes?

—Pues de que me acabas de contar que los merovingios eran judíos y yo he oído decir que Isaías llamaba a la tierra de Galilea, Gâlil Hagoim, tierra de paganos o tierra de galos.

—Ya. También dicen que Palestina era tierra de arios, concretamente de iranios o indoiranios, y que la lengua vernácula de Jesús, el arameo, era idioma de arios. Pero escucha bien, aunque todo eso pudiera tener una base real, no demuestra para nada que María Magdalena llegase a Francia embarazada y tuviera un hijo de Jesús. Sin embargo, como esa patraña vende, es lo que cuentan ahora los *best-seller* de tu mundo.

—En eso tienes razón.

—Sitúate ahora en la primera cruzada. Godofredo de Bouillon entra en Jerusalén

el 15 de julio de 1099. Godofredo era descendiente de Guillermo de Gellone, el conde de Toulouse, por tanto merovingio y de la estirpe de David. Acepta ser *Advocatus Sancti Sepulcri*. Un año después, su hermano Balduino será rey de Jerusalén. Su sucesor, Balduino II dará cobijo en su palacio a los primeros templarios.

—Con lo cual ya tenemos una ensalada de merovingios, templarios, giales y marías magdalenas.

—Y hasta del Priorato de Sión, porque Godofredo, aprovechando las ruinas de una antigua capilla bizantina, funda en Jerusalén la Basílica de Nuestra Señora del Monte Sión.

—No comprendo.

—Pues que, cuando el sultán Saladino toma Jerusalén en el año 1187, los monjes de esa Basílica del Monte Sión huyen. Y ¿adónde?

—No sé.

—A Sicilia y Calabria.

—Empiezo a comprender.

—Luego esos mismos monjes de la abadía del Monte Sión se van a Bélgica, precisamente a la Abadía de Orval, la de aquellos primeros y misteriosos monjes calabreses. Bernardo de Claraval también acabará en Orval. Además, escribirá la regla de los Templario. Como ves, la ecuación está completa. Los templarios, los monjes calabreses y los hermanos del Priorato de Sión pueden formar un todo.

—Dicho así parece sencillo.

—Sí, perfectamente organizado para inventarse una pseudohistoria rocambolesca. Pero esa leyenda no le venía bien solo a la monarquía francesa.

—¡Ah, no! ¿A quién más?

—A muchas monarquías, incluyendo la vuestra.

—Explícate.

—Como resulta que Felipe d'Anjou, de la casa real francesa, ocupó el trono de España y el rey Felipe VI es su descendiente, entre los títulos de vuestra monarca se encuentra el de Rey de Jerusalén.

—¡Joder!

—¡No seas ordinaria, ya te lo he dicho mil veces!

—Perdón. Y como la mayoría de las casas reales europeas están emparentadas, todas descienden de María Magdalena, y por tanto son descendientes de Jesús, ¿no es así?

—Efectivamente.

—¿Hoy existen miembros del Priorato?

—En 1956, Pierre Plantard refunda el Priorato de Sión. Y espérate. Según este Plantard, el hijo de Jesús y María Magdalena era conocido como «Retoño ardiente», vamos Plant-Ard (planta que arde). Por tanto él era descendiente de Jesús.

—Qué obsesión.

—Hitler estuvo interesado en el tema y mandó emisarios para investigar en el sur

de Francia.

—¿No me digas que él también intentó sacarle jugo a la relación entre Tristanes, Parsifales, Isoldas y el Mesías?

—Y por qué no. A la gente les encanta ese tipo de pseudohistorias. Imagínate a dónde podía haber llegado el fascismo alemán si les da por decir que la raza aria es descendiente directa de Jesús.

—Tienes razón, me has convencido, detrás de todas esas historias está el dinero y el poder.

—No lo dudes. La propia Iglesia es también culpable de haber difundido historias absurdas para que su poder fuera incuestionable. La iglesia es una institución, una empresa, y muchas veces pierde el norte. Si algo importa de Jesús es su doctrina, nada más.

—¿Quién es ahora el gran maestro, o como se diga, del Priorato?

—El hijo de Pierre Plantard, Thomas Plantard de Saint Clair. Pierre Plantard murió en febrero del 2000.

—Yo he oído hablar de una historia siniestra que ocurrió en un pueblecito de Francia.

—Sí, me imagino que hablas de la iglesia de Rennes-le Château, cerca de Carcasona. Al hacer las obras de renovación, el párroco, Berenguer Saunière, encontró dentro de uno de los pilares del altar mayor, que estaba hueco, tres pergaminos que sitúan la tumba de María Magdalena en Razès, Carcasona. A partir de ahí el párroco empezó a vivir como un rey. El dinero le llegaba, cómo no, de sectores interesados en la restauración de la monarquía francesa.

Respiré hondo, lo que me contaba Hugo parecía tener una lógica aplastante. Pero prefería dejar reposar tanta información para valorarla con la cabeza fría. Así que pasé a otro tema, ahora quería saber qué ocurrió con la Orden del Temple.

—¿Y qué pasó con los templarios después de la muerte de Molay?

—Después de la muerte de Molay, como te he contado, nos desperdigamos por España, Portugal y Escocia. Escocia fue nuestro principal enclave, porque en ese momento los escoceses habían sido excomulgados por el Papa y estaban enfrentados a la Iglesia, es decir, que el poder del Papa no nos podía alcanzar allí.

—¿Eso está documentado?

—Sí. A día de hoy, en la capilla de Rosslyn, a las afueras de Edimburgo, los francmasones celebran el aniversario de la batalla de Bannockburn, que ocurrió el 24 de junio de 1314, es decir, tres meses después de que Molay fuera quemado y de que la Orden templaria hubiera desaparecido de Francia.

—¿Qué pasó en esa batalla?

—Roberto I de Escocia, Robert de Bruce, derrotó definitivamente a Eduardo II de Inglaterra. Roberto contó con la ayuda de 432 templarios, entre ellos yo. Luego para agradecernos la ayuda, fundó la Real Orden de Escocia, de la que él sería gran maestro.

—¿Tiene eso algo que ver con William Wallace, el héroe escocés?

—Sí, aunque no sé qué os contarán ahora.

—Bueno, yo he visto una película, dirigida e interpretada por Mel Gibson, «Braveheart», que cuenta la vida de Wallace.

—¿Y también la traición de los nobles escocés a William Wallace?

—Pues no. ¿Por qué le traicionaron?

—Wallace fue nombrado Guardián de Escocia.

—¿Eso qué es?

—El nombramiento equivalía a ser nombrado rey.

—¿Entonces?

—En la batalla de Falkirk, los ingleses iban ganando, pero los nobles escoceses no fueron en ayuda de su Guardián, habían sido sobornados.

—¿Y qué fue de Wallace?

—Consiguió huir, pero unos años después cayó en manos de los ingleses, que le acusaron de traición, lo que suponía una muerte horrible.

—¿Cómo le mataron?

—Atado a dos caballos le arrastraron por las calles. A continuación, le llevaron a la Torre de Londres y allí le ahorcaron, pero solo hasta que perdió el conocimiento. Luego, aún vivo, le cortaron los testículos, le sacaron los intestinos y los quemaron, y, por fin, le cortaron la cabeza, que la colocaron en una pica en el Puente de Londres. Los pies y las manos las mandaron a los cuatro extremos de Inglaterra.

—¡Qué horror!

—Bueno en aquel tiempo esa era la costumbre. En Inglaterra se hacía eso a los traidores desde la época normanda, y se siguió haciendo hasta el siglo XVIII.

—¡Qué barbaridad!

—¿Te cuento las cosas que aún seguís haciendo ahora?

—No, desgraciadamente no es necesario. Dime que os pasó en Escocia.

—De acuerdo. Robert elevó al rango de Gran Logia Real de Heredom a la Orden de San Andrés del Cardo y de Heredom (del asilo o refugio), que se considera la primera logia escocesa de canteros. Ellos habían construido la abadía de Kilwinning.

—¿Y vosotros?

—Al mejorar las relaciones de Escocia con la Iglesia, el rey nos aconsejó que nos integrásemos en su logia masónica, admitida por la Iglesia, para que pasásemos desapercibidos y la Iglesia no nos descubriera. Así nuestros ritos empezaron a formar parte de los ritos iniciáticos masones. Es decir se produjo, digamos, la integración.

—Entonces, ¿qué es la masonería?

—A ver, en sus orígenes sería la agrupación de albañiles libres, los *franc-maçon* o freemason, que conocían los secretos de la construcción. En 1300 ya se hablaba de la *lodge*, logia. Eran los lugares donde se reunían. Los masones dicen que esos albañiles habían heredado los secretos de los constructores del Templo de Salomón.

—Yo creía que la masonería había aparecido muchos siglos después.

—Lo que pasa es que la moderna masonería empieza en el siglo XVIII en Inglaterra, cuando el tema de la construcción se utiliza ya solo como símbolo de algo que va más allá.

—Que va más allá, ¿en qué sentido?

—Para que te vayas haciendo un poco a la idea, es como si a la pregunta de qué es Dios, respondiéramos, Dios es longitud, anchura, altura, profundidad.

—O proporción.

—Por ahí va, por ahí va. ¿Te dice algo el número áureo?

—¿El número sagrado?

—Eso es, pero ya tocaremos el tema más adelante. Ahora quédate con estas reflexiones: Platón decía que «todo está hecho conforme al número», «Dios geometriza al crear».

—No sé si te entiendo.

—Ya lo entenderás.

—Si tú lo dices.

—Hay muchos tipos de masonería, la principal es la masonería regular, es decir, el conjunto de logias que se encuentran bajo la obediencia de la Gran Logia Unida de Inglaterra, y ahora existe también una Orden del Temple asociada a ella.

—Pero yo he oído hablar de diferentes ritos.

—Ritos, con mayúscula, no ritos. Sí, igual que dentro de la iglesia católica hay distintos Ritos. El Rito Latino, el Rito Copto, el Rito Hispano-mozárabe...

—¿Y en la masonería?

—El Rito Escocés Antiguo y Aceptado, el Rito Escocés Rectificado, el Rito de Perfección, el Rito de Memphis-Misraím, el Rito Sueco...

—¿Y por qué se rodean de tanto secretismo?

—Se rodeaban, diría yo. Porque el conocimiento iniciático tiene sus medios de transmisión y esos medios son exclusivamente orales, además de las alegorías y símbolos, que los «profanos», como ellos llaman a los no masones, no deben conocer. En el fondo es una religión oculta. O por lo menos lo era.

—¿Por qué dices por lo menos lo era? ¿Ya no lo es?

—Porque hoy la masonería ha perdido su sentido originario. Los grados se otorgan sin ninguna ceremonia. Se ha perdido el significado de los ritos. Y, en algunos casos es peor, porque hay un tipo de masonería que se ha convertido en reuniones de ocultistas. El esoterismo ya no existe.

—Lo dices con pena y no lo entiendo. Para mí el calificativo de esotérico se aplica a cosas poco serias, a brujería, a engaños.

—No me extraña, vivís en un mundo que ha perdido el sentido de la espiritualidad.

—No me hables ahora tú también de los coches y la televisión de pantalla gigante.

—Pues debería, pero ya llegará el momento. Mira, todas las religiones tienen una

vía esotérica y otra exotérica.

—No entiendo nada.

—A ver, toda religión se compone de un aspecto externo, visible, es decir, exotérico, que va desde los preceptos a los ritos, y de un aspecto interno, interior, eso quiere decir en griego «esotéricos», que lleva a la gnosis, al conocimiento profundo, íntimo, y que está reservado a los elegidos. Tradicionalmente este conocimiento se ha transmitido de forma oral de maestro a discípulo.

—¿El cristianismo también tiene esas dos vías?

—Las tuvo, pero luego optó por la vía exotérica y rechazó la esotérica.

—Es que el esoterismo es peligroso, puede llevar a la confusión y a grandes errores. Vamos, creo yo.

—Bueno, eso piensa la Iglesia.

—¿Y la masonería?

—Optó justamente por lo contrario, por la vía esotérica.

—Y ahora, según tú, por ninguna de las dos.

—Más o menos.

—Será que lo del televisor y el coche les ha contaminado también a ellos.

—No lo dudes, puedes reírte lo que quieras...

—Pero en un principio la Iglesia no se opuso a la masonería.

—Es verdad. Sin embargo, eso duró poco, porque en 1738 el papa Clemente XII condenó a los masones por considerar que se habían pasado al bando protestante, y no le faltaba razón. Juan XXIII ratificó la condena en 1983. Por su parte la masonería siempre ha condenado a la Iglesia católica.

—¿Hay evidencias «exotéricas» (soy lista, ¿eh?, ¡qué pronto aprendo!) de que masones y templarios de algún modo han estado unidos?

—Pues sí.

—¿Por ejemplo?

—En el grado 30.º, el grado del Gran Elegido, Caballero Kadosch, Perfecto Iniciado, las iniciales J-B-M, que aparecen en su escudo, significan Jacques Bourguignon Molay.

—¿Vuestro último Gran Maestro?

—Sí.

—¿Por qué?

—El Gran Elegido tiene la misión de ejecutar las grandes venganzas.

—¿Qué venganzas?

—La de Hiram, el arquitecto del Templo de Jerusalén, y la de Molay.

—¿Qué pasó con Hiram?

—Salomón, que gobernaba un pueblo de pastores, eligió a Hiram-Habib, un constructor egipcio, para edificar su templo, siguiendo las instrucciones del profeta Natan.

—Supongo que porque los egipcios eran buenos arquitectos.

—No solo buenos, si no que la arquitectura, y las actividades de todos los gremios relacionados con ella, se consideraba en Egipto un oficio sagrado.

—¿Y qué paso?

—Todo fue bien al principio, hasta que los sacerdotes levitas empezaron a tener celos del poder de Hiram. Y entonces apareció una mujer muy hermosa, la más hermosa.

—¿Quién?

—La reina de Saba, Balkis.

—No me digas, Salomón se enamoró de Balkis y Balkis de Hiram.

—Exacto. Entonces los levitas, sabiendo que Salomón no se opondría a la muerte Hiram, pagaron a unos matones para que lo asesinaran.

—Y esa es la venganza que debe cumplir el caballero Kadosch.

—Falta un detalle importante. Balkis estaba embarazada de Hiram. Además Balkis pertenecía a la estirpe de Caín e Hiram, antes de ser asesinado y a través de un sueño, había sido instruido en las tradiciones cainitas de construcción.

—Empieza a sonar a historia luciferina.

—Balkis tendrá un hijo de la semilla de Hiram, que se le conocerá como el Hijo de la Viuda y que pertenecerá a la estirpe de Caín.

—¿Los masones no se llaman también los Hijos de la Viuda?

—A algunos les gusta llamarse así.

—Yo siempre había creído que los masones eran cultos, liberales y filantrópicos. Sin embargo todas esas historias de las grandes venganzas me resultan infantiles.

—Pues las grandes venganzas son para el Caballero Kadosch, el Gran Elegido, una misión santa, pura.

—Qué barbaridad.

—Bueno, a lo que iba, en el grado 30.º se habla de nosotros y se relata el terrible proceso que sufrimos.

—Me dejas con la boca abierta.

—Ten en cuenta que en algunas ocasiones nosotros dirigíamos las obras de construcción de las catedrales y nos llamaban Fratres Salomonis.

—Menudo lío.

—Las hermandades masónicas de Francia acabaron como nosotros, perseguidas por la Inquisición.

—¿Y los Iluminados de Baviera? ¿Qué lugar ocupan en este follón?

—Una de las primeras veces que se oye hablar de Illuminati es en España.

—No tenía ni idea.

—Bueno, si te hablo de los «alumbrados», iluminados, supongo que te sonará más.

—Claro que sí, eso fue en el siglo XVI.

—Veo que estás muy puesta. Efectivamente, aparecieron hacia 1509. Los alumbrados eran cristianos, pero, al contrario que la Iglesia, creían que el cristianismo

debía vivirse interiormente, a través de la oración y de la meditación, sin intermediarios. Acuérdate del Rey Pescador que llega a la interioridad más profunda y pura del hombre. Por eso los alumbrados negaban la autoridad de la Iglesia y por eso la Iglesia les persiguió.

—Creo que hubo una monja alumbrada muy famosa.

—Sor Magdalena de la Cruz.

—¿Lo de Magdalena tiene algo que ver con los merovingios?

—No lo sé, creo que no. En cualquier caso fue procesada por la Inquisición. Y ese fue el último proceso inquisitorial contra los alumbrados. A partir de ahí desaparecieron.

—¿Y qué tienen que ver los alumbrados de España con los Illuminati de Baviera?

—Aparentemente poca cosa, en el fondo les une la creencia de poder alcanzar, mediante la meditación, la gnosis, el supremo conocimiento.

—¿Entre los Illuminati de Baviera no estaba Mozart?

—A ver, Adam Weishaupt, un catedrático de Derecho Canónico en Ingolstadt, en Alemania, fundó la secta secreta de los iluminados. Era antimonárquico y anticristiano. Estaba seguro de poder levantar un nuevo orden, después de destruir a la Iglesia y de acabar con todas las monarquías.

—No me pega que Mozart se metiese en un berenjenal político que encima tiene tufillo fascista, aunque ocurriese muchos años antes.

—Tienes razón, pero es que a la gente le gustan las noticias sensacionalistas. Mozart perteneció a la Observancia Estricta Templaria, creada en 1742 en Francfort por el barón Karl von Hund, gran señor de Lipse, que se consideraba nuestro heredero directo. Incluso algunos dicen que fueron los mismos jesuitas los que le animaron a crear esta orden para reformar la masonería alemana y reconstruir la Orden del Temple.

—O sea que Mozart fue masón y católico, cuando todavía se podían ser las dos cosas.

—Eso es, y cuando pertenecer a la masonería era normal entre caballeros.

—¿Y los Illuminati siguen existiendo hoy, están detrás de la Revolución Francesa y hasta de los atentados del 11S?

Se puso irónico.

—Sí claro, y el triángulo que está en los billetes de dólar es un signo de que sus tentáculos llegaron en su día hasta la Casa Blanca, ¿no?

—Pues eso dicen.

—Un triángulo es símbolo de muchas cosas, hasta del mismo Dios. Y Mozart, Haydn y Goethe no pertenecieron a una secta secreta de fanáticos.

—Si tú lo dices, pero...

—Escúchame, se nos acaba el tiempo. Has cumplido la primera parte del trato, y yo también. La segunda parte va a ser más complicada. La reliquia de Caravaca fue robada por una agrupación masónica, eran tiempos locos, anteriores a la guerra civil.

Durante todos estos años ha estado dormida, nadie ha sabido nada de ella. Pero ahora, unos esbirros del Mal quieren utilizarla. Ya sé que no crees en el esoterismo, ni en brujas, ni en diablos. Sin embargo tienes que recuperar el Lignum Crucis porque pueden usar la reliquia para hacer mucho daño.

—Pero ¿dónde está?

—Te he hablado de nuestra encomienda en Arizkun para caballeros leprosos. Esa encomienda acabó yendo a parar a los señores de Ursua. Un descendiente de aquellos, masón, escondió la reliquia allí después del robo del 34. Esas tierras, desde hace ocho meses, han cambiado de manos.

—¿Y ahora quién es el dueño?

—Un falso masón. Se ha infiltrado en una logia, y está aquí, en San Sebastián. Yo no puedo decirte más. Tendrás que descubrirlo tú misma.

—¿Pero cómo se ha hecho con las tierras?

—La encomienda y sus tierras, ya te he dicho, pertenecían a los Ursua, los Señores del Baztán, y después a sus herederos. La mujer del nuevo propietario era una Ursua. Murió hace ocho meses. Ahora todo es de él.

De pronto, las campanas empezaron a sonar.

—Debes irte.

—No, espera un poco, tienes que darme más datos.

—Vete, vete ya.

—¿Cuándo podré venir a verte?

—Cuando tengas algo que contarme. *Beau sire*.

—*Beau sire*.

Y su imagen y su voz se fueron esfumando, dejándome más sola que la una.

No había nadie en la calle. Esta vez la sesión había durado más que la otra vez. Llegué a casa agotada y desesperanzada. Todo aquello era muy complicado y, además, me daba miedo.

Kiwi había preparado dos mojitos. La hierba buena, tan verde, me levantó el ánimo.

—¿Qué me dices? —le pregunté cuando estuve un poco recuperada y después de contarle las novedades.

—Que me encanta este trabajo.

—¿Qué hígados tienes!

—Vamos a recuperar la reliquia. Es cuestión de pensar y de echarle imaginación.

—Pero si no sabemos ni quién es ese esbirro del Maligno.

—Alguien lo sabrá.

—No sé, yo estoy en blanco, no se me ocurre nada.

—Ni falta que hace, no es el momento, ahora vamos a dormir y mañana será otro día.

Al día siguiente, a pesar del sol espléndido y de la mañana preciosa de septiembre, yo seguía pensando igual que la noche anterior. Sin tener ningún dato

sobre el viudo de la heredera de los Ursua era imposible hacer lo que me pedía Hugo. Me acordé de que había leído en el periódico que un grupo de masones o algo parecido, gente ilustre de la ciudad, se solía reunir en el Hotel de Londres, pero meter el morro entre masones, illuminati, o lo que fueran los señores que se reunían en el Londres, me daba pánico.

Mientras Kiwi me miraba comer tostadas de manera enloquecida y casi sin masticar, el miedo me da un hambre de boa bulímica, sonó el teléfono. Al menos me daban una buena noticia, me habían concedido la excedencia por un año que había solicitado al departamento de educación para poder escribir la novela, soy profesora de literatura. Bueno, un curso por delante para escribir lo que me diera la gana y olvidarme de Hugo, porque, estaba claro, yo no iba a seguir adelante con las pretensiones del templario.

—Venga vístete que tenemos que empezar a trabajar.

Le miré despectiva.

—No.

—Claro que sí.

—Ya lo he decidido, no me voy a enredar, ni te voy a enredar, en una historia que es peligrosa.

—Escúchame, todavía no sabemos si es peligrosa o no. Además, a mí nadie me enreda, en todo caso, me enredo yo solita.

—Como quieras, no voy a discutir.

—Pues venga, vamos a trabajar. Primero tantearemos el terreno con discreción y luego decidiremos qué hacemos.

—Muy bien y ¿cómo tanteamos el terreno con discreción, bonita?

—Preguntándole a Tony, un camarero del Londres que yo conozco.

Creía que me iba a dar algo, me empecé a reír como una poseída y luego a toser, porque un trozo de aquellas puñeteras tostadas se me había ido por el otro lado. El espectáculo debía ser dantesco, mujer de rostro amoratado escupe trozos babeantes de tostada entre risas y toses.

Kiwi ni se movió, no me dedicó ni una delicada palmadita en la espalda para ayudarme a expulsar la tostada y, de paso, quedar como una buena amiga. Tenía un corazón de hielo. Era cruel.

—Merecido lo tienes.

Cuando se me pasó aquel rapto y pude hablar, le grité con odio:

—Bruja, harpía, celestina, bicho infecto.

Y después del desahogo, le informé.

—Ese Tony, querida, es conocido en toda la ciudad por ser un cotilla repugnante.

—Precisamente.

—Precisamente, ¿qué?

—Que encontrará a la persona que buscamos y le dirá lo que queremos que diga...

—¡Ah! ¿Y qué queremos que le diga?

—Que le quiero hablar.

—¿Para qué?

—Para ligármelo, porque me he enterado de que es generoso y yo ando a dos velas.

—¿No serás capaz?

—¿De qué te crees que tiene que vivir a veces una medium sin un euro?

—No me pongas más de los nervios.

—Tú déjame a mí ¿vale?

Y me rendí. Y accedí.

Hacia las siete de la tarde, estábamos delante de la puerta del Londres. Yo me quedé esperando en la barandilla de la playa, mientras Kiwi iba a hacer la gestión con Tony. El mar estaba más tranquilo que un estanque en un jardín. La gente de la playa apuraba los rayos del sol del atardecer que casi empezaba. El cielo azul, las gaviotas sobrevolando el mar, la arena de oro componían la postal de una historia romántica. Solo yo era un manojo de nervios. Creo que mi cara crispada afeaba el entorno.

Cinco minutos, diez minutos, veinte minutos...

Por fin salió Kiwi. Vino hacia mí. Parecía preocupada.

—¿Qué?

—Vámonos más lejos, que ese cotilla igual nos está vigilando por la ventana.

Anduvimos en silencio hasta el antiguo Balneario de la Perla y me paré en seco.

—Bueno, qué.

—Con las características que te dijo Hugo hay dos.

—¿Cómo dos?

—Hija, pareces tonta, pues dos hombres en lugar de uno.

—Joder.

—Tony me ha dicho que, desde hace tres años, esos señores van allí todos los martes a las ocho. El número varía. Son todos arquitectos, médicos, empresarios conocidos. Dice que no hablan de nada especial y que a él le dan buenas propinas. Y relacionados con el Baztán hay dos, que son primos. ¡Ah! tienen el segundo apellido raro, Tony dice que debe ser alemán.

—¿Pero tú le has dicho que al que buscamos se le ha muerto la mujer hace ocho meses?

—Oye, ¿te crees que soy tonta? Pues claro que se lo he dicho. Y de esos precisamente hay dos, como te digo.

—Qué rareza.

—Uno es dentista y el otro cardiólogo. Las mujeres eran hermanas y muy ricas. Tenían tierras en la zona de Arizkun.

—¿Y de qué han muerto ellas?

—¿Estás pensando en un asesinato?

—No sé.

—La verdad es que es muy extraño.

—Ah, y otra cosa, los que se reúnen allí pertenecen al Soberano Capítulo, que es el taller de Rosa-Cruz. El taller tiene cuatro cámaras de iniciación: la cámara verde, la cámara negra, la cámara infernal y la cámara roja. Y el capítulo está dirigido por quince oficiales.

—Joder, lo que sabe ese Tony.

—Por favor, deja de decir Joder, es bastante desagradable.

—Vale, vale, no se ofenda usted señorita, pero ese Tony sabe un huevo.

Kiwi me miró con cara de asco y consiguió que me sintiera francamente grosera.

—Tony está entusiasmado con el Código Da Vinci y anda ilustrándose en internet en temas de masonería. A lo que iba, los caballeros Rosa-Cruz llevan el título de Sublime Príncipe, aunque ahora se les llame simplemente caballeros, así que la cosa está difícil para encontrar al falso Príncipe que buscamos.

—Si ya te lo decía yo, no teníamos ni que haber ido.

—He dicho difícil, no imposible.

Kiwi estaba muy crecida y su tono más.

—¿Tú que excusa le has puesto a Tony para querer información?

—No ha sido nada complicado, como él me ha contado que los dos viudos están montando un complejo hotelero en los terrenos que han heredado, le he dicho que quería intentar conseguir un empleo.

—¿Y se lo ha tragado?

—Por qué no, él sabe que mi padre era de allí y yo tengo buena presencia, ¿o no?

Le miré, la verdad es que Kiwi es guapa y elegante. Alta y delgada como una palmera, con piel canela y ojos verdes. Descubrió la envidia en mi mirada y eso le tranquilizó.

Preferí volver a nuestro tema.

—Bueno, y ahora, ¿qué hacemos?

—Mañana vas a hablar con Hugo, él sabrá qué tenemos que hacer para luchar contra el mal.

—¿No te crearás semejantes tonterías?

—Claro que me las creo. El bien genera bien y el mal, mal. La lucha es constante. Y no se te olvide que los hijos de la luz son más ingenuos que los hijos de las tinieblas.

—Kiwi, llévame a tomarme una copa, que todo esto es muy fuerte. Un templario fantasma, una medium medio loca, una tropa de masones, un lacayo del mal, dos viudas y la Cruz de Caravaca. Ya no sé qué pensar.

Kiwi se empezó a reír a carcajadas. Luego me cogió del brazo y me sentí reconfortada al estar protegida por una medium, que, a pesar de estar loca de remate, era buena conmigo.

—Hala bonita, y no pongas esa cara de circunstancias, que esto es emocionante.

—¿Emocionante?, ¿emocionante? ¡Pero que ya hemos descubierto dos muertas!

Me empujó dentro del bar de La Perla y pidió dos copas de Rivera del Duero con unas aceitunas. El vino y las aceitunas me dieron paz.

## CAPÍTULO III

Me levanté relajada, me sentía bien, había dormido como una bendita a pesar de los malignos príncipes sublimes y otras mandangas. Kiwi me esperaba con un reconfortante desayuno al estilo de su tierra, arroz blanco, plátano frito, huevos, zumo de muchas frutas y café, un café rico que aromatizaba la casa. Comí con apetito y le reñí por aquel despertar tan succulento, que iba a hacer de mí una primorosa bola de manteca. La respuesta fue contundente, «calla y come», y yo obedecí la orden encantada.

Después fuimos de compras, había que equipar a Kiwi con ropa sencilla y elegante, que le hiciese agradable a los ojos de los caballeros malignos. Ella iba a ser la avanzadilla que iba a intentar saber cuál de los dos era nuestro hombre, o averiguar si nos enfrentábamos a un enemigo duplicado.

Después de recorrer mil tiendas me salí con la mía, aunque no fue nada fácil, porque ella tiene una tendencia instintiva hacia los colorines, los volantes y toda clase de florituras, para mi gusto a cual más hortera. Solo cedí ante un par de zapatos rojos con unos tacones de vértigo, pero pensé que, como el resto era discreto y sencillo, le daban hasta un toque personal que resultaba atractivo.

Hacia las seis ya me empecé a poner nerviosa. Quedaba hora y media para la entrevista con Hugo y cada vez estaba más convencida de que seguir con aquel asunto era una locura. Pero a las siete y media estaba como un clavo en Santa María.

Y entré como entraba ahora, como Pedro por su casa. Ya no me impresionaba nada aquel sacristán que me hablaba del padre Simón, ni las escaleras oscuras del camarín, ni las velas, ni el silencio. La Virgen del Coro, virgen negra y, por tanto, templaria, me miraba también sin ninguna sorpresa.

Me senté a esperar en el banco de siempre y enseguida Hugo comenzó a materializarse. No esperé a que tuviese la cabeza en su sitio y le empecé a contar lo que pasaba.

—¡Qué son dos!

El cuerpo del templario se iba dibujando con más nitidez mientras yo le gritaba.

—¡Dos!, ¿me entiendes? ¡Dos, no uno! ¡A ver ahora qué hacemos!

Por fin Hugo estuvo de cuerpo completo y vi que me miraba con cara de no entender nada.

—No entiendo qué dices.

—Pues que no hay un único propietario de las tierras del Baztán. Que masones, viudos y ricos herederos, son dos. Y además, que deben ser de origen teutón.

—Espera por favor a que me sitúe.

Por fin se sentó en el banco y yo le repetí la historia.

—Ya me lo temía yo.

Me asusté.

—Está claro, será mejor que lo dejemos.

Parecía que no me había oído, estaba ausente.

Por fin contestó.

—No digas bobadas. Lo que he dicho son cosas mías que no te incumben. Y vamos a lo nuestro, ahora me toca a mí cumplir con nuestro trato. Pregunta.

Pero yo estaba en blanco, así que fue él el que sugirió el tema, y la verdad es que no tardé mucho en entrar en materia.

—¿Quieres que hablemos de Bernardo de Claraval?

—Bueno, vale.

—Me acuerdo que, el otro día, decías toda encendida que los templarios habíamos ido a Tierra Santa para cumplir una misteriosa misión ordenada por Bernardo y que la ayuda a los peregrinos, vamos, eso de convertirnos en los policías buenos de los caminos, era solo una tapadera.

—Es verdad, ¿por qué ocupasteis los sótanos del Templo de Salomón? ¿No es verdad que allí se podían encontrar manuscritos secretos? ¿No es verdad que Bernardo conocía y defendía la filosofía druida? ¿No están situados los monasterios cistercienses en centros telúricos celtas?

—Bien, me alegro, veo que ya te has recuperado. Vayamos por partes. ¿Qué sabes de Bernardo?

—Pues, aunque te parezca mentira, sé bastantes cosas. Empiezo por San Benito. San Benito fue el inventor de los monasterios. Con el paso del tiempo, la regla de San Benito se había relajado mucho y se hizo una reforma para volver a la regla original. Como el monasterio donde se produjeron los cambios estaba en Cluny, a la reforma se le llamó cluniacense.

—Muy bien.

—Sigo. Con el tiempo los cluniacenses también se olvidaron de la regla de San Benito, y entonces se produce una nueva reforma, la reforma cisterciense, que se llama así porque el primer monasterio reformado estaba en Cîteaux, cerca de Lyon. Y aquí está san Bernardo. ¡Ah!, un detalle, y como los de la reforma de Cluny van de negro, se llaman monjes negros, y como los de la reforma del cister van de blanco, se llaman monjes blancos.

—Casi Perfecto. Completo un poco tu historia. Esteban de Harding, un inglés, será el primer abad y reformador del cister, después viene Bernardo. Pero ¿quién era Bernardo de Claraval?

—Un monje.

—Vale, ¿qué sabes de su vida?

—De su vida prácticamente nada —tuve que admitir con humildad.

—Bueno pues, Bernardo, para que te sitúes, nació en el 1090 y murió en 1153.

—Vivió 63 años, no está mal para la época, sin antibióticos, ni operaciones...

—Aunque con una vida bastante más saludable y menos estresada que la vuestra.

—Lo admito.

—Sus padres pertenecían a la nobleza. Él pudo estudiar y fue un alumno brillante.

A los 22 años decidió entrar en un monasterio y, el 21 de abril de 1112, se presenta con treinta amigos en la puerta del monasterio cisterciense de Cîteaux y pide al abad, a Esteban de Harding, la «misericordia de Dios», o sea, pide ingresar junto a sus amigos en el cister.

—Y ya se queda en Cîteaux.

—No, tres años después, se funda un nuevo monasterio en los dominios del conde de Champaña y de Troyes. Esteban nombra a Bernardo prior de la nueva comunidad y le manda allí con doce monjes. ¿Cómo llamó al monasterio?

—No sé.

—Te lo dije.

—Pues no me acuerdo.

—Le llamó Clairvaux, es decir, Valle Claro, y de ahí Claraval.

—Nombres relacionados con Orval, Valle de Oro, la abadía de los monjes calabreses y sus misterios.

—Eso es. Bernardo era un enamorado de las reglas de caballería y enseguida fomenta el culto a la Virgen, a su dama, a la que llama Notre Dame, Nuestra Dama, Nuestra Señora. Él decía que la Virgen es el «tabernaculum Dei, templum Filii», el vaso...

—Espera, espera, ya sé, el vaso sagrado, el Santo Grial, ¿no?

—Sí.

—O sea que volvemos al punto de partida.

—La Virgen es la montaña, la escalera, la madre, la causa que permite el establecimiento de la Unidad.

Parecía emocionado.

—Todo eso es también muy templario.

Se rio.

—Qué le vamos a hacer.

—Nuestra Dama, el Grial..., ¿y los druidas?

—Está bien. Te va a encantar. El sello de Bernardo era una serpiente escapándose de un vaso roto. Y la serpiente representaba para los druidas las corrientes telúricas.

—¿Y el vaso roto?

—A San Benito se le suele representar con un vaso roto en la mano, el vaso simboliza la renuncia a las cosas materiales.

—Perfecto, ya tenemos la unión entre celtas y cristianos.

—¿De qué te extrañas?

—Si no me extraño, es que enseguida empezamos a complicar las cosas.

—Mira, la Iglesia nunca trató de acabar con las viejas tradiciones, sino de transformarlas en una creencia cristiana. La Iglesia elevó sus templos en donde ya había templos paganos y, para la gente del pueblo, la transición de una a otra creencia fue así más sencilla.

—Ya.

—Pues todavía hay más. Fíjate en la magia del número tres.

—¿Qué tiene de mágico?

—Muchas religiones, y entre ellas la druídica, la celta si prefieres, ven en el número tres significados espirituales. Nosotros tenemos la Trinidad, Padre-Hijo-Espíritu Santo, quizás heredada de tradiciones arcaicas.

—Celtas.

—Bueno, los celtas vinieron de Oriente y fueron de los primeros pueblos en convertirse al cristianismo. Hasta el siglo IV, los galos, es decir, los antiguos celtas, supieron fusionar perfectamente la religión cristiana y la religión celta.

—Galos, Galilea, tierra de galos, arameo, lengua de arios, etc., etc..., esto empieza a ser la pescadilla que se come la cola. Al final siempre vamos a parar a los merovingios, carolingios, a los griales y a las magdalenas.

—A ver, lo que te quiero decir es que a la gente le gusta sacar las cosas de quicio, no tiene nada de raro que algunos rasgos celtas, ya cristianizados, hayan pasado al cister.

—¿Y vosotros?

—También hicimos lo mismo que la Iglesia. Nuestras encomiendas muchas veces se levantaban en antiguos emplazamientos celtas. Son lugares donde se producen nudos de corrientes y en donde la radiación del sol es tan fuerte, que, mediante haces de ondas divergentes, se puede uno comunicar con iniciados que estén en la misma línea.

—Ya he oído cosas raras de esas. ¿Y lo mismo ocurre con las catedrales?

—Hay quien dice que sí.

—Qué barbaridad.

—No seas papanatas, por favor. Todas esas historias por lo menos son bonitas.

—No te digo que no, pero dan lugar a muchas especulaciones.

—A la gente le atrae lo mágico y, en vuestra época, como teóricamente es poco progresista creer en Dios y en la Iglesia, la gente acaba creyendo verdaderos absurdos. Paradojas que se producen al negar la dimensión espiritual del hombre y hacerle vivir en un páramo.

—Estarás conmigo en que la Iglesia, de alguna manera, se ha ganado a pulso esa descreencia de la gente.

—No te diría que no, pero ese es otro tema y más complicado.

—De acuerdo ¿Y exactamente cuál es la relación entre San Bernardo y vosotros?

—Nosotros le debemos «De laude novae militiae, ad milites Templi».

—Traduce, *please*.

—Loa a la nueva milicia, a los soldados del Temple.

—¿Cómo compaginaba el Santo eso de ser cristiano y fundar una Orden que entre otras cosas se dedicaba a matar?

Soltó una carcajada que retumbó en el pequeño camarín como si fuera un trueno.

Le escuché sobrecogida y admirada, debía ser así la risa de los fantasmas.

—Perdona, pero es que ahí estuvo muy bien Bernardo.

Encogí los hombros y fruncí la boca indicando que no entendía nada.

—Vale, me repongo. Mira, la verdad es que la cuestión resultaba peliaguda. Por primera vez se creaba una milicia religiosa y laica, y ya se habían oído voces de protesta que decían que un monje no puede matar. Bernardo le dio muchas vueltas al asunto, él mismo lo confiesa, y al final encontró la solución.

—¿Cuál?

—Bueno, pues llegó a la conclusión de que cuando se mata a un malhechor o a un hereje no se es un homicida, ¿me entiendes?, no se mata a un hombre, se mata a un malo, por lo tanto eres un «malicida», y de esa manera no se comete ningún pecado, sino que el que mata se convierte en un ejecutor de la venganza de Cristo sobre los que hacen el mal.

—¿Y eso te hace tanta gracia?

Volvió a reírse cabeceando.

—A mí me parece francamente burdo, una terrible simpleza que justifica el asesinato.

—Espera, espera, estamos hablando de dar muerte en combate. No es un asesinato, es la guerra.

—Sí, pero erais monjes.

—Como quieras, de todos modos en el Capítulo III de «De laude novae militiae, ad milites Templi»...

Le miré con cara rara, no me di cuenta de que era el latinajo de antes.

—Vale, si prefieres, «Loa a la nueva milicia, a los soldados del Templo», bueno pues ahí Bernardo dice además que, al dar muerte a un pagano, los templarios no solo no ofenden a Dios, sino que alcanzan la gran gloria: si matan es por el Señor y, si les matan, el Señor es para ellos.

—Pues que bien, os podíais haber apuntado a al-Quaeda y al Estado Islámico. ¡Qué horror!

—En fin, te guste o no, así eran entonces las cosas. Y la verdad es que Bernardo con eso de «malicidas» estuvo bien.

Y se volvió a reír como antes.

—Prefiero dejarlo. Escúchame, me has hablado de Bernardo y de la religión druídica, pero ¿qué pasa con los pergaminos secretos y las reliquias?

—Esa majadería la he oído muchas veces y me pone de mal humor.

Ahora me reí yo, era mi venganza.

—Contéstame.

—Pero vamos a ver, por favor, ¿tú crees que se necesitaba organizar una milicia para eso? Seamos sensatos. Balduino II, el rey de Jerusalén, admiraba y honraba a Bernardo. Una palabra suya y el rey hubiera escarbado los sótanos del templo de Salomón en busca de documentos o de lo que fuera. Así que Bernardo no tenía ninguna necesidad de organizar un tinglado como el nuestro, como la Orden del

Templo, para buscar pergaminos.

—¿Y las reliquias?

Volvió a retumbar la risa de antes.

—Verás, entonces cualquiera podía asegurar que debajo de una piedra había encontrado una reliquia. Llegó a haber cinco cabezas de San Juan Bautista rondando por Europa. Veinte mil griales. Cien mil espinas de la corona de Cristo. O yo qué sé.

—No entiendo qué quieres decir.

—Tener una reliquia significaba tener dinero, era turismo, ¿comprendes? Si un pueblo, o una ciudad, conseguía convencer a la gente de que había en su iglesia una uña de santo, un trocito del ala del Arcángel San Gabriel o lo que fuera, sabía que tenía asegurada las peregrinaciones, que la gente iría en manadas y que iba a correr el dinero. Por eso te digo que poseer una reliquia era convertirse en un centro turístico, no sé, es como poner ahora un parque temático.

—Pero eso era un engaño.

—¿Y quién lo iba a denunciar? A todo el mundo le venía bien tener un amuleto sagrado. Además, como los milagros son cosa de fe, a veces ocurrían. No era necesario mandar a nadie a los sótanos del Templo de Salomón a buscar esos tesoros, te lo aseguro.

—¿Cómo era el dichoso Templo de Salomón?

—El Templo de Salomón del monte Moria era un centro espiritual y sagrado porque allí estuvo depositada el Arca de la Alianza que guardaba las Tablas de la Ley. ¿Sabes lo que eran las Tablas de la Ley?

—Hombre, claro que sí, se cuenta todo eso en la película de «Los Diez Mandamientos». Un clásico. Charlton Heston estaba guapísimo de Moisés.

—Por favor, no me deprimas.

—A ti que más te da si lo sé por una película o por la Biblia, ¿eh?

—En fin, vamos a dejarlo. A lo que iba, para el Islam, Jerusalén es también Tierra Santa. El año 638, el califa Omar Ibn Al Jattab conquistó Jerusalén y mandó construir sobre la roca, en donde estuvo el Templo de salomón, un santuario de madera, que luego el califa omeya Abd al Malik lo engrandeció, convirtiéndose en el actual Qubbat As Sajra o la Cúpula de la Roca, si prefieres.

—Ya.

—Según la tradición islámica, en la planta baja de la Cúpula estuvieron los oratorios de Abraham, Isaac, Jacob y David. Un piso más abajo, hay una caverna en donde dicen los musulmanes que las almas de todos los musulmanes fallecidos se reúnen los domingos y los lunes para rezar a Alá.

—Menudo lío hay entre las tres grandes religiones, moros, judíos y cristianos.

—Son las religiones del libro, no lo olvides, de la Biblia, el Antiguo Testamento, es común para las tres.

—Y encima los lugares sagrados son los mismos. Cómo para arreglarse las cosas en Oriente.

—Y que lo digas. Como ves los enfrentamientos de ahora vienen de lejos. Pero déjame seguir. Antes de entrar en la Cúpula de la Roca hay unas arcadas que se llaman, *marwazin*, balanzas. Esas balanzas simbolizan las que se usarán en el Juicio Final para pesar las obras buenas y malas de los hombres después de la resurrección de los muertos en el valle de Josafat, que está debajo del monte Moria.

—¡La de cosas que hay en la Cúpula de la Roca!

—Y hay más. Dentro, sobre el suelo, en la zona norte, hay un cuadrado de mármol verde fijado con cuatro clavos de dorados, y ahí está la puerta del Paraíso.

—¡Madre mía!

—Cuando llegaron los primeros templarios, se establecieron en las «caballerizas de Salomón» de la Cúpula de la Roca. Las caballerizas eran unos sótanos enormes. El cruzado Juan de Wurtzburgo las describió y dijo que eran tan grandes, que cabían más de mil camellos y más de mil caballos.

—Y allí hicieron excavaciones, ¿por qué?

—Lo de las excavaciones forma parte de la leyenda, te lo puedo asegurar. Quizás a algún templario codicioso le dio por hacer agujeros para encontrar tesoros, no te digo que no, porque se decía que allí debajo había enterrados montones de oro y una vajilla sagrada. Pero nunca fue ese un objetivo de la Orden.

—Pero podían buscar el Arca de la Alianza.

—El Arca de la Alianza se la llevó de allí el profeta Jeremías. En mis tiempos todo el mundo conocía esa historia, que ahora, sin ánimo de ofender, no la conoce nadie.

—Vale, somos unos pobres ignorantes. Pero ¿no hay una contradicción en eso de que Bernardo adaptase la tradición druídica a las creencias cristianas y sin embargo atacase a muerte a los musulmanes? Si la religión judía, el Islam y el cristianismo parten de un tronco común, ¿no parece más lógico que hubiesen podido llegar a entenderse, incluso a refundirse?

—Bueno, eso es algo de lo que siempre nos han acusado. Y esta vez tienen razón.

—Menos mal que por una vez los acusadores aciertan.

Y sonreí con malicia, pero a Hugo no le hizo ni pizca de gracia mi comentario.

—Yo he llegado contigo a un trato. He dicho que te diría la verdad y es lo que estoy haciendo. Si la gente cree de nosotros auténticas patrañas, tengo que negarlo, pero lo que sea verdad te diré que es verdad.

—Vale, vale, era una broma, no te pongas así.

—Bernardo, Malaquías y el mismo Harding creían que era bueno un acercamiento a las creencias hebreas, islámicas, e incluso paganas. Pero dentro de la Iglesia había algunos con mucho peso que se oponían ante lo que consideraban casi una herejía.

—¿Qué es la Sabiduría Primordial, la Verdad Perenne?

—Un ideal de algunos de nosotros fue unir los opuestos en la unidad y así llegar a Cristo, al Verbo primordial que es luz de luces.

—No he entendido mucho, la verdad.

—No te preocupes. Ya trataremos de eso más adelante.

—De acuerdo. ¿Puedes hablarme entonces de la secta de Los Asesinos y del Viejo de la Montaña?

—Te hablaré de Hasan al Sabbah, el primer Viejo de la Montaña, luego hubo más, también a él la historia le ha tratado mal.

—¿La palabra asesinos viene de *hashshahin*, comedores de hachís, en una palabra, guerreros drogados?

—Eso es lo que muchos te van a contar. Además te dirán que, como los guerreros del Viejo de la Montaña eran crueles y solo se dedicaban a matar, la palabra acabó significando asesinos, en el sentido actual.

—No te vuelvas enigmático, ¿eso es verdad?

—Bueno eran guerreros, así que mataban, como nosotros, como los cruzados, como los nobles, como los reyes. La historia la cuenta siempre el vencedor y, como ellos perdieron, han llegado hasta vosotros un montón de mentiras y de calumnias sobre Hassan al Sabbah y sus seguidores.

—Explícate.

—Para empezar respecto al nombre de la secta. La primera confusión, yo creo que, sin mala intención, la provocó Marco Polo.

—¿Qué pasó?

—Pues simplemente que Marco Polo entendió mal. Hasan al Sabbah llamaba a sus seguidores, Assasiyoum, fieles al Assa, es decir, fieles al Fundamento de la Fe. Y en occidente se les conoció como, «los asesinos».

—¿Pero quiénes eran de verdad esos guerreros tan misteriosos, quién era Hasan al Sabbah?

—El primer Viejo de la Montaña, Hasan al Sabbah, era amigo y discípulo del místico sufí Omar Jayan, que escribió el Rubaiyat, un gran poeta reconocido por todos. Hasan, en 1090, fundó una orden de caballería mística y se hizo fuerte en la fortaleza del monte Alamut, al norte de Siria. Reunió la biblioteca más rica de Oriente, que en 1265 destruyó el ejército mongol del Gran Khan Hulagu.

—Me voy situando, caballería mística, biblioteca enorme, manuscritos raros, estos asesinos tenían mucho que ver con vosotros ¿no?

—Vamos por partes. Otra vez tengo que hacer un poco de historia.

—Ya sabes que me gusta.

—Cuando murió el profeta Mahoma en el 632, se organizó un califato que dirigieron sus descendientes. Y como pasa hasta en las mejores familias, los enfrentamientos entre los parientes fueron demasiado frecuentes y sangrientos.

—O sea que se mataron unos a otros para quedarse con el poder.

—Pues sí.

—Y qué pasó.

—Que esos enfrentamientos acabaron dando origen a las dos corrientes más

importantes del Islam. Los sunnitas, defensores de la tradición, pero a la vez partidarios de la elección libre del sucesor del profeta. Y los chiítas, menos tradicionales, pero que creían que el poder del califato debía pertenecer al linaje del profeta.

—De esas dos corrientes desgraciadamente sabemos mucho ahora.

—Estoy enterado. Luego, en el seno de los chiítas, después de varios enfrentamientos internos, surgió el ismaelismo. Los ismalitas defienden el sentido esotérico del Corán.

—Del ismaelismo no había oído hablar.

—¡Qué raro, con la de cosas que sabes!

—Muy gracioso.

—Los ismaelitas alcanzaron el poder con la dinastía Fatimí, que acabó gobernando en Egipto. Pero, como suele pasar, también se enfrentaron entre ellos, se dividieron, y aparecieron los nizaríes, partidarios de Nizar, uno de los hijos del califa. Muchos nizaríes se refugiaron en la fortaleza de Alamut y se convirtieron en seguidores del Viejo de la Montaña.

—¿Entonces los asesinos, o como se diga, en origen eran chiítas?

—Sí.

—Sin embargo, hasta aquí parece que lo que les movía a los asesinos eran solo cuestiones políticas no religiosas.

—No solo. Los asesinos eran ismaelitas o, si quieres, chiítas septimanos, influenciados por las doctrinas de los sufíes, por el hermetismo y el neoplatonismo.

—Sinceramente todo eso me suena a chino.

—Para que me entiendas. Eran, como nosotros, una caballería mística. Nosotros fuimos los guardianes de Tierra Santa dentro del mundo cristiano y ellos fueron los guardianes de Tierra Santa dentro del mundo del Islam.

—¿Y Hasan al Sabbah?

—Hasan era de familia rica y creyente. Estudió matemáticas, astronomía, filosofía griega y persa y, además, el Corán en la escuela Al Azhar del Cairo. Al Azhar era un escuela muy especial. Se enseñaba, entre otras cosas, el arte del asesinato.

Me miraba muy divertido.

—Eso es un horror.

Volvió a retumbar por el camarín su risa de fantasma.

—No te escandalices, vuestros Reyes Católicos, y muchos reyes de Europa, tenían en su corte envenenadores a sueldo.

—Tienes razón, soy muy ignorante.

—Bien, se dijo que, en el Cairo, Hasan se aficionó al hachís.

—Pero ¿no estaba prohibido por la religión?

—La filosofía sufí consideraba que comer cannabis aumentaba la conciencia mística.

—¿Cómo que comer?

—¡Ah, ya! Es que entonces el hachís, se comía, no se fumaba. Las hojas se cocinaban a fuego lento. Luego, cuando estaban ya bien secas, se comprimían en una especie de píldoras, que se tostaban con sésamo y azúcar. Era rico.

—¿Tú también comiste hachís?

—Digamos que alguna vez.

—De qué cosas se entera una.

—No tiene nada de especial. Acuérdate de los derviches giróvagos de Anatolia.

—¿Quiénes son esos?

—Por favor, esto parece una escuela infantil.

—Lo siento.

—Son sacerdotes que giran y giran bajo los efectos del hachís buscando el arrebató místico.

—O sea que Hasan solía andar por ahí ciego de maría.

—No seas vulgar, por favor.

—Vale. ¿Qué más hacía Hasan?

—Bueno pues, aunque era ismaelita, quiso buscar algo más profundo. Rezó, reflexionó, y, cuando estuvo preparado, se fue a Beirut a propagar su nueva doctrina. Enseguida tuvo un montón de seguidores.

—¿Y cuál era su doctrina?

—No me vas a entender.

—Inténtalo.

—Estaba basada en el ismaelismo y el sufismo, con influencia de la tradición persa, del zoroastrismo y hasta del cristianismo primitivo. El libro, «Jaw an Mardi», que tiene como base la compasión, la generosidad, el sacrificio, el honor y la humildad, y «El libro de las fuentes» de Abu Yaqub as Sijistani fueron la base de su mística. Qué, ¿has entendido?

—Tienes razón, no entiendo nada.

—Ya lo entenderás más adelante.

—¿Y qué hizo con tantos seguidores?

—Pues buscó un lugar, nosotros diríamos un monasterio, para vivir con los suyos. El lugar fue el castillo de Alamut, a las orillas del mar Caspio en las montañas de Rudbar.

—Dicen que drogaba a sus guerreros.

—Lo que se decía entonces era que en un ala de la fortaleza había creado una especie de paraíso, un jardín delicioso donde vivían un puñado de huríes, vamos de muchachas seductoras, para que me entiendas. Contaban también que, después de haberles ofrecido buenas raciones de hachís, llevaba allí a sus guerreros para que vieran lo que les aguardaba si morían en combate.

—Pues yo he leído que de las fuentes de aquel jardín manaba vino y miel, y que las huríes esas se desvivían ofreciendo a los hombres toda clase de placeres a cuál

más excesivo y sucio.

—Pura literatura ¿Y te crees todo eso?

—La verdad, no lo sé, aunque es verdad que resulta un poco exagerado.

—Ya te dije que perdieron y que sus enemigos reinventaron su historia.

—Tienes razón.

—La táctica de Hasan en combate era el terrorismo. Sus guerreros formaban pequeños comandos que actuaban a la luz del día y desaparecían después de la acción. Él inventó el atentado suicida. Todo eso ayudó a que se forjase la leyenda. Con el tiempo su poder se extendió hasta Siria. Y ahí fue donde Hasan entró en contacto con nosotros.

—Sin embargo, lo que me has contado es muy contradictorio, por un lado predicaba la generosidad, el honor, la compasión, y, por otro, era cruel, fanático...

—Es verdad, la realidad muchas veces se enreda. Y te diré más, Hasan mandó decapitar a su primer hijo por encontrarle un día borracho y, al segundo, por un delito que no cometió, simplemente por tener una sospecha.

—Es terrible ¿Qué fue de Hasan?

—Murió en su fortaleza el 12 de junio de 1124.

—¿Y qué fue de Alamut?

—En 1265 la tomó Hulagu, nieto de Gengis Khan y sus mongoles, pero los últimos *hashshashin* se rindieron unos años más tarde, en 1272, al sultán sunní Baybars.

—Se dice que teníais muchos puntos en común.

—Y es verdad. La estructura de las dos órdenes de caballería era similar. Nuestro gran maestro se correspondía con su *sheik*, nuestros priores con sus *dai kabir*, nuestros escuderos y sargentos con sus *fedai*, nuestros hermanos afiliados con sus *lasiq*.

—¿Los *fedai* no son también los que se inmolan, los kamikaces?

—Sí, como ves no hay nada nuevo bajo el sol, los atentados suicidas, que ahora sufrís, vienen también de lejos. De todos modos debes saber que los chiíes luchan solo para defender su territorio, mientras que los suníes son los que, por las buenas o por las malas, pretenden extender su doctrina al resto del mundo.

—Los de al Qaeda, entonces, son suníes.

—No, son chiíes, ellos consideran que el Islam está amenazado y, por tanto, actúan para defenderse. En cualquier caso, hoy chiíes y suníes a veces luchan unidos.

—Ah, ¡menudo lío! ¿Y qué más teníais en común con los asesinos?

—Eres muy curiosa. Bueno pues, por ejemplo, las túnicas blancas y el cordón de la cintura.

—Estoy hablando en serio.

—Y yo también. Mira, no te puedes ni imaginar las que cosas que se dijeron en nuestro proceso a cuenta del dichoso cordón. Hubo inquisidores que aseguraban que el cordón tenía poderes mágicos. Pero la única verdad, más allá de las leyendas y las

calumnias, es que aprendimos mucho de ellos y ellos de nosotros.

—¿Qué aprendisteis?

—La *Yaw an mardi* era la tradición caballeresca de Oriente. Se basaba en la generosidad, la compasión, el sacrificio, el honor, la humildad y la ayuda a los débiles.

—Suenan bien, parece que estás describiendo al héroe de una película.

—Esas eran las reglas que se seguían en los *ribat*, los conventos fortificados de la caballería espiritual islámica, en una palabra, sus monasterios.

—O sea que eran místicos y guerreros.

—Efectivamente, una combinación que todavía no se había dado en el mundo cristiano. Ya te he dicho que Hasan y los suyos eran chiítas septimanos influenciados por la doctrina sufí, y el sufismo une la vía espiritual y la vía caballeresca.

—¿Todo eso tiene que ver con la yihad, la guerra santa, con los atentados del 11S y del 11M, y las brutalidades que perpetró hoy el Estado Islámico?

—De alguna manera sí, pero escucha, no te equivoques, la yihad, esa guerra santa, habla de la lucha contra un enemigo exterior, y también de la guerra a los enemigos interiores, a los enemigos del alma, es una vía de purificación. El esfuerzo espiritual contra los enemigos interiores se llama, *yihad akbar*, gran esfuerzo. Mientras que la lucha con los enemigos exteriores se llama, *yihad as asgar*, pequeño esfuerzo.

—Quieres decir que, para ellos, la lucha con los enemigos interiores es más grande, más difícil.

—Eso es, el combate para que el alma se perfeccione y llegue al estado primordial es el más duro.

—Todo eso te encanta, ¿verdad?, lo cuentas con un fervor, como si tú también fueras sufí.

—Me conformo con ser lo que he sido, un templario.

Y se rio otra vez.

—Una cosa, a ver si he entendido bien, ¿nuestras cruzadas no fueron también una yihad?

—Menos mal, no eres tan tonta como pareces a veces.

—Muy amable.

—Me gustaría hacerte una puntualización.

—¿Cuál?

—Yihad significa esfuerzo, por eso deberías hablar de «un yihad», no de «una yihad».

—No me digas que ahora te vas a convertir en académico de la lengua. Pues te diré que, como yihad es un préstamo lingüístico del árabe al castellano, puede cambiar de género, y se puede decir la yihad.

—No voy a discutir por eso.

—Muy bien. Pero sigue.

—Como decías, nuestras cruzadas fueron una yihad. Occidente copió la idea de la yihad y nosotros, las órdenes de caballería, imitamos a la caballería espiritual islámica.

—Sin embargo creo que los sufíes eran considerados herejes dentro del Islam.

—Como hoy has venido despierta, lo vas a entender enseguida. A los sufíes se les llamó así, porque vestían ropa de lana, que la usaban hasta que se les caía a pedazos. Suf significa lana.

—No sé por qué me he acordado ahora de San Francisco de Asís.

—No vas tan desencaminada.

—Supongo, entonces, que predicarían la pobreza.

—Y por eso enseguida fueron vistos con malos ojos por los ricos y por los imames poderosos que vestían ropajes de algodón. Además el sufismo tenía planteamientos cercanos al cristianismo. La esencia del sufismo es la verdad, y a la verdad se llega a través del amor divino y de la oración. Esa es la senda espiritual, *tariqat*, que está formada por tres conceptos: la pobreza espiritual, *fair*; la vestidura espiritual, *jerqueh*; el continuo recuerdo de Dios, *zeker*. «Solo los puros pueden aprehender la verdad».

—Pues dicho así es verdad que tiene cosas en común con el cristianismo.

—De hecho, la creencia de los chiíes en la venida del imam oculto, el duodécimo imam que vendrá para establecer el reino de la justicia y la paz sobre la tierra, es similar a la creencia de los *fraticelli*, los franciscanos espirituales, en la venida de Paráclito.

—¿Quién es Paráclito?

—Vayamos con orden y terminemos primero un tema.

—De acuerdo.

—¿Entiendes un poco las coincidencias?

—Digamos que un poco.

—¿Te extraña ahora que tuviéramos buenas relaciones con el Viejo de la Montaña?

—Ahora me extraña menos, pero he leído un montón de historias truculentas a cerca de la secta de los asesinos.

—¿Quieres que te cuente algo bonito?

—Claro.

—Decía el poeta sufí Shebli: Quien muere con amor a este mundo es un hipócrita; quien muere con anhelo del Paraíso es un asceta; pero quien muere enamorado de la verdad es un sufí.

—¿Tú eres un sufí?

—En algunos aspectos sí.

—¿Puedo preguntar ahora quién es Paráclito?

—¡Dios mío, qué ignorantes sois!

—Hombre, pues muchas gracias, pero ¿qué es eso de la venida del Paráclito?

—A ver, el nombre de Paráclito viene del griego, *παράκλητος*, y significa, «Aquel que es invocado», es decir, el abogado, mediador, defensor.

—Sigue.

—Te cito a Juan, 14, 16-17, hablando de las palabras de Jesús en la última cena: «y yo rogaré al Padre y os dará un Paráclito para que esté entre vosotros para siempre, el Espíritu de la verdad». O Juan 16,13: «cuando venga Él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa».

—Entonces, ¿quién es Paráclito?

—El Espíritu Santo.

—¿El Espíritu Santo?

—Por qué pones esa cara.

—No sé, creía que Paráclito era alguien más misterioso.

—Nuestra religión está tan manoseada, que hasta los misterios más hermosos se han marchitado. El Espíritu Santo es el Espíritu de la Verdad, es el soplo, el aliento, la respiración, la fuerza que obra en la intimidad del hombre, es la fuerza que santifica, es...

—Espera, espera ¿si el Espíritu Santo es la Verdad que habita en el corazón del hombre y cada hombre es capaz de llegar a esa Verdad íntima, no están de más los mediadores entre el hombre y Dios? ¿No están de más la Iglesia y los sacerdotes?

—Peliaguda cuestión. Eso dicen también los sufíes.

—¿Y tú qué dices?

—Vamos a dejar eso para más adelante. Si te parece ahora voy a seguir hablando del Viejo de la Montaña. El Viejo de la Montaña ya estaba en Alamut cuando llegaron los primeros cruzados y los recibió bien. Suponían un freno al poder turco y árabe. Después, en cuanto entró en contacto con nosotros, vio que teníamos elementos en común.

—¿Qué elementos?

—Igual que a nosotros nos acusaban de habernos islamizado, a los asesinos les llamaban *batiníes*, que quiere decir que, debido a su contacto con los cristianos, con los *frany*, se habían cristianizado, aunque públicamente no lo manifestasen.

—Es decir los consideraban traidores.

—Y alguna vez lo fueron, actuando como una quinta columna en nuestro favor. Pero también nosotros les apoyamos en contra de los señores cristianos.

—¿Por qué? Todo eso es escandaloso.

—A ver, nosotros éramos monjes, pero también guerreros, igual que los asesinos, así que el dominio de determinados territorios podía ser un tema capital. Los asesinos nos necesitaban para vencer a sus enemigos, que a veces eran también los nuestros, y en otras ocasiones éramos nosotros los que necesitábamos de la ayuda de los asesinos para frenar las ideas descabelladas que se les ocurrían a nuestros queridos señores cristianos. ¿No pasa ahora lo mismo?

—No sé, me confundes. No quiero pensar. Vamos a cambiar de tema. Háblame

del famoso bafomet, vuestro ídolo herético que algunos relacionan con Mahoma y que, después de oírte hablar con tanto fervor de los sufíes, igual tienen razón.

—Vale, vale, ¿y de nuestra supuesta homosexualidad, y de las ceremonias de iniciación con beso en las partes pudendas incluido?

—Pues sí, no soy morbosa, pero, al fin y al cabo, os acusaron de todo eso.

—Está bien, pero será otro día, escucha...

Las campanas que marcaban el final de nuestras entrevistas empezaron a repicar a lo lejos. Antes de que Hugo se desvaneciera, me tenía que dar instrucciones sobre qué debía hacer en el asunto de la reliquia.

—Bueno, escúchame atentamente. En primer lugar no tengas miedo, hazme caso, no os va a pasar nada.

—Ya, es muy fácil de decir.

—Además, de momento solo hay que hacer una inspección ocular. Es necesario que consigas visitar la casona de la mujer del falso Sublime Príncipe. Quiero que te fijes en todo, en el jardín, por ejemplo, entonces había un arce, quizá tienen ahí enterrada la reliquia, si no recuerdo mal estaba a mano derecha junto a la puerta de entrada, que te fijes también en...

—¡Pero tú estás loco! Yo soy incapaz de ir allí. Los Sublimes Príncipes y esas historias me dan pánico de los nervios, además no tengo ni idea de cómo es un arce, para mí todos los árboles son árboles, menos los de Navidad, que los distingo porque tienen bolitas de colores colgando, y que yo no voy, YO NO VOY...

Mi voz histérica me estaba dejando sorda a mí misma. Me callé cuando, entre alarido y alarido, me di cuenta de que mi templario estaba tan tranquilo y que no le impresionaba nada aquella vociferante puesta en escena.

Por fin me callé.

—¿Ya?

Aquel, «ya», hizo que por poco me lanzase a una nueva oleada de chillidos, pero me contuve.

—No sé, habla con la medium. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Kiwi.

Lo dije bajito para confundirle más, sabiendo que no iba a entender el nombre, me imaginaba que en su vida habría visto un kiwi.

—¿Cómo?

Pero no me dio tiempo a contestar. Las campanas de la despedida doblaban sobre nuestras cabezas y Hugo empezó a desvanecerse. Solo escuché con sonido de ultratumba el «*Beau sire*» de despedida.

Me levanté para irme. Su cabeza ya se había esfumado completamente. Cabreada, me di la vuelta y me fui. Dejaba atrás un templario sin cabeza que se iba deshaciendo en la oscuridad del camarín. La Virgen miraba todo aquel trajín muy divertida.

Kiwi me esperaba con los mojitos, que ya se estaban haciendo una necesidad. Bebí despacio sin decir nada. Necesitaba hacer daño para descargar mi ira y Kiwi era el único bicho viviente que se me había puesto a tiro. Pero me ganó la partida, porque con su pachorra latina se dedicó a disfrutar de su mojito sin importarle una higa que yo no abriera la boca, cosa que me irritó aún más y otra vez me hizo gritar.

—¿Vengo de estar con Hugo y no me preguntas nada? Tú no tienes sangre en las venas, así va Sudamérica.

Mientras hablaba me sentía injusta, mala víbora, víbora repugnante, víbora infecta, víbora, víbora, víbora, pero seguí con mi discurso.

—Así no podemos trabajar, yo necesito a alguien con quien pueda compartir lo que está pasando, que me dé ideas, a alguien con quien pueda formar un equipo operativo, y no una médium de pacotilla que lo único que sabe hacer medianamente bien es preparar mojitos.

Kiwi, durante mi discurso, me miraba con una tranquilidad que me sacaba de mis casillas. Cuando terminé, dio el último trago al mojito, dejó la copa sobre la mesa sin hacer ruido, se levantó y me dijo muy bajito.

—Que te den.

Luego salió del salón.

—¿Dónde vas?

Mi voz destemplada e histérica, como antes en Santa María, retumbó por toda la casa.

Pero no me contestó y oí que recogía sus cosas en el cuarto.

Entonces me fui allí corriendo y le pedí perdón, le pedí que se quedara y me enredé en un discurso aburridísimo intentando justificar mis palabras de antes, que no tenían justificación.

Por fin la cosa se calmó, volvimos al salón y Kiwi preparó otros dos mojitos para celebrar el rencuentro.

Pero yo estaba muy confusa.

—¿Entonces qué tenemos que hacer ahora?

—Simplemente, lo que te dije, me presentaré allí, le caeré bien al Sublime Príncipe, mejor a los dos Sublimes Príncipes, y conseguiré que me den trabajo, entonces visitaremos la casona. Además yo sí sé cómo es un arce, querida. No es difícil.

—A mí me va a dar algo.

—Mañana iré al Hotel de Londres. Es una decisión personal en la que tú no tienes nada que ver.

—Estás loca. Pero nada, allí iremos.

—Te equivocas, lo de mañana es cosa mía.

—¡¿Cómo que es cosa tuya?!

—Ya me has oído.

Tuve un conato de montar en cólera, pero desistí, ya había tenido bastante con el numerito que había montado antes.

—Sabes qué te digo, que me voy a dormir, ahora no estoy para discutir con nadie.

—Y que lo digas.

Cosas que pasan, esa noche dormí a pierna suelta.

Y llegó la hora de ir al Hotel Londres. Por la mañana discutimos mucho, pero al final nos pusimos de acuerdo. El plan era que yo le esperara fuera del Londres. Kiwi me convenció de que era mejor que no nos relacionaran. Luego, cuando ella estuviera ya trabajando en el hotel de Arizkun, intervendría yo.

Kiwi estaba muy guapa con el traje que habíamos comprado y los zapatos rojos de tacones altísimos, que parecían dos llamas ardientes y muy sexis.

Llegó el momento.

Vi cómo entraba decidida en el hotel.

Apoyada en la barandilla de la playa, podía seguir toda la operación a través de los ventanales del Londres, que dan al paseo.

El camarero cotilla saludó a Kiwi y le llenó de besos.

Miré para otro lado, tanto besuqueo me ponía de los nervios.

Me fijé en la clientela. Dos caballeros, acompañados de unos cuantos más, estaban sentados junto a uno de los ventanales. Los dos eran rubios, perfectos prototipos de la raza aria. Seguro que eran ellos. Iban impecable. El más joven llevaba un traje de verano color canela, el otro, más clásico, iba de alpaca plateada. Tony llegó a la mesa y dijo algo. El del traje canela miró a Kiwi y sonrió encantado, como la mosca que acaba de descubrir un plato de miel. Pensé, un rijoso repugnante. Entonces, el que iba de alpaca se levantó y me quedé sorprendida, era altísimo, tan alto y sombrío que tenía algo de siniestro. Esperé en mi puesto de observación. El gigante fue a saludar a Kiwi y ella empezó a desplegar todos sus encantos, parecía una mantis religiosa morena. Aquello fue un festival de morritos, caídas lánguidas de pestaña y un montón de otras monerías, que a mí me acabaron de sacar de quicio.

Y empecé a contar el tiempo.

El sol se había metido en el horizonte, cuando vi que Kiwi salía. Eché andar por delante, habíamos quedado que nos encontraríamos en el Café de la Perla.

Llegó Kiwi.

Misión cumplida. Posibilidad de un trabajo de recepcionista o de lo que fuera, porque había muchos puestos por cubrir. Kiwi se debía presentar el viernes en Arizkun para someterse a una entrevista de trabajo. Él, muy amable, la llevaría en coche. Mis protestas no sirvieron de nada. Según Kiwi aquel rijoso era inofensivo y, además, ella le podía poner en su sitio solo con mover su minúsculo meñique. En fin, a estas alturas yo ya sabía que Kiwi era terca como una mula e iba hacer lo que la

diera la gana.

Resumiendo, todo un éxito de la médium, y yo me sentí humillada y me puse de un humor de perros. Cuando acabó de contarme todo, le miré un rato en silencio y luego le dije que le asomaba un moco de la nariz. Era mi venganza. Pero a Kiwi le dio un ataque de risa y tuve que reconocer que me estaba portando francamente mal. Luego supe que hay un dicho sufí que más o menos dice así: «cuando te ofendan, busca la alabanza que esconde esa ofensa».

## CAPÍTULO IV

Al día siguiente, entré en Santa María y, como me pasaba ahora, saludé al sacristán misterioso con la misma familiaridad que si fuese el portero de mi casa. A estas alturas, las visitas a Hugo no me impresionaban nada.

En el camarín esperé a que se materializara Hugo, que no sé por qué esta vez tardó lo suyo en asomar.

Por fin vi su figura recortarse en la oscuridad y otra vez, a pesar de mi mal humor, me pareció un hombre muy guapo, muy atractivo.

—Kiwi va a visitar la casona de vuestra encomienda —dije a modo de saludo.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Lo he conseguido y basta.

Mentía como una bellaca, yo no había conseguido nada, y en la mentira me reconocía resentida y envidiosa con el éxito de Kiwi.

—Enhorabuena, eres muy lista.

No contesté a la alabanza, que aún hacía que me sintiera peor, y quise entrar en el tema sin preámbulos.

—El bafomet.

—No pareces de muy buen humor.

—No es asunto tuyo. Háblame del bafomet.

—Ya voy, pero supongo que quieres que hablemos del bafomet y, además, del rito herético y blasfemo de iniciación de la Orden, de homosexualidad, de los besos aberrantes...

—Has entendido bien, de todo eso.

—De acuerdo, vamos a allá. Recuerdas lo que te conté, con la caída definitiva de Tierra Santa en manos del Islam, un enorme ejército y una orden rica y poderosa se quedan sin objetivos. Los templarios volvíamos a casa. El rey y las nuevas clases dirigentes ven en esta vuelta una amenaza.

—Todo eso ya lo sé.

—Bien. Nosotros representábamos el feudalismo, el poder de los señores feudales frente al poder del rey. Pero el rey tenía ahora un nuevo aliado, la burguesía. Los burgueses basaban el poder en el dinero, no en la herencia, no en la sangre, e iban a apoyar al rey contra nosotros.

—No te pongas plasta, ya te digo que todo eso me lo has contado.

—Sí, pero es que no sé si te das cuenta de lo que supone. Hasta la víspera de nuestra vuelta de Tierra Santa, nosotros éramos héroes, éramos los elegidos de Dios, el pueblo nos veneraba. Había que dismantelar aquel tinglado, había que justificar el expolio de nuestros bienes y la desaparición de la Orden.

—Quieres decir que todas las aberraciones que os achacaron eran calumnias, ¿no?

—Eso es.

—Bueno, no digo que no, pero me lo tendrás que demostrar.

—Si antes éramos santos, la única manera de conseguir que el pueblo no se levantara en nuestra defensa era acusarnos de ser auténticos diablos, ¿me entiendes?

—Sí, sí, pero demuéstreme que lo que dices es verdad.

—Está bien. Una de las acusaciones fue que adorábamos a un ídolo.

—Eso es. El bafomet.

—Hubo quien dijo que ese ídolo era una cabeza de Mahoma, regalo de los asesinos, y que por eso se llamaba bafomet, como derivación de Mahomet. También dijeron que era la demostración palpable de que nos habíamos pasado al Islam.

—Esa acusación es absurda, el Islam considera sacrílega cualquier representación de Dios o del Profeta. ¡Por eso han asesinado a los periodistas de Charlie Hebdo!

—Luego, de momento, estás de acuerdo conmigo, no se trataba más que de una burda calumnia.

—¿Y de dónde salió esa idea?

—La ocurrencia y la primera denuncia contra nosotros fue obra de Esquius de Floyrac o Floyran, no recuerdo bien. Era un espía que trabajaba tanto para Felipe IV de Francia como para el Reino de Aragón, y había sido expulsado de la Orden. Esquius se entrevistó primero con vuestro Jaime II, pero el rey le dijo que solo admitiría aquellas acusaciones si podía demostrarlas.

—O sea, como yo.

—Sí, pero al revés. Tú dices que solo admitirás nuestra inocencia si te demuestro que no éramos culpables. Un poco feudal tu actitud, ¿no?

Me avergoncé.

—De acuerdo, tienes razón.

—Vale, pues sigo. Entonces Esquius se dirigió a Francia y se entrevistó con Nogaret, el brazo derecho de Felipe. Y acertó. Enseguida la máquina para nuestra aniquilación se puso en marcha. La acusación hablaba de actos lo suficientemente aberrantes para que horrorizaran al pueblo. Y enseguida se extendió la noticia de que los templarios renegábamos de Dios y adorábamos a un ídolo.

—¿Cómo decían que era el ídolo?

—Ni siquiera los templarios, que admitieron haber visto al ídolo en las confesiones obtenidas bajo tortura, se pusieron de acuerdo. Unos decían que era de cobre, revestido con una dalmática...

—¿Qué es una dalmática?

—Otra vez tropezamos con tu ignorancia.

—Muy bien, pero ¿qué es?

—¿Vas misa?

—¡Ya ti qué te importa!

—Amable contestación.

Corté por lo sano aquel cotilleo espiritual.

—Te importaría seguir, luego empiezan a sonar las campanas y no tenemos tiempo para nada.

—Vale, dejémoslo. Simplificando, una dalmática es una especie de casulla, de vestidura de los curas para algunas celebraciones.

—Me hago una idea.

—Bien, otros decían que los bafomet eran de oro, con barbas, y que se llamaban Baffo. Algunos aseguraban que eran de madera y que les llamábamos Alá. Un tal Barthelmy Boucher declaró que el ídolo representaba la cabeza de un templario con gorra y barbas. Y hubo hasta quien dijo que era un macho cabrío con barbas, cuernos puntiagudos, tetas de mujer, mano derecha masculina e izquierda femenina, y pies en forma de pezuña.

—¿Pero no se encontró físicamente ningún bafomet que demostrase que el ídolo existía?

—El 11 de mayo de 1311, por fin, los administradores del Vieux Temple de París declararon que habían encontrado una cabeza del ídolo.

—¿Y cómo era?

—Pues era una cabeza grande de plata dorada, que representaba a una mujer, dentro había un cráneo de verdad envuelto en un lienzo blanco.

—O sea, un relicario.

—Efectivamente, un relicario de los que, como ya te dije, había a cientos en nuestra época.

—Vale, sin embargo estarás conmigo en que las cabezas tenían un significado especial para vosotros. Yo he leído un estudio sobre el tema y parece que todas las capillas de las encomiendas templarias estaban dedicadas a santos que murieron decapitados. En la capilla de San Adrián, en Morbidan, hay una cruz con una guirnalda hecha de cabezas y, en Saone-et-Loire, donde estaba la encomienda templaria de Santa Catalina, todos los soportes de luz tienen una cabeza humana como base.

—Mira, si te das una vuelta por todas las iglesias, capillas, y hasta palacios, que existen en el mundo, te encontrarás que muchos de ellos están llenos de cabezas, rematando las luminarias, adornando capiteles, asomando en canalillos, vamos, que esa teoría me parece de una simpleza inadmisibile.

—Es posible.

—Te puedo enumerar, porque me sé de memoria, los cargos que se nos imputaron el 12 de agosto de 1308. De momento, para no aburrirte, te diré solo los que se refieren al ídolo y, además, puedes comprobar si lo que digo es verdad, porque esa documentación se conserva.

—Por lo menos en ese caso hay pruebas, pues adelante.

—Cito textualmente: «Otrosí, que en cada provincia tenían ídolos, es decir cabezas, algunas de las cuales tenían tres caras y algunas una, y otras tenían una calavera humana».

Hugo recitaba con los ojos semicerrados, concentrado, queriendo recordar punto por punto la acusación.

—«Otrosí, que adoraban estos ídolos y especialmente en sus grandes Capítulos y Asambleas, que los veneraban como Dios, como sus Salvadores, que decían que les proporcionaban riquezas, que hacían que los árboles floreciesen, que hacían que la tierra germinara».

Me miró como diciendo, fíjate que disparates.

—«Otrosí que rodeaban o tocaban cada cabeza de los dichos ídolos con pequeñas cuerdas, que llevaban arrolladas junto a la camisa o a la carne, y que hacían esto en veneración de un ídolo».

Suspiró con satisfacción, estaba llegando al final.

—«Otrosí que adoraban a cierto gato, que a veces se les aparecía en su asamblea».

¿Qué te parece?

—Realmente todo eso es un despropósito.

—¿Necesitas más datos?

—Una pequeña aclaración. Dicen algunos entendidos que el término bafomet deriva de dos palabras griegas, *βαφη* y *μητις*, que unidas significan «bautizo de sabiduría». Incluso llegan a decir que «bap» significa bautismo, y «ometa», muerte.

—Esos mismos dirán que entendemos sabiduría como conocimiento iniciático y que el bafomet está relacionado con la divinidad romana Jano, porque la gnosis, el conocimiento iniciático, es la ciencia de la diosa Jano. Otros te pueden decir también que bafomet deriva del *Abufi hamat* arábigo, el Padre del entendimiento.

—También he leído que, en sentido cabalístico, bafomet está relacionado con dos palabras latinas, *bapheus* (tintorero) y el verbo *meto* (cosechar).

—No sigas, por favor, según eso estaríamos hablando de la cosecha del tintorero, es decir, del mercurio filosofal, el tintorero de la luna, que es el que extrae la tintura que emana del arte solar. ¿Me equivoco?

—Pues no, pero hay más. El *Museum Hermeticum*, una compilación alquímica de las más completas, en su edición alemana, exactamente Leipzig, 1749, recoge imágenes alquímicas, y, entre ellas, dicen que hay un bafomet.

—Sí, ya lo sé.

—¿Lo has visto?

—Sí.

—¿Cómo es?

—Es una figura, que para algunos representa a un hombre con barba y que tiene el lema del elemento alquímico vitriol.

—¿Qué es eso del vitriol?

—Vamos allá. Vitriol puede descomponerse en la siguiente frase latina, «*Visita Interiora Tέρrea Rectificando Invenis Occultum lapidem*».

—Traduce, por favor.

—Visita el interior de la Tierra, rectificando hallarás la piedra oculta.

—Ya, no lo sabía. ¿Entonces?

—Mira, el vitriol es considerado la esmeralda filosofal. Los alquimistas decían que el vitrol era una sustancia vegetal y de color verde. Y de esa materia creían que estaba hecho el Grial, que todos buscaban.

—Eso dice el alquimista Fulcanelli.

—¿Sabes quién era Fulcanelli?

—¡Claro que sí! Fue el autor de «El misterio de las catedrales». Interpretó los signos alquímicos de las catedrales.

—Perdona, procura ser más exacta, «El misterio de las catedrales y la interpretación esotérica de los símbolos herméticos».

—Fulcanelli era un pseudónimo, se llamaba Jean Julián Champagne y murió en París en 1932.

—¿No te parece que sería más correcto hablar de los Fulcanelli?

—No te entiendo.

—En realidad ese pseudónimo esconde varios nombres. El de Champagne, como tú dices, el de René Adolphe Schwaller de Lubiez, y hasta el de Eugène Canseliet, discípulo de Champagne, entre otros.

—Explícate.

—Quiero decir que todos esos alquimistas, por llamarlos de alguna manera, trabajaron en un mismo proyecto, descifrar el Gran Misterio. Ninguno lo logró. Champagne murió en la buhardilla del n.º 59 bis de la calle Rochechuart de París, a las 6.40 y a los 55 años, por culpa de una artritis obturante en la pierna izquierda. Estaba escribiendo, «Finis Gloria Mundi», donde pretendía descifrar el Gran Misterio, encontrar el verbum *dimissum*, la palabra perdida.

—No sabía esos datos tan exactos.

—Pues para que sepas más, el objetivo de los Fulcanelli era describir la Vía seca.

—¿Qué es eso?

—La tercera fase del gran conocimiento alquímico, pero ninguno de ellos lo consiguió.

—Ah.

—Bueno pues en el Museum Hermeticum, como decías, se recoge una imagen alquímica, que algunos han identificado con un bafomet.

—Fulcanelli, perdón, los Fulcanelli también hablan de ella.

—Sí. Dicen que es un emblema completo de las tradiciones secretas de la Orden y lo describen así, vete imaginándotelo: un triángulo isósceles con el vértice hacia abajo, que representaría el agua, el primer elemento creado, ¿sí?

—Lo tengo.

—Otro triángulo más pequeño y con el vértice hacia arriba, que ocupa el interior del otro y parece la nariz de una supuesta cara. Simboliza el fuego, o mejor, la chispa divina, el alma encarnada.

—Lo estoy viendo.

—En lo que ocuparía la barbilla del gran triángulo, aparece un signo parecido a

una H, con un círculo en el palo horizontal. Este signo representa el Espíritu Universal, el Espíritu Creador, Dios.

—Vale, es como si la cara formada por los triángulos tuviera barba.

—En el lugar de los ojos, hay a la izquierda, el círculo lunar con el creciente inscrito, y, a la derecha, el círculo solar.

—Pues parecerá que está guiñando un ojo.

—¡Qué simple eres!

—Pero ¡si es verdad!

—Bueno, para acabar, en la base del triangulito que hace de nariz, hay una cruz rematando un globo, con lo que se completa el jeroglífico: azufre, principio activo, asociado al mercurio, principio pasivo y disolvente de todos los metales.

—Según tú algunos quieren ver bafomets por todas partes.

—Francamente sí.

—¿Pero que era el bafomet? ¿Existió realmente?

—Lo que llaman bafomet no era más que una versión templaria de la calavera monástica. Entonces era costumbre que los monjes tuvieran en su celda una calavera. Se suponía que la visión de un cráneo mondo y lirondo servía para recordar que el mundo era un lugar de paso y también para acostumbrarse a la idea de la muerte. Algunos de mis compañeros solían tallar una piedra en forma de calavera, la metían en una bolsa y la llevaban en el cinturón. Nosotros viajábamos constantemente y, de esa manera, podían llevar la calavera a todas partes.

—¡Ah, esos son los bafomet de bolsa! Se han encontrado algunos. Pero los que yo he visto tenían nariz, no tenían pinta de calavera.

—Pues no sé, serían poco expertos los que las esculpieron. Además en algunos casos representaban al diablo, decían que de esa forma no se olvidaban de que podían ser tentados en cualquier momento, y además le perdían el miedo y podían combatirlo mejor.

—De todos modos no me parece a mí que el tener todo el santo día una calavera delante de las narices quite el miedo a la muerte, entre otras cosas porque no creo que halla nada que lo consiga.

—Estoy de acuerdo, pero nosotros nos jugábamos la vida diariamente en combate, y, en esas circunstancias, cualquier cosa puede servir si con eso te sientes más tranquilo.

—No te digo que no.

—Escúchame, ¿sabes qué es lo más triste?

—¿Qué?

—Que las acusaciones de entonces siguen funcionando de algún modo y, a día de hoy, fíjate si han pasado siglos, se nos relaciona con cosas escabrosas, se nos utiliza como carnaza para crédulos amantes de lo misterioso, y algunos se forran a nuestra costa. A toro pasado y sin la posibilidad de defendernos, cualquiera puede decir que la palabra bafomet deriva de esto y de aquello, o que esconde un signo alquimista, o

lo que le dé la gana.

—Lo admito, creo que tienes razón.

—Me alegro y espero que no te desilusiones demasiado, porque todas esas historias mágicas son mucho más sugestivas que la realidad.

—Quizás, pero al final acaban aburriendo y estoy convencida de que no hay nada más atrayente que la búsqueda de la verdad.

Me miró agradecido y me puse colorada. No sabía qué me estaba pasando, bueno sí sabía, me estaba enamorando de un fantasma, y era lo único que le faltaba a mi frágil estabilidad emocional, tan frágil que daba risa.

Hugo hizo como que no se daba cuenta de mi rubor adolescente y empezó a hablar de la ceremonia de iniciación. Se les había acusado de escupir, orinar, y pisotear la cruz. Se les había acusado de homosexualidad y de besarse el pene, y hasta el culo.

—El ritual de iniciación exactamente era el siguiente. El aspirante se daba un baño en señal de purificación. Después se le ceñía el cordón blanco, que simbolizaba castidad. Luego se le hacía entrega de la espada, recordándole que debía obrar con justicia y defender a los débiles, a las viudas y a los huérfanos. A continuación recibía la acolada.

—¿Qué era la acolada?

—Un pequeño bofetón que le recordaba los sufrimientos que tendría que soportar. Por fin llegaba el momento culminante de la ceremonia con la recepción de las armas.

—El espaldarazo.

—Eso es, el espaldarazo. Se le imponía la espada en el hombro y en la coronilla, mientras que un brazo del crucifijo tocaba el otro hombro. Y por fin, el ósculo fraternal, es decir, el beso con el que se le recibía en la Orden.

—Hasta aquí todo parece normal, sin embargo sabes que os acusaron de aberraciones terribles en esa ceremonia y también de que utilizabais cámaras secretas para recibir a los aspirantes a la Orden.

—En la iglesia de la Vera Cruz de Segovia participé yo en más de una ceremonia de iniciación.

—Precisamente de la Vera Cruz te quería hablar yo. Conozco esa iglesia. Se conserva muy bien. En el centro, tiene una construcción muy rara.

—La iglesia de la Vera Cruz tiene planta dodecagonal, imitando el Santo Sepulcro de Jerusalén. Esa construcción, que tú llamas rara, es un edículo central.

—¿Un qué?

—No pongas esa cara que te pones muy fea. Un edículo central, es un recinto sagrado del que salen doce nervios que sujetan el edificio. El recinto, como sabes, tiene una cámara inferior, a la que se puede acceder por cuatro aberturas orientadas a los cuatro puntos cardinales. Y otra cámara superior a la que conduce una estrecha escalera. Ahí arriba hay varias ventanas, una de ellas dirigida hacia el altar mayor.

—Ya lo sé, pero es que, encima de la cámara superior, hay otras dos cámaras casi

ocultas, y dicen que en esas dos cámaras hacíais las ceremonias sacrílegas.

—Pues no creas nada de lo que digan. Mira, la noche anterior, los nuevos candidatos hacían guardia de honor allí, con la mirada puesta en la cruz del altar mayor. Y las cámaras enigmáticas, que tú dices, se utilizaban para que los novicios meditaran en absoluta soledad y calma dentro de la iglesia los días previos a entrar en la Orden.

—Bien, lo puedo admitir, no eran tan ocultas como las pintan, pero hay otras mucho más escondidas.

—¿Dónde?

—En Toledo, por ejemplo.

—No, es falso. Cualquier pasadizo, y entonces había muchos en las encomiendas y en los castillos, dicen que es una de esas cámaras siniestras. Como ahora nos hemos puesto de moda, el cuartucho más inmundo sirve para atraer al turismo diciendo que era una cámara secreta templaria donde nos divertíamos haciendo mil aberraciones.

—De acuerdo, pero contéstame sinceramente, ¿hay algo de verdad en lo que se dijo?, ¿participaste tú en alguna ceremonia, digamos, especial?

—Te contestaré primero a la última pregunta. Sí, participe en alguna de esas ceremonias que llamas especiales. Fue en Soria, en la encomienda que estaba en el Cañón del Lobo.

—Es el lugar más misterios y hermoso que conozco.

—Era maestro de la encomienda Guillermo de Salduero. Guillermo era un hombre de fe, un guerrero duro, que había pasado muchos años en Tierra Santa y había pedido ir a morir al Cañón. Seco de carnes, ayunaba casi todos los días del año. Era un místico que vivía profundamente el significado de los ritos y que quería transmitir todo el aliento de fe que le quedaba a los nuevos templarios. No se le pasaba por la cabeza que alguien pudiera dar un sentido distinto a la ceremonia que él aprendió en Oriente.

—Tuvo que ser muy fuerte la experiencia en ese marco.

—Sí. Fue al amanecer. Oriente se iluminaba poco a poco con una luz lechosa, que iba dando color a las cosas. Los buitres volaban muy altos. Solo se oía el rumor del río junto a la ermita. El neófito se desnudó. Guillermo, transfigurado por la luz de la mañana que entraba ya por las ventanas de alabastro, le besó en el ano, en el pene, y en la boca. La emoción era tan fuerte que se podía tocar con la mano. Sentí el Espíritu dentro de mí con la fuerza del dolor y del amor. Sentí tanta paz como nunca la había sentido. Pero sentí también que Guillermo se equivocaba, provocar emociones tan fuertes, como tú dices, es jugar con fuego.

—Luego había algo de verdad en las acusaciones.

—Creo que me vas a entender. Nosotros estábamos en contacto directo con Oriente, una cultura distinta en la que la simbología tiene un valor especial. Los tres puntos de los besos, de los que nos acusaban, tenían un significado para Guillermo y otros como él, tenían un significado místico, ¿me entiendes?, nunca aberrante.

—Sin embargo tú mismo has dicho que aquella mañana, a pesar de la emoción, te diste cuenta de que Guillermo se equivocaba.

—Sí, es verdad, la línea que separa a un ángel de un diablo a veces puede enredarse peligrosamente. No te olvides de que Satán es un ángel caído.

—Eso ya lo sabía, para que veas.

—¿Quieres que te cuente una historia?

—Bueno.

—San Miguel es el más importante de los arcángeles.

—No sabía.

—San Miguel es mitad hombre y mitad ángel.

—Lo que sí sé es que suelen representarle muy guapo, vestido con una coraza, con alas y espada, y Satán a sus pies.

—Si te fijas, San Miguel mira con compasión a Satán a pesar de haberle vencido. Por eso es el arcángel justiciero y, por eso también, se le representa a veces sosteniendo una balanza en la mano izquierda para pesar las virtudes y los pecados de los mortales.

—En la sierra de Aralar, hay una ermita muy famosa dedicada a él.

—Es que allí tuvimos nosotros una encomienda. Aralar es un lugar hermoso y lleno de fresnos. El fresno era nuestro árbol sagrado, ahuyenta a las serpientes y otras alimañas, y su sombra protege a los hombres de la ira de la Naturaleza. San Miguel es un santo templario, como decís ahora.

—Todo muy interesante, pero nos hemos ido del tema.

—Tienes razón.

Y se quedó pensativo, supongo que acordándose de la encomienda de Aralar.

—¿Podemos seguir?

Volvió en sí.

—Claro.

—¿Qué significado tenían los tres besos?

—En el mundo oriental, el ano es el lugar de salida de la energía, que los místicos llaman *kundalini*. Esa energía es la más arrolladora porque pasa a través de todo el cuerpo. Guillermo, con ese beso, quería traspasar al neófito toda su fuerza y experiencia después de una vida entera como templario.

—Me resulta muy raro.

—El beso en el pene comunicaba la fuerza creadora, el impulso vital, la inteligencia, la inspiración y la fuerza.

—¿Y el de la boca?

—Transmitía el aliento espiritual.

—¿Y no hicisteis nada con la cruz en el Cañón del Lobo?

—Ah, ya.

—Dicen que la pisoteabais, la escupíais y hasta orinabais sobre ella.

—Sí, también pasó eso.

—No lo entiendo, se me escapa.

—La cruz fue el instrumento de tortura donde murió Jesús. Cuando templarios, como Guillermo, profanaban la cruz, no se profanaba a Cristo, sino al madero donde le crucificaron y dieron muerte.

—Ahí te doy la razón, la adoración de la cruz hoy sería equivalente a adorar una cámara de gas, como dice Woody Allen en una película, porque ahí ejecutaron a un héroe.

—Más o menos. Lo que ocurre es que todo siempre se complica, y la cruz es símbolo también del Árbol de la Vida.

—Explícamelo.

—El brazo horizontal de la cruz representa todos nuestros estados múltiples, el largo camino que hay que recorrer para alcanzar el estado primordial paradisiaco, adámico, que está en el corazón del hombre, en su interioridad más honda, y el brazo vertical la elevación hacia la Identidad Suprema, después del largo camino recorrido.

—¡Qué barbaridad! No tenía ni idea de todo eso.

—No quiero ser grosero, pero no tenéis ni idea, ni de eso, ni de muchas cosas más, ahora no sabéis nada de nada.

—No te parece que ya me lo has dicho demasiadas veces.

—Tienes razón. Pues como te decía, El Árbol de la Vida, el Axis Mundi, está en casi todas las religiones. ¿Conoces la ermita de San Baudelio de Berlanga en Soria?

—Pues mira tú por dónde, sí la conozco y es mozárabe, exactamente del siglo x.

—Muy bien. San Baudelio es una joya arquitectónica, pero también es un centro espiritual.

—Estoy de acuerdo, se respira paz.

—Recuerda, a pesar de su pequeñez, en el centro del templo hay una gran columna que se levanta hasta el techo y que se abre en ocho nervios que sostienen el edificio. ¿Qué te sugirió la columna?

—No me dio tiempo a que me sugiriese nada, porque el guía enseguida nos habló de una palmera.

—Eso es, parece un árbol y lo es. Es una representación del Árbol de la Sabiduría, del Árbol de la Vida.

—No lo sabía. Pero ahora te voy a contar yo algo para no parecerte tan ignorante. La encina es un árbol con una gran carga simbólica, de hecho las bellotas, en muchas culturas, son símbolo del poder del sexo masculino, ¿qué te parece?

—Así es. La encina está presente en las Sagradas Escrituras, pero también en otras religiones, por ejemplo, antes del cristianismo era símbolo de inmortalidad y fortaleza, y estaba consagrada a Zeus.

—Volviendo a la profanación de la cruz, se dice que los cátaros se habrían infiltrado en la Orden y habrían organizado un temple paralelo, el Temple Negro, y serían ellos los que estarían detrás de ese rito blasfemo.

—Pobres cátaros, contra ellos se levantó la segunda cruzada en territorio

cristiano, después de la del al-Andalus. No fue suficiente con exterminarlos a todos, ahora tienen que inventarse historias siniestras.

—¿Luego, no es verdad?

—Claro que no.

—Ya te he explicado cuál era el significado de esos atropellos a la cruz. Digamos que la causa era un exceso de celo, odio a la cruz por ser el instrumento de tortura en el que murió Cristo.

—En cualquier caso, estarás conmigo en que esa ceremonia se prestaba a ser malinterpretada.

—Sin duda, y Floriac, nuestro primer acusador, lo tuvo muy fácil.

—¿Y la homosexualidad? También os acusaron de practicarla.

—¡La homosexualidad, la homosexualidad!, te puedes imaginar que en un colectivo tan grande de hombres había homosexuales, qué quieres que te diga, y también había homosexuales en la corte, en el ejército del rey, en los conventos, en las escuelas... Lo que si te puedo asegurar es que en el Temple su práctica se castigaba con los castigos más duros y con la expulsión.

—¿Pero vuestro contacto con Oriente no os podía haber llevado a considerar las relaciones homosexuales como normales y hasta deseables?

—La ignorancia es muy atrevida, y me refiero a los de mi época en este caso, se pensaban que todos los moros eran unos obsesos sexuales que se pasaban todo el día beneficiándose de jovencitas y de jovencitos.

—Entonces ¿por qué la acusación?

—Porque era la más fácil de probar, como te he dicho, entre tanto guerrero seguro que más de uno era homosexual practicante.

Me quedé mirándole, la verdad era que hablar de esos temas no me ayudaba nada para alejar los nuevos sentimientos que sentía hacia él, que me iban inflamando el corazón y otras cosas.

—¿En qué piensas?

Oí su voz y, en lugar de ser sensata y pasar a otros asuntos más fríos, me lancé de cabeza al abismo.

—¿Cómo vivías la castidad?

Se rio.

—Bien.

—¿Qué es bien?

—Pues eso bien, lo importante es saberse levantar después de haber caído.

Sentí unos celos absurdos.

—O sea que hacías de tu capa un sayo, vamos que te la saltabas a la torera cuando te daba la gana.

—La castidad es un ideal al que debemos tender.

—Perdona, pero no era un ideal teórico, habías hecho un voto.

—Tienes razón, sin embargo la carne es débil. No es por justificarme, pero mira,

nos jugábamos la vida todos los días, y el vivir al límite no es el mejor sistema para llevar una vida casta.

—Ya, ya, ya, vamos que teníais la adrenalina a tope y andabais todos como una moto.

—No he entendido nada de lo que me has dicho, ¿qué me quieres decir con esa jerigonza?

—¿Qué es jerigonza? Bueno déjalo, quiero decir que vuestra castidad era solo de boquilla.

—Yo no te he dicho eso, pero éramos hombres y, por tanto, pecadores.

—¿Y nunca te enamoraste?

—Yo era un hombre enamorado.

Me debí de quedar mirándole con cara de boba, porque dijo:

—¿Por qué me miras así?

Me repuse.

—No te miro de ninguna manera.

—¿Sabes cuál era nuestro grito antes de entrar en combate?

—No.

—¡Vive Dios, Santo Amor!

—¿Qué quieres decir?

—Yo era un enamorado del amor con mayúsculas.

—Ah.

—Por favor, deja de poner esa cara de tonta.

Y empezaron a sonar las campanas. Hugo me miraba divertido viendo mi confusión. La verdad es que, como, en el mundo en que vivimos, sexo y amor forman un revoltillo y muchas veces no sabemos distinguir entre lo uno y lo otro, sus palabras me dejaban perpleja.

—O sea que tú eras un monje enamorado.

—Pues sí, te lo puedo asegurar, y enamorado con todo el corazón.

Aquello era nuevo para mí, nadie me había hablado de la vida monacal en clave de enamoramiento.

Sonaban las campanas cada vez más cerca, mientras yo seguía dándole vueltas a las palabras de Hugo. Así que ni me di cuenta de que se esfumaba, y el «*Beau sire*» de despedida me llegó tan lejano, que no contesté.

El camarín se quedó vacío y me senté en un banco a meditar.

Ahora se nos llena la boca hablando de sexo, sin embargo la primera caricia tonta del ser amado es una sensación mil veces más fuerte, que la que podamos sentir haciendo el amor simplemente por satisfacer el sexo.

Seguí meditando. Todo amor participa del Amor, por eso el amor al otro, a los otros, a los animales, a la naturaleza, a la música, a lo hermoso, a la creación...

Desperté, me estaba poniendo francamente estupenda, era una especie de hippiefranciscanaecologista rara.

En fin, me levanté y me fui.

Kiwi me miraba sorprendida, mientras yo me bajaba el segundo mojito sin dejar de hablar de amor. Hasta que por fin se hartó y dijo que era hora de preparar el plan de ataque.

Tenía toda la razón y la evidencia me puso muy nerviosa. Al día siguiente la pobre Kiwi se iba sola con el Sublime a Arizkun. Allí se sometería a una entrevista de trabajo para conseguir entrar en el hotel encantado. Luego volvería en autobús. Ese al menos era su plan.

Cuando el segundo mojito hizo su efecto, me puse a lloriquear pidiéndole que nos olvidáramos de todo, que no se fuera sola con el príncipe a Arizkun, que yo me iba a poner enferma..., que...

No tuvo compasión, con voz de trueno me mandó a la cama y a mí me dio pereza resistirme.

A la mañana siguiente, ahora sin mojitos, yo estaba francamente preocupada. Kiwi se iba a ir de excursión con aquel Sublime Príncipe hortera y maligno.

No pude probar nada del succulento desayuno y empezamos la reunión.

Después de estar un buen rato discutiendo, Kiwi aceptó que yo les siguiera en mi coche, preparada para saltarle a la yugular a aquel obseso si intentaba algo.

Por otra parte estaba el asunto de la reliquia, sabía que no era razonable, pero me daba miedo que, iluminado por las fuerzas del mal, el Sublime Príncipe descubriese nuestras intenciones y acabásemos las dos a remojo en un puchero del averno.

El día estaba precioso.

Kiwi se preparó. Pantalón negro y blusa discreta, un fondo de armario siempre bien, como aconsejan los entendidos para este tipo de saraos. Y era verdad, estaba perfecta para la entrevista con el director del nuevo hotel.

Yo, como habíamos quedado, cogí la autopista y me fui a la gasolinera próxima al cruce de la carretera que lleva hacia Arizkun. Les esperaba allí y, en cuanto les viese pasar, les seguiría a una distancia prudencial.

Llegué y esperé.

Esperé lo mío hasta que pasó el flamante BMW descapotable del Sublime con Kiwi mirándome desde la ventanilla.

Y empecé a hacer de detective.

El Príncipe aquel corría que se las pelaba y hacía mi persecución muy difícil y muy dura, porque yo iba muerta de miedo pensando que, en una de esas, o me la daba yo, o se la daba él, y nuestra aventura iba a acabar en el hospital.

Al llegar a Oronoz, aquel imbécil aminoró la marcha y pude disfrutar del paisaje. El valle del Baztán siempre me ha parecido hermoso y misterioso, como si, al penetrar en sus límites, traspasase una barrera invisible y entrase en un mundo en el que todo es posible, como si brujas, *lamiak* y duendes hubiesen dejado su impronta

sutil y flotase en el aire una gasa extraña y mágica.

El BMW rodaba tranquilo. Ahora el Superpríncipe había colocado el brazo derecho sobre el asiento de Kiwi, así, como si nada, y de vez en cuando le acariciaba la cabeza. Era un asqueroso.

Enfilamos hacia Arizkun con aquel tentáculo de pulpo salido revoloteando cerca de la nuca de mi compañera. Y así seguimos hasta el antiguo barrio de Bozate, donde habían vivido los agotes, cagots, godos malditos, leprosos...

Enseguida vi el hotel. Era una casona grande y antigua de forma rectangular con ventanas a los montes y al río. Me emocioné, allí había vivido Hugo. Las obras de remodelación no le habían podido quitar el tufillo aquel a siglos muy lejanos.

El Príncipe dejó el coche en el *parking* espacioso de la entrada y yo dejé el mío en un rincón detrás de un seto, para que no me vieran. Y allí me dispuse a esperar.

Mientras esperaba, miraba y remiraba el edificio, había algo que faltaba de la descripción que me había hecho Hugo, pero no sabía qué.

Esperé tres cuartos de hora intentando encontrar la pieza del *puzzle* que no estaba, pero, al ver que Kiwi no salía, decidí olvidarme de tonterías, romper el plan y hacer lo que me parecía más sensato. Es decir entrar y salvar a Kiwi de las garras de aquellas gentes malvadas.

Entré.

Una tropa de obreros daba los últimos toques al interior que estaba ya prácticamente acabado.

El *hall* del hotel era muy grande. La luz entraba por unas troneras medievales, creando un ambiente de otra época.

Del techo, en bóveda de cañón, colgaba una araña suntuosa con doce brazos.

Entonces descubrí en uno de los capitales de las columnas una hermosa cruz paté.

Como nadie me hacía ni caso, empecé a husmear por una de las puertas entreabiertas que daban al vestíbulo para ver si veía a Kiwi.

Y apareció aquella mujer.

Era muy hermosa. Aparentaba unos cuarenta años. Alta, elegante. Andaba como un gato, sin hacer ruido. Iba impecable, traje pantalón negro, que le sentaba como un guante, y blusa blanca de seda.

—¿Busca a alguien?

La voz era chirriante y desagradable, hacía que te olvidases de todo su encanto.

—Me han dicho que esto es un hotel.

La disculpa me salió en un tono francamente inocente.

—Ah, le han dicho bien, pero la inauguración será la semana que viene, ya ve todavía cómo andamos.

Pareció relajarse de no sé qué premonición.

—Pues va a quedar muy bonito.

—Muchas gracias.

—¿Y tiene jardín?

—Sí, ahí, ya lo verá cuando esté todo terminado.

Tenía ganas de echarme.

—¿Hay arces? Por esta zona abundan mucho.

Me miró con una cierta suspicacia.

—Había uno, pero lo tuvimos que talar para hacer sitio.

—Ah.

—Bueno, si no le importa, será mejor que vuelva usted después de la inauguración.

—Claro, claro. Solo una pregunta, ¿era esto una encomienda templaria?

Su actitud cambió y, de pronto, pareció no tener prisa por echarme.

—¿Por qué dice eso?

—Soy experta en arte, y no sé, la estructura del edificio podría decirse que es templaria.

—Pues sí, sí lo fue.

—¡Qué interesante!

Entonces vi al Príncipe que asomaba por la puerta del despacho. Detrás estaba Kiwi, que, cuando me vio, se quedó de un color verde rana, parecía a punto de desmayarse.

—¿Qué pasa?

El Príncipe parecía de mal humor.

—Esta señora que es experta en arte y estábamos hablando de los templarios.

Unos rayos asesinos partieron de los ojos de Kiwi y me taladraron.

El Príncipe me miró de manera extraña y preguntó:

—¿No será usted escritora? Ahora hablar de los templarios se ha convertido en el tema de moda.

La mujer esperó la respuesta observándome con suspicacia.

—Pues sí, experta en arte y escritora, no creía que se notaba mi oficio.

Me reí haciendo ver que no me daba cuenta de la tensión que se estaba creando, pero sin dejar de mirar a la mujer. Un susto muy grande me rondaba por el corazón y el estómago.

Kiwi debía sentir lo mismo que yo, estaba quieta, en tensión, como un perro de caza que acaba de descubrir una paloma.

Ahora la mujer tenía una expresión que daba miedo. Las niñas de los ojos, diminutas; la boca en un rictus extraño y diabólico; las manos nerviosas, histéricas, como de muñeco de guiñol. Entonces, en uno de esos movimientos raros que había empezado a hacer con las manos, se le entreabrió la chaqueta del traje y me quedé perpleja cuando vi el broche que llevaba en la blusa, muy alto, casi en el hombro izquierdo. Era una joya magnífica. Una especie de aspa, de bordes lobulados con engaste de diamantes, topacios y rubíes.

Pero el Príncipe, supongo que sin querer, rompió el encantamiento y volvimos todos a la realidad. Dijo que tenía que hablar con Matilde, así se debía de llamar la

directora, y nos despidió a las dos, lanzándole a Kiwi una sonrisa seductora y diciéndole un esperanzador «hasta pronto», como indicando que la entrevista con la médium le había gustado. Luego se metieron esos dos siniestros en el despacho y me sentí libre.

Kiwi entonces se me acercó con intenciones asesinas, y yo me escurrí por la puerta de salida.

Ya fuera, la veleta bailaba al ritmo del viento. Y entonces me di cuenta. Hugo me había hablado de una lamia y la Cruz, adornando la veleta. Sin embargo ahora la Cruz no estaba.

Muy excitada se lo dije a Kiwi, pero Kiwi estaba muda, tenía la mirada perdida, estaba pálida, podía sentir su odio, y así llegamos al coche.

Entonces Kiwi me habló al oído, bajito, la ira le entrecortaba el aliento, dañina, muy dañina. Solo entendí una parte de lo que decía, porque me llamó un montón de palabras raras de su tierra, que intuí que eran muy feas. Aguanté el chaparrón con humildad, sin abrir la boca, hasta que por fin se calló.

Estuvimos en silencio un buen rato, pero yo tenía algo que contarle, así que intenté restablecer otra vez la conexión.

—¿Te has fijado en el broche que lleva la directora?

Kiwi siguió quieta, mirando el horizonte.

—¿Me has oído?

Silencio total.

—Vale, pero ¿has visto el broche de la mujer esa?

—Se llama Matilde.

Y volvió a su posición de egipcia enfurruñada, ofreciéndome solo su perfil.

—Por favor, lo siento, me he dejado llevar, pero si no llego a entrar no veo el broche.

Ahora empezó a ablandarse.

—¿Y qué?

—Esa especie de espiral rara, está hecha con el relicario de la Cruz de Caravaca. Por fin me miró.

—¿Qué dices?

—Que he reconocido el relicario que hizo mi padre en el broche de esa mujer.

—¿Cómo?

—Los bordes lobulados, los topacios, los rubíes... soy hija de joyero.

—Pues que bien.

—¿Conoces la historia de la Cruz de Caravaca?

—No, solo sé que algunos dicen que es mágica.

—A mí esa historia me resulta tan familiar que creo que todo el mundo la sabe.

Kiwi se iba suavizando.

—Venga, cuenta.

—A ver, la Cruz de Caravaca es un Lignum Crucis.

—Eso sí sé que es, un trocito de madera de la verdadera cruz en la que fue crucificado Cristo.

—Eso es, y el trocito de madera se guarda en un relicario que tiene forma de cruz patriarcal.

—¿Qué es una cruz patriarcal?

—Es una cruz oriental con doble brazo horizontal. Los patriarcas la llevaban colgando del pecho, por eso no es muy grande. El Lignum Crucis de Caravaca, me refiero al trozo de madera, dicen que perteneció al patriarca Roberto de Jerusalén, que fue el primer obispo de la ciudad después de que Jerusalén fuera conquistada en la primera cruzada.

—¿Cuándo fue eso?

—En 1095.

—¡Cuánto tiempo!

—Al principio, la reliquia se guardaba en una caja de plata, que luego se metía en un cofre de marfil y después se depositaba en el tabernáculo.

—O sea que se guardaba bajo siete llaves.

—Casi, las llaves eran tres.

—Pero esas cajas no tenían forma de cruz.

—No, hasta que, en agosto de 1777, el duque de Alba regaló a la ciudad un relicario, muy parecido al que hay hoy, con la forma de una cruz patriarcal.

—¿Y quién llevó el Lignum Crucis a Caravaca?

—Según la leyenda, el 3 de mayo de 1232 ocurrió el milagro. Caravaca había caído en manos del *sayid* almohade de Valencia, Abu-Zeit. Entre los prisioneros estaba el sacerdote Ginés Pérez de Chirinos. Aquel día al *sayid* le dio por informarse de los oficios de los prisioneros y, cuando el padre Ginés dijo que su oficio era decir misa, el moro quiso ver cómo era eso.

—Un moro curioso.

—No me interrumpas. Entonces el sacerdote se dispuso a officiar la misa en el salón principal del alcázar, pero, de repente, se detuvo, faltaba sobre el altar el símbolo de la cruz. Y ocurrió el milagro. Enseguida, por la ventana del salón, aparecieron dos ángeles transportando un Lignum Crucis, que resultó ser el del patriarca Roberto de Jerusalén.

—Supongo yo que, ante semejante visión, el *sayid* se hizo bautizar.

—Me imagino que sí.

Nos reímos.

—Son leyendas muy bonitas.

—Y que explican la fama de milagrosa que tiene la Cruz de Caravaca.

—¿A que no sabías que en América también es conocida?

—Pues no.

—¿Y a que no te fijaste que en la película La Misión aparecía una gran Cruz de Caravaca?

—No.

—Me dijeron que los jesuitas y los franciscanos la llevaron a América.

—¿Y tú por qué sabes eso?

—Hombre, soy medium, y ya te he dicho que algunos consideran la Cruz de Caravaca un símbolo mágico.

—Ya.

—No pongas esa cara de asco, también se dice que la custodiaron los templarios, puedes preguntárselo a tu Hugo.

—No tengo que preguntarle nada, eso es verdad. El Temple llegó a Caravaca con las tropas de Jaime I de Aragón. Jaime I fue educado por la Orden.

—Pero ¿quién la robó?

—En la madrugada del 12 al 13 de febrero de 1934 se produjo el robo. Por la mañana, apareció el sagrario abierto y sin la reliquia. Te puedes imaginar como se quedó la gente. Dijeron que en el robo estaba implicada alguna logia masónica. Luego vino la guerra civil y, cuando acabó, el papa Pío XII regaló a Caravaca un trocito de Lignum Crucis, entonces fue cuando mi padre y sus hermanos realizaron un relicario prácticamente igual al robado.

—Y el broche de Matilde es muy parecido.

Nos quedamos calladas.

Estábamos llegando a San Sebastián.

Y de pronto Kiwi dijo:

—Por cierto, que no te he dicho nada, el trabajo es mío.

## CAPÍTULO V

Al día siguiente, a las siete y media de la tarde, estaba como un clavo en Santa María. Entré, saludé al sacristán aquel, subí al camarín y me senté a esperar a Hugo con la naturalidad que se sienta cualquiera delante del televisor para ver su programa favorito.

Hugo apareció y fue recomponiendo su cuerpo mientras yo le miraba distraída, pensando en todas las cosas que le tenía que decir.

Por fin vino a mi lado y le conté todo lo que nos había pasado.

—Eres una insensata.

—De acuerdo, lo siento.

—Escúchame, tenéis que andar con mucho cuidado, ¿me oyes?, con mucho cuidado.

—Me lo vas a decir a mí, imagínate cuando vi aquella especie de cruz gamada hecha con el relicario.

—No era una especie de cruz gamada, era una cruz gamada.

—No me tomes el pelo.

—Hay algo que no te he dicho.

—¿Qué?! ¿A estas alturas hay algo que no me has dicho?!

—Lo siento, pero había razones para ello.

—¿Que razones?!

—Deja de gritar y te las contaré.

Cerré los ojos y respiré hondo.

—Adelante.

—En primer lugar te confesaré que solo tenía la sospecha de que la reliquia estaba en manos de la gente de Ahnenerbe Forschungs und Lehergemeinschaft, pero ahora no me queda ninguna duda de que la tienen ellos.

—¡Dios mío! ¿Qué quiere decir todo eso?

—No te alteres y escucha. La Ahnenerbe Forschungs und Lehergemeinschaft es una fundación que se registra, como tal, en 1935. Su objetivo era realizar investigaciones sobre la raza indo-germánica. En 1942 se integró en las SS.

—¡Pero ¿qué dices?! ¡En las SS!

—Por favor, cálmate.

—De acuerdo.

—Sus actividades se centraron en la arqueología y la antropología, tenía como misión demostrar la superioridad racial de la raza aria, teoría que ya había sido defendida, desde 1910, por la Sociedad Thule o Tulé.

—No entiendo a dónde quieres ir a parar.

—Espera y verás. La Ahnenerbe Forschungs promovió diversas operaciones. Por ejemplo, una expedición al Tibet para probar que fue allí donde nació la raza aria. La Operación Trompetas de Jericó para encontrar el Arca de la Alianza. Los nazis

también viajaron por España, convencidos de que el Santo Grial había caído en manos de los cátaros y de que los cátaros lo habían escondido en los Pirineos. Y hasta dicen que encontraron la lanza de Longinos, la que atravesó el pecho a Cristo y que hoy se expone en el Palacio de Hofbug.

Me había quedado sin habla.

—¿Me estás escuchando?

Volví en mí.

—Sí.

—Bien, los supuestos Príncipes Sublimes y esa Matilde pertenecen a la Orden del Nuevo Temple.

—Ya.

—La Orden del Nuevo Temple fue fundada por Adolf Joseph Lang, monje cisterciense y ario frenético.

—Pues que bien, uno de los vuestros, seguidor de Bernardo de Claraval.

—Sí, pero en todos los sitios hay ovejas negras.

—Venga, sigue.

—Lang solía frecuentar la abadía benedictina de Lanbach, un centro de esoterismo. El abad, Théodorich Hagen, era un gran conocedor de astrología, ciencias ocultas y de la Apocalipsis de San Juan.

—Estupendo.

—Y allí precisamente estudió a los 10 años Adolph Hitler.

—¡Joder!

—¡Por favor, te lo he dicho muchas veces, no seas ordinaria!

—Perdón.

—Bien, Lang, bajo el nombre de Georg Lanz von Liebenfels, publicó Ostara. Una revista quincenal de carácter esotérico, cuyo emblema era la cruz gamada, y de la que Hitler fue un forofo.

—¿Qué quiere decir Ostara?

—Hace referencia a la Pascua germánica y a la adoración a una antigua divinidad estacional indo-germánica.

—Ya.

—En fin, para que me entiendas, la gente de Ahnenerbe Forschungs considera a Hitler el gran templario negro.

—Pues una información muy tranquilizadora. Y, como yo soy tamaño lavadora, Matilde y el Sublime pueden experimentar conmigo haciendo albóndigas al pimiento del piquillo.

—Me alegra que te lo tomes con humor.

—¡Con humor! ¿A esta cosa que siento por dentro le llamas humor?

—Perdona, tienes razón.

—Dejémoslo. O sea que ahora tienen el Lignum Crucis.

—Y poseer el Lignum Crucis les puede dar mucho poder. Tienes que

arrebatárselo.

—Pero ¿de verdad crees que una aprendiz de escritora y una medium ecuatoriana de pacotilla van a poder quitarles algo a todos esos?

—Sí, porque yo os voy a ayudar.

—¿Cómo?

—Mira, ahora relájate, haz tus preguntas como siempre, y al final te diré qué vamos a hacer.

—Yo no tengo ganas de preguntar nada.

—Entonces preguntaré yo, ¿como estaba la encomienda de Arizkun?

No contesté para demostrar mi indignación.

—Venga, no seas cría, ya te he dicho que tengo un plan. Dime cómo estaba la encomienda de Arizkun.

Tenía razón, el silencio y mi cara de enfado eran muy infantiles. Así que decidí ser razonable y contesté:

—Preciosa. Yo creo que, a pesar de las obras, conserva aún su estructura de origen.

—Era una construcción rectangular y muy hermosa. La capilla estaba al sur con el ábside mirando a oriente, el refectorio al norte, la sala capitular al este, y las bodegas y las caballerizas al oeste.

—De todo eso no sé nada, no soy experta en los puntos cardinales. Lo que sí te puedo decir es que la entrada al hotel es muy amplia, con muros gruesos y contrafuertes planos. El techo es una bóveda de cañón...

—Una bóveda de medio cañón, con arcos fajones que forman tres bovedillas. El presbiterio plano cubierto con una bóveda de horno y los vanos estrechos en grupos de a tres. Estabas en nuestra capilla.

—Pues será cómo tú dices. Ahora que hablas tanto del número tres, sí te diré que sobre una columna había una hermosa cruz paté.

La risa de alegría de Hugo retumbó por el camarín como el otro día.

—¿Qué te pasa?

—Que estoy contento.

—Pues yo no.

—Es que todavía estamos ahí.

—Y en muchos sitios.

—A ver, explícate.

—He oído una leyenda.

—Cuéntamela, veamos qué tontería se le ha ocurrido a algún listillo.

—Pues dicen que en la capilla de la iglesia de San Andrés de Luz-Saint-Sauveur...

—Eso está en el circo de Gavernie, en los Pirineos franceses.

—Bueno, pues dicen que allí hay enterrados seis templarios y que todos los años, el 18 de marzo, el aniversario de la muerte de Jacques Du Molay en la hoguera,

aparece un caballero con un capa blanca y la cruz roja paté, el caballero va andando despacio hasta el centro de la capilla y grita: «¿Quién defenderá el Santo Templo? ¿Quién liberará la tumba de Cristo?». Y entonces los seis templarios enterrados salen de sus tumbas y responden tres veces: «¡Nadie! ¡Nadie! ¡Nadie!».

—Estupendo, todo muy bonito y muy teatral.

—Supongo que es mentira.

—Supones bien, nuestros enterramientos se indicaban con tres cabezas sobre una columna próxima. En la iglesia de San Andrés de Luz-Saint-Sauveur no queda ninguna.

—¿Y por qué indicabais los enterramientos con tres cabezas y no con cuatro, por ejemplo?

—Muy sencillo, porque nos enterraban de tres en tres.

—¿Y qué hacíais con los dos primeros muertos mientras esperabais que muriese el tercero?

—Por favor, deja de decir tonterías. Las cabezas se colocaban cuando era enterrado el tercer templario en el lugar en el que ya había dos enterramientos previos.

Me avergoncé de mi tétrica ocurrencia, así que desvié la conversación.

—Y qué pasa con el número tres, ¿es mágico?

—Digamos que simbólico, para nosotros y también para otras religiones.

—¿Para cuáles?

—Ya te hablé de los celtas, por ejemplo.

—Ah sí, y de las tres personas de la Santísima Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

—En la más arcaica tradición celta son muy frecuentes las desinencias, *tri* y *treir*. Tres partes en el mundo, tres principios y tres fines. Los druidas creían en una religión trinitaria.

—¿De dónde viene toda esa historia de los números?

—De la cábala.

—¿Qué es exactamente la cábala?

—Simplificando y para que me entiendas, es la mística de las relaciones numéricas que descubrieron los sabios hebreos. La gematría es un método de la cábala aplicada.

—Explícate.

—A cada letra del alfabeto hebreo le corresponde un valor numérico. Pongamos, por ejemplo, tu nombre: Mila. Vamos a hacer gematría de andar por casa.  $M=13=1+3=4$ ;  $I=9$ ;  $L=12=1+2=3$ ;  $A=1$ ;  $4+9+3+1=8$ . ¿Entiendes? Tú serías un 8.

—Ya.

—A lo largo de la historia se ha utilizado muchas veces ese sistema. A la famosa Beatrice de Dante Alighieri, le corresponde el número 9.

—¿El 9 no era también un número templario?

—Eso aseguran algunos.

—¿Y no es verdad?

—Mira, dicen que fueron 9 caballeros los que fundaron el Temple, que Hugo de Payens, el primer maestre de la Orden, murió 9 años después de fundarla y que los novicios tenían que esperar 9 años antes de ser definitivamente admitidos.

—¿Y?

—Pues que ni siquiera nosotros sabíamos exactamente cuántos caballeros fundaron la Orden, no había documentación. Muchos novicios entraban en la Orden antes de cumplir 9 años de noviciado. Y el que Hugo de Payens muriese 9 años después de fundar la Orden, estarás conmigo, no significa nada.

—Pero el 9, ¿qué significa?

—El 9 es el número de Adán, es decir, el número del Hombre considerado en la perfección primordial del Paraíso, por tanto, es el último escalón de los misterios menores.

—¿Los misterios menores?

—Los misterios menores son una preparación de los misterios mayores, nos conducen a la Liberación final, a la Identidad Suprema.

—Entiendo un poco. «Siempre buscando a Dios entre la niebla», que decía don Antonio Machado.

—Es hermoso eso que has dicho.

—Como ves, yo también puedo enseñarte cosas.

—Tienes razón.

—Pero sigue, todo esto de las letras y los números es muy misterioso.

—Bien, en hebreo, Adam se escribe con estas letras: *mem*, *daleth*, *aleph*. Sus valores numéricos son: aleph=1; daleth=4; mem=4.

—Déjame que haga yo el cálculo:  $1+4+4=9$ .

—Perfecto. Pero ahora vamos a hacer la operación al revés.

—¿Cómo?

—Vamos a buscar qué letra le corresponde en el alfabeto hebreo al número 9.

—¿Y cuál es?

—Tet, o sea la T de nuestro alfabeto. ¿No te dice nada?

—No.

—Es la Tau, el signo revelador del poder de Dios. Para los griegos es el signo de la inmortalidad. Y en el tarot, ese signo le corresponde al Ermitaño, el arcano noveno.

—¡Ay ama!, no me asustes, todo eso del tarot, aunque no me lo creo, me da miedo.

—No seas boba. El tarot es simplemente un sistema de cartas con un gran valor simbólico. Se compone de setenta y ocho láminas. Los arcanos representan el universo o macrocosmos, y la mente humana representa el microcosmos. Después, algunos juegan con ellas y dicen que adivinan el futuro. Nada más.

—Ya, ya, pero me asusta.

—Te voy a contar algo más serio. ¿Has oído hablar del *tetraktys* griego de Pitágoras?

—No.

—Era un juego simbólico. *Τετρακτύς* significa 4. La suma de todos los números que componen el número 4, él mismo incluido, da 10, o sea,  $4+3+2+1=10$ , y  $1+0=1$ . Es decir, desde los cuatro elementos de la creación, tierra, agua, aire y fuego, se llega a la unidad, Dios.

—Ya entiendo.

—Pues menos mal. ¿Conoces el teorema de Pitágoras?

—Te crees que soy tonta.

—Solo a veces.

—Muy gracioso.

—¿Qué dice?

—Que en un triángulo rectángulo, la suma de la longitud de los cuadrados de los catetos es igual al cuadrado de la longitud de la hipotenusa.

—Cuando dices eso, ¿lo entiendes?

—Más o menos.

—Pues es casi magia. Y ahí va otra. ¿Conoces la serie Fibonacci?

—No.

—Escucha.  $1; 1+1=2; 2+1=3; 3+2=5; 5+3=8; 8+5=13; 13+8=21; 21+13=34...$

—Lo que estás haciendo es sumar el número anterior al resultante del número siguiente, quiero decir, que al 1, como no hay nada más, le sumas 1, y da 2; al dos le sumas 1, que es el anterior, y da 3; al tres le sumas 2, y da 5; al cinco le sumas 3, y da 8; y así siempre.

—¿Y?

—Y nada.

—Muy científica tu reflexión. Digamos que todo número obtenido, dividido por el anterior, tiende a acercarse a la proporción áurea: 1,618, el número sagrado, el número Phi.

—Perdona, ¿de qué me estás hablando?

—Mira, existe, no un número, sino una proporción, que se repite de manera inexplicable en ese mundo que habitas. Esa relación proporcional, siempre la misma, es: 1,618. Me refiero, por si no lo has comprendido, al número sagrado, la proporción áurea, el número de oro, o número Phi.

—No tenía ni idea de que pasase eso.

—Siempre se aprende algo.

—A ver, ¿quieres decir que, si existe una proporción que se repite inexplicablemente en el mundo, en todo aquello que existe, esa proporción nos está hablando de Dios?

—Exactamente.

—¿Quién la descubrió?

—La descubrió Pitágoras, el del teorema del triángulo rectángulo. Sitúate, estamos en el siglo VI antes de Cristo. Pitágoras fundó la Hermandad Pitagórica, una especie de secta que trataba de explicar el mundo a través de los números.

—Eran filósofos y matemáticos.

—Eso es. Su lema era: Todo es número.

—¿Por qué dices que era una especie de secta?

—Porque tenían sus símbolos secretos, concretamente se comunicaban a través de la estrella de cinco puntas que se obtiene trazando las diagonales de un pentágono regular. ¿Te aclaras?

—Déjame pensar. Voy a imaginarme un pentágono, que, como su nombre indica, tiene cinco lados.

—Muy bien, como el pentágono de Busch.

—Sigues gracioso.

—Venga, adelante.

—Y dibujó dentro de él una estrella de cinco puntas.

—Vale, no es muy científico pero puede servir.

—¿Y?

—Pues que descubrieron que, si dividimos en cualquier pentágono regular el valor de la diagonal entre el valor del lado, obtenemos siempre la misma proporción, 1,61803.

—Y ese es el número áureo.

—En efecto, y le llamamos Phi en honor a Fidias, el escultor griego, porque él lo utilizó en sus esculturas.

—¿Esa proporción no aparece en las Pirámides?

—En eso hay opiniones contrapuestas, unos dicen que sí y otros que no. Pero dónde sí aparece es en la relación entre las notas musicales, en los pétalos de los girasoles, en nuestro cuerpo, en fin, es un misterio.

—¿Qué hicieron los pitagóricos cuando descubrieron el número Phi?

—Quedarse perplejos, porque también descubrieron que ese número no podía expresarse como un cociente entre dos números naturales, es decir, descubrieron los números irracionales.

—Mira, déjalo, porque yo no estoy dotada para las matemáticas.

—De acuerdo.

—Sin embargo he entendido algo importante, Phi, la proporción áurea, nos remite a la belleza, a la armonía, a la perfección, en una palabra, a Dios.

—Lo has entendido. Pero lo importante es que existe de verdad, que no es una creación, que se puede comprobar científicamente.

—Realmente es extraño.

—Y ahora que eres más sabia te voy a contar una cosa.

—¿Qué?

—Te he dicho que nuestros enterramientos se indicaban con tres cabezas, ¿no?

—Sí.

—Bueno pues, cuando visites el hotel de Arizkun y si no las han destruido, encontrarás tres cabezas, que señalan mi enterramiento y el de dos compañeros.

—¿De verdad tú estás ahí?!

—Pues sí, aunque hecho polvo en sentido literal.

—No seas macabro. Pero ¿dónde?

—Abajo hay una cripta.

—¿Cuántas cosas! Una pregunta, ¿los agotes de Arizkun tenían algo que ver con los cátaros?, ¿no podían ser cátaros huidos de Toulouse cuando se levantó la cruzada contra ellos?

—La mayoría de los agotes eran eslavos, capturados por traficantes de esclavos en la Europa del Este, que habían conseguido escapar al pasar los Pirineos. Su destino era el al-Andalus, donde eran muy apreciados como guerreros. Aunque entre los agotes también había godos arrianos y algunos cátaros, que habían huido de Francia en la época de su persecución.

—Gracias por la información.

—Pero, como te veo con ganas, vamos con los cátaros, que también se dicen muchas tonterías sobre ellos y nosotros. Pregunta.

—Por ejemplo he leído que en ningún momento luchasteis contra los cátaros a pesar de ser herejes. ¿Por qué?

—Porque el conde de Toulouse era de la estirpe de David, descendiente de Magdala y Jesús, y nosotros conocíamos el secreto.

Le miré perpleja.

—¿Ves cómo es verdad lo que dicen ahora!

—Ves cómo te gustaría que todas esas sandeces fueran verdad. Querida, te estaba tomando el pelo, hasta una hormiga se hubiera dado cuenta.

Y se rio de mí con la risa de fantasma.

—Muy bien, admito que me encantan esas historias extravagantes, pero es verdad que nunca luchasteis contra los cátaros.

Todavía se rio un poco más y, por fin, me contestó.

—Es verdad. Y la razón está en que políticamente defendíamos los mismos principios. No solo no combatimos contra ellos, sino que les ayudamos a huir desde que en 1209 empezó, como dices, la llamada cruzada albigense y, aún les ayudamos más, después de la caída de Montségur en 1244.

—¿Cómo les ayudasteis?

—A través de un camino natural que les permitía pasar a Cataluña, el llamado Camí dels Bons Homes, el Camino de Los Hombres Buenos.

—¿Cuál era exactamente esa ruta?

—Partía del castillo de Montségur y se dirigía al santuario de Queralt en Berga, en Barcelona. Nosotros protegimos el camino para que los cátaros pudiesen pasar al otro lado y pudieran escapar así de la inquisición francesa.

—Y hay más. Yo he visto en el cementerio de un pueblo de Teruel, Fuentespalda, enterramientos con estelas discoidales de cátaros y de templarios.

—Y en La Couvertoirade, al sur de Millau, y en Domme, en el Perigord.

—Me das la razón, eso quiere decir que ni ellos ni vosotros os considerabais enemigos.

—Es verdad, defendíamos un mundo que se acababa. La ciudad, el rey y la burguesía terminarían exterminándonos a todos.

—¿Cómo llegó el catarismo a occidente?

—¿Un poco de historia?

—Vale.

—El catarismo nace en Oriente. Primero fue Zoroastro, o Zaratustra, como prefieras, y su religión fue el mazdeísmo. Luego vino otro persa, Mani o Manes, con otra versión del mazdeísmo, el maniqueísmo.

—Eso del maniqueísmo es conocido, pero ¿de qué año estamos hablando?

—Mani vivió del 216 al 276 después de Cristo.

—O sea que convivió con el cristianismo.

—No solo convivió, sino que influyó en él. San Agustín al principio fue maniqueo.

—¿Cuáles eran sus creencias?

—Decían que en el Universo había dos fuerzas en lucha, el dios del Bien, Señor de la Luz, y el dios del Mal, el Diablo, Señor de las Tinieblas. El maniqueísmo pretendía liberar al hombre del mundo material, que era el reino del Diablo, porque para Mani todos los seres vivos eran hijos de la luz prisioneros de las tinieblas.

—Es curioso que todavía digamos de alguien que es maniqueo.

—Los maniqueos, además, creían en la reencarnación, supongo que por influjo de los budistas, y en el respeto a la vida de los animales, por eso aconsejaban comer verduras.

—Hoy hay mucha gente que opina lo mismo.

—Bien, no me interrumpas.

—Perdone usted.

—El maniqueísmo casi desapareció en los siglos que siguieron, pero, hacia el siglo XI, resurgió con los bogomilos.

—¿Los bogo... qué?

—Los bogomilos, has oído bien. Los monjes bogomilos iban vestidos con túnicas de color azul celeste. A sí mismos se llamaban simplemente cristianos y predicaban el Nuevo Testamento, armados de la Apocalipsis de San Juan. Vagaron por los pueblecitos de los países balcánicos y del Imperio Bizantino atrayéndose a los campesinos. Algunos les llamaban fundaguiaguistas, o sea, monjes con alforjas.

—Cuánto nombre raro, pero me encanta eso de bogomilos.

—No seas frívola. El nombre viene de Bogomil, un patriarca heresiarca de la iglesia eslava. Los bogomilos defendían también un dualismo radical entre el bien y

el mal. Decían que Cristo era un enviado de Dios, que murió en la cruz por culpa del diablo, por eso para ellos la cruz era un símbolo del diablo.

—¡Ahora entiendo! Cuando en vuestro proceso os acusaban de profanar la cruz, os estaban acusando de bogolismo.

—O de catarismo, porque los cátaros eran descendientes de los bogomilos, de ellos heredaron el gusto por las actividades manuales, concretamente eran unos artistas de los telares. Además los cátaros, como los bogomilos, aunque es verdad que la mayor parte de la población se casaba, consideraban que tener hijos era ayudar a perpetuar este mundo, a perpetuar el reino del Diablo. Por eso los Perfectos, sus sacerdotes, eran célibes.

—Pero entonces, la mayoría eran unos malos creyentes.

—De algún modo sí, sin embargo, en el momento de morir se les administraba el *consolamentum*, una especie de bendición, y alcanzaban la perfección antes de entregar su alma.

—Sigo sin entender por qué la iglesia les tenía tanto odio.

—Pues porque, para los cátaros, los verdaderos servidores de Satán eran los clérigos y el rey, que vivían rodeados de riquezas.

—¡Ah!

—Los cátaros eran gentes sencillas que practicaban una religión también sencilla, estaban muy apegados a sus tierras y a sus tradiciones, y se resistían a los cambios que se estaban produciendo y que daban el poder al rey, a la iglesia y a la burguesía.

—O sea, como vosotros.

—Más o menos.

—¿Cómo fue el final de los cátaros?

—Bueno, el catarismo se había hecho fuerte en Languedoc, o sea en Toulouse y sus alrededores. Los campesinos eran cátaros en su mayoría y los señores feudales de la zona consentían sus creencias, los siervos cátaros eran trabajadores, honrados y pacíficos. Al principio, los intentos de la iglesia por acabar con ellos fracasaron...

—¿No llegó a ir vuestro Bernardo de Claraval para convencerles de que abandonaran sus creencias?

—Efectivamente, pero no lo consiguió.

—Y entonces empezaron a funcionar las hogueras.

—Sí. El catarismo se extendía como la espuma y los cátaros se convirtieron en herejes peligrosos, así que se hizo saber a los nobles que, si ayudaban a los cátaros, ellos también perderían sus tierras.

—Supongo que los señores feudales dejaron de apoyarles.

—La mayoría sí, pero no todos, a esos se les empezó a llamar despectivamente *faidits*.

—Quieres decir que el catarismo siguió fuerte a pesar de todas esas medidas.

—Sí. Pero ocurrió un hecho que fue el detonante de la guerra total.

—¿Cuál?

—El papa Inocencio III mandó al Languedoc en 1208 a Pierre de Castellnau para que acabase con los herejes, y Castellnau fue asesinado en circunstancias extrañas.

—Entonces el Papa acusó a los cátaros del asesinato, supongo.

—Más exactamente acusó de la muerte de Castellnau a Raimundo VI, conde de Toulouse. Luego convocó una cruzada, que el rey apoyó corriendo, era una oportunidad única para que la corona se quedase con todo el territorio del Languedoc. Al frente de las tropas reales fue Simón de Montfort y el representante del Papa fue el abad de Fontfroide, Arnaud Amaury, un hombre cruel.

—Y ganaron.

—Ganaron. La matanza fue terrible. Amaury fue el que dijo, «Matadles a todos que Dios ya sabrá reconocer a los suyos», y asesinaron a cátaros y a gentes que no lo eran.

—¿Cuándo terminó el exterminio de los cátaros?

—Los últimos cátaros fueron encerrados en las grutas de Sabarthés en 1328, donde murieron.

—¿Entonces qué es lo de Montségur?

—Lo de Montségur fue anterior, en 1244. Era una fortaleza pentagonal y elevada sobre las tierras del Languedoc, pertenecía a los señores de Péreille, y allí se refugiaron los cátaros huyendo de la inquisición. Enseguida empezaron los ataques de los cruzados y la fortaleza fue sitiada. El 1 de marzo de 1244, Pierre Roger, yerno de Raimond de Péreille, negoció una tregua de quince días con los sitiadores. Las reglas eran claras, terminada la tregua, los cruzados entrarían en la fortaleza, todos los que renegaran de la herejía se salvarían, los demás morirían en la hoguera. Sin embargo muy pocos renegaron.

—No me digas más, les hicieron picadillo.

—Más o menos, tres días antes de la expiración del plazo de la tregua, doscientos veinticinco hombres y mujeres recibieron el *consolamentum* y se prepararon para morir. Todos fueron quemados en la hoguera que levantó la Inquisición en lo que hoy llamáis el «Campo de los Quemados», entre ellos, la esposa de Raimond de Péreille, Corba, y su hija Esclarmonde.

—Conozco el Campo de los Quemados, hay una estela que recuerda la masacre.

—Diez años después, las tropas reales dominaban todo el territorio. La Inquisición se instaló en Carcassone, y sus terribles mazmorras de «el Muro» se hicieron siniestramente famosas.

—Y se acabó.

—Eso es.

—¿Podrías hacerme un resumen de la doctrina cátara?

—No me suelen gustar esas simplificaciones, pero lo voy a intentar.

—Gracias.

—Jesús no era el Hijo de Dios, sino un ángel enviado por Dios para salvar a los hombres de la materia, del mundo, que pertenecía al diablo. Jesús por tanto no murió

en la cruz, ni resucitó. La iglesia oficial es un instrumento del demonio, busca las riquezas y los placeres de este mundo, y ha traicionado al Nuevo Testamento y a la Iglesia primitiva.

—La cruz, entonces, no significaba nada para ellos.

—Ni la cruz, ni los templos, decían que Dios solo mora en el corazón de los hombres buenos.

—Según todo eso me imagino que no creían en la eucaristía.

—Efectivamente, bendecían el pan, pero no creían en la comunión.

—¿Cómo eran sus sacerdotes?

—Se llamaban Perfectos. Cumplían rigurosamente las normas cátaras. No se casaban, el Paraíso volvería a la tierra cuando el último hombre muriese, entonces los hombres habrían vencido al diablo, por eso tener hijos retrasaba la salvación final.

—Qué curioso.

—Por tanto la muerte era un bien para ellos y permitían el suicidio, «endura».

—¿Y qué pasaba con la mujer?, tengo entendido que podían ser Perfectos, o si quieres, Perfectas.

—Es verdad que había muchas mujeres sacerdotes, pero sobre este tema se ha exagerado mucho.

—¿En qué sentido?

—Les Bonnes Femmes, como se les llamaba, siempre pertenecían a la base de la iglesia cátara, no podían formar parte de la jerarquía.

—Sin embargo podían administrar el *consolamentum*.

—Sí, pero solamente en el caso de que no estuviera presente ningún varón.

—Ya me parecía a mí demasiado bonito.

—Y absurdo decir lo contrario, los cátaros eran hijos de su tiempo y, aunque en el siglo catorce la mujer empezaba a salir del anonimato, todavía vivíais sometidas al hombre.

—Sin embargo en aquella época hubo mujeres famosas por su cultura, y su nombre aún se recuerda.

—Claro que sí.

—Boccaccio escribió, *De claris mulieribus*, y ahí escribe la biografía de 104 mujeres cultas y famosas.

—Y te diré más, se habla siempre del trabajo de los monjes, pero en conventos y abadías hubo generaciones y generaciones de monjas que se dedicaron a copiar y realizar miniaturas en códices, biblias, libros de horas, evangeliarios, menologios...

—No sigas con esos nombres raros, por favor.

—Ahora, si te digo la verdad, la mayoría de ellas no sabía leer y no entendía nada de lo que estaba haciendo, solo dibujaban las letras, ¿comprendes?

Me quedé pensativa.

—¿Decepcionada?

—Un poco, era bonito pensar que ya entonces había pequeños paraísos en que

hombres y mujeres vivían en paz e igualdad.

—Para que no estés tristes y veas que, a pesar de todo, también había mujeres importantes, te voy a hablar de nuestras santas.

—¿Te refieres a santas templarias?

—Pues sí señora.

—No sabía que teníais santas.

—Y más de una, por ejemplo, Santa Catalina.

—La verdad es que no sé nada de ella.

—Santa Catalina nació en Alejandría y fue una mujer muy sabia, tanto que los filósofos de la escuela de la biblioteca de Alejandría le nombraron su portavoz. El emperador Maximino II, enterado de su prestigio, quiso acabar con aquella cristiana y la martirizó cruelmente hasta que murió.

—Muy bien, pero ¿por qué es una santa templaria?

Me miró y sonrió, tenía la sonrisa más bonita del mundo.

—¿Puedes seguir de una vez?

La orden me salió excesivamente mandona, era la manera de una tímida de esconder su turbación, su sonrisa me había enamorado, más aún de lo que me temía.

—Cuando Santa Catalina murió, unos ángeles llevaron su cuerpo al monte Sinaí, la montaña sagrada, donde Yahvé entregó la Ley a Moisés, es decir, el centro de la *shekhina*, de la sabiduría cabalística. Los templarios fuimos precisamente los guardianes del templo y de la tumba de Santa Catalina.

—No está mal.

—Y esto te va a gustar. Santa Catalina fue adoptada muy pronto por los alquimistas. Las coronas blancas, rojas y verdes, que simbolizan su condición de virgen, mártir y sabia, reproducen los colores de los tres cromatismos de las operaciones alquímicas.

—¿Tú no te creerías esas cosas?

—Entonces digamos que un poco, pero ya llegaremos a la alquimia. ¡Ah!, se me olvidaba, los santuarios de Santa Catalina suelen coincidir con antiguos templos paganos relacionados con el culto al Sol, ella está emparentada con la arcaica Lusina, la Cibele frigia o la Isis egipcia.

—¡Qué bonito!, esas cosas hacen soñar.

—Ya veo que estás más contenta.

—Pero dices que hay más santas.

—Sí, Santa Lucía, el 13 de diciembre.

—Que acorta la noche y alarga el día.

—Efectivamente, Santa Lucía es «la que irradia luz» y sus templos están también en antiguos santuarios paganos y en antiguas encomiendas templarias. Es la santa de la luz, la vista, el conocimiento y la salud a través del agua oculta.

—Siempre llegamos al toquecillo esotérico.

Se rio.

—Bueno, y la última de nuestras santas es Santa Águeda.

—Le cortaron los pechos por no querer renegar de su fe. Como ves, no soy tan ignorante.

—Muy bien, aunque solo sabes lo más morboso.

Y otra vez sus carcajadas retumbaron por el camarín.

—No te enfades, era una broma. Águeda significa, «la virtuosa» y su fiesta coincide con la de la Candelaria.

—¿Por qué?

—La fiesta de la Candelaria, desde épocas precristianas, celebraba la luz y la feminidad, quizás de ahí venga el simbolismo de los pechos cortados.

—¿Águeda tiene algo que ver con la piedra ágata?

—Perfecto, el origen es el mismo. Ágata es la octava piedra del pectoral hebreo, es una piedra mágica, es la piedra de la ciencia.

—Me acordaba de lo de los pechos, porque de niña vi una imagen de santa Águeda con los pechos cortados sobre una bandeja y, como es normal, me impresionó mucho. Yo no soy morbosa, morbosa es su representación.

—Pues esa imagen de la santa indica conocimientos herméticos, fuerza e inmortalidad.

—Y me imagino que muchas de sus ermitas están en antiguas encomiendas templarias.

—Has acertado.

—Una gran contribución la vuestra a la emancipación de la mujer.

—No seas irónica, aquellos eran otros tiempos, sin embargo Bernardo de Claraval elevó el papel de la mujer en la sociedad.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Proclamando a la Virgen su Dama, Notre Dame, como le llamábamos nosotros.

—Estarás conmigo en que es difícil de creer.

—Lo admito, pero piensa que, cuando el cristianismo se extendió, acabó con todas las diosas de las religiones anteriores y Bernardo fue el primero en llenar aquel vacío con el culto a la Virgen.

—Y vosotros con el culto a las vírgenes negras.

—Que manía le ha dado a la gente con ver cosas raras en las vírgenes negras.

—Pero ¿por qué vuestras vírgenes eran negras?

—A ver qué te dicen estos versos:

*Negra soy, pero hermosa,  
como los pabellones de Salomón...*

—Pues como tú comprenderás no me dicen nada.

—Se me olvida siempre lo ignorante que eres.

—Muchas gracias.

—Mira, esos versos son del Cantar de los Cantares.

—Ya, la Biblia, Salomón.

—Eso es, por eso en las peanas de muchas vírgenes negras aparece escrito, «Nigra sum sed formosa».

—Muy interesante, pero no has contestado a mi pregunta.

—Bien, el cristianismo, desde sus inicios, se encontró con un problema, y era el tratamiento que le daba a la mujer. Por fin en el Concilio de Éfeso, te estoy hablando del siglo V, se discutió si María era Theotokus (Θεοτόκος), Madre de Dios, o Christotokos (χριστοτόκος), Madre de la naturaleza humana de Jesús el Cristo.

—¡Qué barbaridad!

—Y el Papa, San Celestino I, dijo que María era Madre de Dios.

—Theotokus.

—Ya veo que te ha hecho gracia la palabra.

Ahora me reí yo.

—El culto a María se extendió muy pronto, porque de alguna manera recogió cultos ya existentes a la Diosa Madre, me refiero a Isis, a Artemisa, Kali, Cibele. Y las representaciones de esas diosas muchas veces eran negras, como el útero materno, donde comienza el viaje iniciático.

—Me estás tomando el pelo.

—Un poco sí, pero lo que acabo de decir lo verás escrito en muchas partes.

—¿Otras interpretaciones más comedidas?

—Las vírgenes negras están talladas con madera de árboles quemados por un rayo, y estarían cargadas de energía procedente de una fuerza natural.

—Pues no has mejorado mucho la explicación.

—Ahí va otra, las vírgenes templarias son negras porque San Bernardo recibió tres gotas de leche de la Virgen negra de Châtillon-sur-Seine.

—¿Podemos hablar en serio?

—De acuerdo.

—¿No será que las vírgenes negras aparecen en lugares donde abunda la madera negra?

—Te resultará raro, pero la mayoría de esas vírgenes están esculpidas en maderas no autóctonas.

—¿Entonces?

—Lo más probable es que se esculpieran vírgenes negras desde los primeros siglos, recogiendo una tradición pagana que hacía referencia a la tierra fértil, a la fecundación y a la vida.

—¿Y por qué en la mayoría de los lugares en donde hay vírgenes negras hubo también una encomienda templaria?

—Esa respuesta es sencilla. Los papas Celestino II y Alejandro III concedieron al Temple el derecho a levantar iglesias, pero esas iglesias debían estar edificadas en lugares que no hubieran pertenecido a ninguna diócesis cristiana, para que no hubiese enfrentamientos entre las diócesis y la Orden.

—Te refieres a la hora de cobrar limosnas, por ejemplo.

—Más o menos. Así que muchas de nuestras construcciones se levantaron en tierras que antes habían sido de infieles o en lugares en que tradicionalmente se habían hecho romerías, peregrinaciones, en fin, lugares considerados especiales ya desde el paganismo.

—Entiendo. La Virgen recoge antiguas creencias de diosas que hablan de la Tierra Madre, de fertilidad, y por eso sus imágenes son negras como la tierra rica. Las encomiendas, como no pueden estar en terrenos de las diócesis, se sitúan en puntos unidos a tradiciones ancestrales.

—Muy bien.

—La verdad es que hay un montón de vírgenes negras.

—La de Guadalupe, Monserrat (La Moreneta), el Pilar, Covadonga..., y mira hacia arriba.

—¿Qué?

—La del Coro.

Miré a la Virgen y puedo asegurar que me miraba, contenta de que le mirásemos. De pronto empezaron a sonar las campanas de la despedida.

—Escúchame, tienes que traer a Kuikui.

Empecé a reírme a carcajadas.

—A Kiwi, por favor, no a esa cosa que has dicho.

—Bien a Kiwi. Tengo que daros algo que os protegerá.

—Y ¿por qué tiene que venir Kiwi? Dámelo a mí.

—Tú no eres médium.

Me di cuenta de que sentía muchos celos, Hugo iba a conocer a una médium guapa y morena, como las vírgenes templarias.

—Ya me has oído, mañana venid las dos.

Y no me dio tiempo a decir nada porque ya se estaba evaporando.

Kiwi se echó un baile por el salón cuando supo que al día siguiente conocería a Hugo. Yo le miraba rencorosa y maligna. Después le dije que aquello era una danza tribal muy mal vista en el primer mundo.

Pero ella se echó a reír y después canturreó:

—Estás celosa, estás celosa.

Como tenía razón, me puse histérica y le llamé las cosas más ordinarias que se me ocurrieron.

## CAPÍTULO VI

Por la mañana me despertó el jaleo tremendo que estaba preparando Kiwi en la cocina. Miré el despertador. No lo podía creer, eran solo las siete y se suponía que nada me obligaba a despertarme temprano. Me levanté echa una furia. Y allí estaba Kiwi, delantal, pucheros, sartenes, preparando algo que, más que un desayuno, era el banquete de las bodas de Canaán.

Grité, despotriqué, le puse de vuelta y media y desayuné como no había desayunado nunca. Luego me encerré todo el día en mi cuarto, no salí ni para comer. Estuve transcribiendo las grabaciones de Hugo, hasta que Kiwi me avisó de que se hacía tarde. Hugo nos esperaba.

Llegamos puntuales a Santa María. Kiwi era un manojo de nervios y no paraba de hablar.

La iglesia, como siempre, estaba sola y oscura. El sacristán no se sorprendió al verme acompañada, nos saludó y me dio las llaves del camarín.

Entonces la voz de Kiwi, misteriosa y de sibila, me comunicó:

—Acabamos de entrar en otra esfera.

—No te entiendo.

—Cuando el sacristán te ha saludado, hemos pasado al otro lado, ¿no te has dado cuenta?

—No.

—¡Qué poca sensibilidad! ¿De verdad no te has dado cuenta de que ha cambiado el aire, la luz, de que ahora estamos como flotando?

—No sé qué me dices y me da igual.

Y corté por lo sano aquel discurso esotérico, que en semejante ambiente, me ponía bastante nerviosa, era lo que me faltaba.

Entramos en el camarín.

Kiwi se quedó fascinada mirando a la Virgen del Coro.

—¡Es preciosa!

—Ven aquí, siéntate y, por lo que más quieras, cállate de una vez.

Me daba cuenta de que estaba siendo insoportable, pero no lo podía evitar. Kiwi era guapa y morena, como la Virgen. Estaba segura de que me iba a eclipsar delante de Hugo.

Por fin, Hugo se materializó y vi que había acertado. Todas las palabras del templario fueron para Kiwi. Delante de mis narices se puso a coquetear con ella y ella se dejaba querer encantada.

Mi paciencia se acabó y tuve que intervenir.

—Estoy aquí, no tenemos mucho tiempo para perderlo diciendo bobadas, así que, si hoy no vamos a trabajar, me voy.

El discurso fue efectivo y Hugo entró en materia.

—Bien, supongo que Kuikui está al tanto de todo.

—Kiwi, a ver si te lo aprendes.

Esa era yo cortante e irritada, viendo la sonrisa tierna que Kiwi le dedicaba después de que él pronunciara su nombre rematadamente mal.

—A mí no me importa que me llames Kuikui.

Ella, melosa e inocente.

—Pero a mí sí.

Yo, francamente desagradable.

—Kiwi.

—Eso es.

—Vale. Voy a daros algo que os va a proteger.

Le miramos las dos con curiosidad.

—Es un anillo con el sello de la Orden. Si en algún momento os encontráis cerca del Lignum Crucis, el sello se volverá verde y así podréis encontrar la reliquia.

—¡Verde!

Esas éramos las dos.

—¿Qué pasa con el verde?

—Que es muy raro que se ponga de ese color.

Kiwi asintió.

—No, no es tan raro. El elemento vitriol, tan querido por los alquimistas, era la esmeralda filosofal, por tanto verde. La Tabla Esmeraldina de Hermes Trismegisto, donde se encuentran los principios de la alquimia, estaba tallada en una piedra verde. Y los ojos de Kiwi son verdes.

Sonrisa encantadoramente gilipollas de la susodicha y rictus de asco adornando mis labios.

—Bueno, fuera bromas, ¿habéis comprendido?

—Sí, de acuerdo, nos dirá dónde está la reliquia, pero no veo cómo nos va a proteger.

—A eso voy. Si estáis en peligro, el sello se pondrá rojo, entonces Kiwi frotará tres veces el sello y yo me materializaré en el suelo como si fuera vuestra sombra, no estaréis solas.

—¿Y por qué Kiwi?

—Porque es la medium y tú no.

Kiwi me miraba poniendo una cara de buena que daba asco.

—¿Cómo es el sello?

—La Orden tenía varios sellos, pero el que más se utilizaba era el que representa a dos caballeros montados sobre un único caballo.

—¿Qué significa?

Kiwi parecía muy interesada.

—Representa camaradería y pobreza.

Esa era yo haciéndome la sabia.

—Tienes razón en parte, sin embargo por encima de otras cosas ese sello hablaba

de la dualidad siempre presente en la Orden.

—¿Qué dualidad?

—La cruz y la espada. Oración y combate. Oradores y bellatores.

—¿Como el blanco y el negro de vuestro estandarte?

—De nuestro beaucéant o baussant.

—Pues como se llame.

Kiwi escuchaba todo muy atenta.

—El blanco y el negro de nuestro beaucéant representa el día y la noche, la luz y la sombra, la unión de Oriente y Occidente. Los dos caballeros sobre un caballo indican que los dos poderes, el poder espiritual y temporal, residen en Cristo, representado por el caballo, portador del Verbo Divino.

—Ya. Lo que no sé es cómo me vas a dar el sello.

—Cómo me lo va a dar a mí, si no te importa.

Kiwi estaba crecida en su nuevo papel de elegida.

—Kiwi me va a chupar, a tragar, a exhalar, como le queráis llamar.

—¿Es una broma?

Esa era yo.

—No, no va a ser fácil, pero no hay otra manera. Lo he pensado muy bien. Veréis, en cuanto suenan las campanas de la despedida, yo me suelo volatilizar, en una palabra me convierto en humo antes de desaparecer...

—Entonces es cuando Kiwi te tiene que tragar, ¿no?

—Exacto, solo tenemos unos pocos segundos.

—¿Y después?

Esa era Kiwi con un hilo de voz, porque aquello de zamparse a un templario de cuerpo entero le agobiaba bastante.

—Tú me tragarás con anillo y todo. Yo tomaré posesión de tu cuerpo, te colocaré el anillo en el dedo y me iré.

—¿Cómo te irás?

La voz de Kiwi apenas era audible, sospechando que tenía que regurgitar una cosa tan grande, y la verdad es que a mí la pobre también me daba pena.

—No te preocupes, saldré en un segundo.

—Bueno.

La conformidad de nuestra medium era la de una mártir cristiana ante una tropa de leones.

—Ahora, mientras nosotros hablamos, vete allí al fondo y relájate para cuando llegue el momento.

Kiwi se fue muy obediente, pero antes echó una mirada a la Virgen pidiendo ayuda, y la iba a necesitar.

Hugo y yo nos sentamos en el banco.

—Venga, pregunta.

—Tú también estás acelerado.

—La verdad es que sí.

—Mira que si luego no puedes salir.

—Calladita estás mucho más guapa.

—Vale, vale, si quieres, por hoy lo dejamos.

—Un trato es un trato, además me va a servir para relajarme yo también.

—Bueno. Has dicho no sé qué del vitriol, de la esmeralda filosofal... Dime la verdad de vuestra relación con la alquimia.

—¿Un poco de historia?

—Muy bien.

—A la alquimia se le ha llamado de muchas maneras, Ars Regia o Arte Real, arte sacerdotal, filosofía hermética, agricultura celeste o filosofía química.

—Me gusta.

—Por favor, no te quedes con lo superficial.

—Vale, vale.

—La química actual es hermana de la alquimia, y los orígenes de la alquimia se pierden en la noche de los tiempos, por tanto se desconocen. Los griegos, los árabes, los hindúes y los chinos estuvieron cada uno por su lado muy interesados en el tema.

—Dame una definición.

—Bueno, intenta eliminar las impurezas de la sustancia pura.

—Me he quedado un poco igual.

—Trata de lograr la piedra filosofal y su máxima operación es «solve et coagula», disuelve y coagula.

—Pero ¿qué es la piedra filosofal?

—A ver, durante mucho tiempo se creyó que se podía transformar un metal de poco valor, por ejemplo, el plomo, en oro y plata.

—¿Cómo?

—Añadiendo a ese metal la cantidad justa de mercurio, y siempre con ayuda de un catalizador.

—¿Un catalizador?

—Sí, algo que permitiese la transmutación, y a ese catalizador se le llamó, piedra filosofal.

—¡Pero qué tontería!

—No seas burra. Los griegos ya se plantearon si la materia era continua o discontinua, es decir, un único bloque o formada por la unión de pequeños elementos. Si era discontinua, la materia se podría dividir y subdividir en elementos cada vez más pequeños, hasta llegar a la última partícula que sería indivisible.

—Pongamos que el átomo.

—Digamos que sí por simplificar.

—Y claro, si la materia se puede dividir y subdividir, los trocitos que resultan de las divisiones podrían combinarse de formas diferentes y organizar cosas también diferentes.

—Voilà, madame.

—*Merci*.

—Bueno, pues gracias a la alquimia, en mi época, se produjeron grandes progresos, aparecieron nuevas sustancias, se desarrollaron técnicas nuevas y se inventaron nuevos aparatos de laboratorio.

—O sea que podríamos decir que Madame Curie era una alquimista.

—En cierto sentido sí. Como pasa siempre, entre los alquimistas, algunos estábamos fascinados por el estudio de la naturaleza y otros se dedicaron a la superchería.

—Entonces, tú fuiste alquimista.

—Yo, el árabe Rhazés, el chino Chan Tao Ling, el griego Zósimo, los cristianos Roger Bacon, San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, el beato franciscano Raimundo Lulio, muchos templarios, muchos papas y otros muchos.

—Entendido.

—La alquimia constituyó el nacimiento de la química, y hoy a nadie se le ocurre decir que un químico es un brujo, ¿no?

—No.

—La mayoría de los templarios fuimos químicos, aunque hubo también unos pocos alquimistas que se dejaron atrapar por el atractivo de lo mágico y se quedaron en el camino. Nada más.

—Bueno, pues un tal Jung, un hombre muy serio que trabajó con Sigmund Freud, el creador del psicoanálisis, creyó que esos brujos o alquimistas de segunda fila estaban en posesión de la verdad.

El discurso me salió ampuloso y satisfecho, quería vengarme de aquel «burra» que me había soltado.

—Carl Gustav Jung, seamos precisos, padre de la psicología transpersonal, nació en 1875 y murió en 1961.

Me quedé cortada y humillada.

—Ya ves, un fantasma juega con ventaja y sabe de casi todo.

—Pues no conocías a Antonio Machado.

—No seas tan picajosa. Jung, después de una crisis personal en la que sufrió una oleada incontrolable de imágenes, buceó en el mundo simbólico del Gnosticismo cristiano y elaboró una psicología analítica que enlazaba directamente con la alquimia. Su método sicoterapéutico y revitalizador de símbolos, «Imaginación Activa», decía que era el método mejorado de la «Imaginatio vera et no phantastica» del Opus alquimista.

Me quedé muda, apabullada, y además no entendí nada de lo que decía.

—¿Qué? ¿No dices nada?

—Sigue, sigue, te estaba escuchando (disimulé).

—Está bien, te explicaré. Para Jung nuestra psique está formada: primero por la conciencia (el ser consciente, cuyo elemento rector es el Yo); segundo por el

inconsciente personal (lo vivido por cada uno y sumergido en el fondo oculto de nuestra psique); y tercero por el inconsciente colectivo que nos envuelve a todos y que está formado por una especie de nódulos a los que llamó arquetipos. ¿Entiendes un poco?

—Me volví humilde.

—O sea que mi yo está conformado por mis experiencias personales, tanto las que recuerdo, como las que por alguna razón he olvidado, y también por las experiencias psíquicas vividas por toda la humanidad.

—Más o menos.

—Es muy interesante.

—Bien, vamos a enlazar con la alquimia, y con la ciencia.

—Te escucho.

—El alquimista Gerardus Dorneus hablaba de un «Unus Mundus». Para que me entiendas, decía que el conocimiento de uno mismo es al mismo tiempo el conocimiento de Dios.

—Quieres decir que al final del camino de todo conocimiento, sea personal, alquímico o científico, está Dios.

—Eso es, o por lo menos, nos sobrevuela su sombra.

—Por eso los últimos descubrimientos sobre las células madre provocan conflictos filosóficos.

—Esos y cualquier descubrimiento científico, porque nos acercan a la creación del mundo y, por tanto, a la existencia o a la no existencia de Dios, que es lo que acaba estando en el tapete.

—Y cada uno resuelve el asunto a su manera, negando o afirmando la existencia de Dios.

—Efectivamente. Para Jung, la alquimia era una búsqueda espiritual. El alquimista, tratando de encontrar la llave de la piedra filosofal, acababa por encontrar la verdad dentro de sí mismo. Lo que ocurría es que algunos se quedaban a mitad de camino, atrapados en la gran «red de la diosa Maya».

—Ya.

—No sé si me has entendido bien. Los hombres hemos viajado, y estáis viajando, en una nave, que es el mundo, de la que al principio desconocíamos todo.

—Y ahora también.

—De acuerdo, pero algo se avanza. Vosotros no sabéis por qué estáis ahí, ni a dónde vais. Por tanto cualquier búsqueda, sea científica o personal, buceemos en el arte o en las matemáticas, surge de la necesidad de conocimiento, de saber por qué y para qué estamos en el mundo. Así que, como dice tu don Antonio Machado, todos andamos «siempre buscando a Dios entre la niebla», bien para negarlo o para confirmar su existencia ¿De acuerdo?

—Sí. ¿Y qué es eso de los colores alquímicos?

—La labor del alquimista se componía de tres etapas: La Nigredo (negro), la

Albedo (blanco), la Rubedo (rojo).

—¡Qué bonito!

—Por favor, si te metes en estos jardines, no seas superficial.

Le miré rencorosa, pero le importó un pimiento.

—La Nigredo o putrefacción consiste en la primera manipulación de la materia prima, para que al final se transforme en el «Oro filosofal, la Piedra filosofal», o como le quieras llamar.

—Y si hacemos una extrapolación a nuestro yo, se correspondería con la búsqueda dentro de nuestro inconsciente personal para encontrar todas las imágenes, las cosas, las personas, que por alguna razón desconocida hemos rechazado.

—Menos mal, no eres tan tonta.

—Ja, ja y ja.

—La segunda etapa es la Albedo. Es la fase de separación de los elementos encontrados en la Nigredo, es depuración, lavado, calcinación, purificación.

—Pues la verdad es que no sé cómo se puede extrapolar la Albedo en nuestra psique.

—Admito que es complicado. Consiste en la aceptación de «lo opuesto», es decir del «Eterno Femenino» en el caso del hombre (el arquetipo *Ánima*) y del «Eterno Masculino» en el caso de la mujer (el arquetipo *Ánimus*). Sería la integración de los opuestos que está presente también en el tantrismo.

—Déjalo, no me lo compliques más. ¿Y la Rubedo?

—Es la última etapa. La *Obra en Rojo* o *Dorado*. El cuerpo de diamante. Para Jung era el logro de la Totalidad. Es el «*Unus Mundus*», donde por fin todos los opuestos se juntan. Es la puerta para entender el misterio, para llegar a Dios. Es la *Piedra Filosofal*, el *Mercurio Filosofal*, tanto de la materia, como de nosotros mismos.

—Casi parece que estamos hablando de mística.

—Eso es. Hasta las cosas aparentemente más opuestas tienen algo en común. El peligro está en quedarse en el camino.

—¿Cómo?

—Piensa en la palabra amor, o si quieres pasión.

—Sí.

—Amamos a nuestros hijos, a nuestros padres, a nuestros amigos, a nuestras parejas, pero también amamos el dinero, el éxito, la posesión...

—Quieres decir que todo es amor, pero hay que saber distinguir el bueno del malo para no quedarnos atrapados en las redes del mal.

—Efectivamente, es necesario trabajar la Albedo para depurar, distinguir, ser sabios.

—¡Cuántas cosas he aprendido! (tuve que reconocer).

De pronto del fondo del camarín llegaron unos ruidos extraño.

Miramos los dos sorprendidos.

Era Kiwi, tenía la cabeza echada para atrás, los ojos en blanco, la boca abierta, y de su garganta salía un ruido gutural que daba miedo.

Corrí hacia ella, pero la voz de Hugo me detuvo.

—Kiwi, deja de hacer majaderías, no te he dicho que representes un trance como en las malas películas, te he dicho que te relajes.

De golpe, Kiwi recuperó su aspecto habitual.

—¿Por qué hacías esas cosas tan horribles?

—Por hacer algo, me tengo que tragar a un fantasma y no tengo ni idea de cómo se hace eso.

Y se puso a lloriquear.

Hugo se acercó compasivo y le empezó a susurrar cositas al oído, y a echarle su aliento, y a acariciarle como acarician los fantasmas. Y Kiwi empezó a sonreír y a hacer pucheritos de niña pequeña.

Entonces sentí que mi corazón se llenaba de ira, la muy zorra, traidora, hija puta.

Y grité:

—¡¡Hasta cuando tanto teatro!!

Los dos pegaron un respingo, Hugo también se lo estaba pasando muy bien. Y sin decir nada, con aspecto avergonzado, vino otra vez al banco.

—¿Podemos seguir hablando de alquimia?

—Claro que sí, es que Kiwi...

—Anda, déjalo.

—De acuerdo, no tenemos mucho tiempo.

—Entonces todas esas cosas que se dicen de la alquimia y de vosotros no son verdad.

—Mira, por ejemplo, se ha llegado a decir que Hugo de Payens, uno de los fundadores de la Orden, había poseído el «polvo de proyección».

—¿Qué es eso?

—El catalizador que permitiría transmutar cualquier metal en oro. ¿Qué te parece?

—Pues que no existe.

—Ya, pero que le vamos a hacer si a la gente le gusta creer esas cosas.

—También hablaron de vuestra cruz paté.

—Efectivamente, dijeron que nuestra cruz paté, roja y de anchos brazos, era el jeroglífico alquímico del crisol, en francés, creuset, y algunos aseguran que creuset tiene la misma raíz que el término cruz, y que en el crisol alquímico, igual que Cristo en la cruz, es donde la materia muere para resucitar después, «purificada, espiritualizada, transformada».

—¿Qué es un crisol?

—De verdad, tu cultura deja mucho que desear.

—Bueno, pero ¿qué es?

—Es el vaso en el que se funden los metales a altas temperaturas.

—Ah.

—Además, los amantes de estás tonterías dicen que nuestra cruz es roja porque representa el *rubedo*, la etapa final de los trabajos alquímicos.

—A eso se llama sacar cinco pies al gato.

—Lo mismo pasa con el Sagrado Corazón de Jesús.

—¿Qué?

—¿Cómo es su imagen?

—Yo, la que más recuerdo es Jesús con un corazón grande en el pecho, sentado en un trono y, mientras nos bendice con la mano derecha, sostiene en la mano izquierda una bola rematada por una cruz.

—Eso es.

—¿Esa es una imagen alquímica?

—Para algunos sí, porque el círculo y la cruz, además de ser el símbolo alquímico del antimonio o estibina, es también el signo de la Tierra, por eso se representaba a Cristo y a los reyes con ese signo.

—Y ahora que hablas de eso, ¿del Sagrado Corazón de Jesús no se dice también que es el Santo Grial?

—Te lo contaré a su debido tiempo.

—Será si tenemos más tiempos y los príncipes sublimes no acaban antes con nosotras.

—No digas bobadas. ¿Sabes qué es un cuadro mágico?

—Ni idea.

—Un cuadro mágico consiste en la disposición de una serie de números enteros en un cuadro, de forma que la suma de los números por columnas, filas y diagonales, sea la misma.

—Espera, espera, ya sé, en la Sagrada Familia de Barcelona hay uno.

—Muy bien.

—Y si no recuerdo mal es:

1	14	14	4
11	7	6	9
8	10	10	5
13	2	3	15

—Estupendo, memoria envidiable. Los cuadros mágicos están relacionados con el fantástico mundo de las matemáticas.

—Para las que yo estoy negada.

—Te diré que en las obras de Gaudí hay un montón de símbolos herméticos, alquímicos y masones.

—Ya lo había oído, pero siempre me pareció una exageración. Gaudí era un católico convencido, de hecho, cuando le atropelló el tranvía y le dejó herido de muerte, llevaba un ejemplar de los Evangelios en el bolsillo.

—Y también un puñado de pasas y de cacahuetes.

—¿Sí?

—Fue un hombre que vivió austeramente, que ayunaba con frecuencia, un naturista.

—¿Y qué símbolos aparecen en sus obras?

—Muchísimos, por ejemplo, solo en la catedral de La Sagrada Familia está el atanor alquímico, la cruz de las seis dimensiones, el pelícano, que representa la chispa divina presente en el hombre, el árbol de la vida, el dragón, que es el símbolo de los instintos que el caballero debe vencer, la X, notación alquímica del crisol...

—Pues no lo entiendo, todos dicen que era un hombre muy católico...

—Y lo era, pero también era un genio, un espíritu singular.

—Y por lo que cuentas bastante extravagante.

—¿Sabes qué decía?

—Qué.

—«La alegría es el placer del Espíritu».

—Estoy totalmente de acuerdo.

—Y «La originalidad consiste en retornar al origen».

—Eso suena a «Verdad perennis», de la que nunca me quieres hablar.

—En algún sentido sí.

—Hay quien niega a Gaudí su catolicismo y dicen que era masón, demoniaco, brujo, y un montón de tonterías más, las mismas que dicen de nosotros. Mira, hay una especie de cuadro mágico hecho con letras, que algunos están empeñados en que es un símbolo templario, porque aparecía en varios de nuestros edificios, pero no es verdad, también está en la ruinas de Pompeya.

—¿Cómo es?

—Saca papel y lápiz y apunta:

S A T O R  
A R E P O  
T E N E T  
O P E R A  
R O T A S

—Ya veo, es un cuadro mágico, pero hecho con letras, y lo lees por donde lo lees siempre dice las mismas palabras.

—Eso es. Pero fíjate, la palabra TENET forma una cruz central, ¿sí?

—Sí.

—La tercera y cuarta palabra es OPERA, escrita del derecho y del revés. Aseguran que la palabra OPERA estaría relacionada con el término celta, «arepenis», que en francés se transforma en, «arpent», y significa, «arado». Por tanto, estamos hablando de agricultura. De ahí que a la alquimia se le llama también, «agricultura celeste».

—Eso sí que es sacar las cosas de quicio.

—Pero no he acabado, como SATOR, significa sembrador, es decir, el alquimista, ya tenemos un símbolo genuinamente alquímico. Luego deduce.

—Como ese cuadro mágico dicen que es templario, todos los templarios son alquimistas...

—Te ayudo, brujos, endemoniados, en fin, lo que se te ocurra.

—Y, ¿qué significa de verdad?

—No lo sé. A veces los cuadros mágicos tienen equivalencias con las letras del alfabeto hebreo, pero solo conociendo las reglas exactas, que se han utilizado para confeccionar cada uno de ellos, se puede saber lo que dicen, y en este caso yo no conozco esas reglas.

—Qué pena.

Justo en aquel momento comenzaron a sonar las campanas de la despedida y empezó la función.

Hugo se puso tenso y llamó a Kiwi a gritos.

Kiwi se acercó despacio, parecía sonámbula.

—Espabila, haz el favor, en cuanto me convierta en humo, aspírame sin parar, no vaya a ser que me comas solo la mitad y la hagamos. No tenemos más que unos segundos.

Kiwi pegó unas bocanadas de aire a modo de entrenamiento.

Y Hugo empezó a volatilizarse.

—¡¡Ahora!! —grité.

Kiwi empezó a tragar y tragar.

Después se sentó en el banco.

Parecía ida, parecía otra.

De pronto, vi cómo se colocaba en el dedo índice de la mano izquierda, el anillo que tenía agarrado con la mano derecha.

Entonces me miró y lancé un grito enloquecido.

¡Los ojos de Kiwi no eran verdes, eran los ojos de Hugo!

Enseguida, un humo blanco empezó a salir de las orejas, de la nariz, de la boca de Kiwi, formando una especie de espiral que desapareció de repente.

Me quedé paralizada.

Cuando empecé a recuperarme, miré a Kiwi, tenía los ojos cerrados, la boca abierta, parecía que se había desmayado.

La llamé bajito y empecé a darle palmaditas en la cara.

Por fin volvió en sí.

Las dos miramos el anillo de su dedo índice perplejas. Efectivamente era el sello templario, aparecían dos caballeros sobre un caballo y alrededor una inscripción: SIGILLUM : MILITUM : XPISTI.

Pero las velas del altar titilaban, era hora de irnos. Y salimos de Santa María.

Ya en la calle, tuve una ocurrencia.

—Yo creo que deberías frotar tres veces el anillo para ver si funciona.

Kiwi me miró confusa.

—Hugo se va a enfadar.

—Asumo toda responsabilidad, pero no es normal que nos enfrentemos a peligros sin saber que el anillo está en condiciones.

—Vale.

La calle Mayor estaba muy sola, no se veía un alma. Esta vez la sesión había durado mucho y una luna sarracena volvía el cielo mágico.

Kiwi no se decidía, así que le cogí la mano y froté tres veces el anillo en su falda.

Y una sombra extraña se pintó en el suelo, era todo muy raro, porque no había sol y sin embargo veíamos aquella sombra nítidamente.

Entonces la voz de Hugo atronó, estaba furioso, gritaba como un energúmeno, un chico pasó a nuestro lado, pero no nos hizo ni caso, él no debía oír todo aquel escándalo.

Por fin acabó la bronca.

—Y ha sido cosa de esa (lo decía por mí). Si ya me parecía a mí, cómo se iba a quedar sin tener una ocurrencia de las tuyas. Me habéis dado un susto de muerte. Creía que estabais en peligro. Que no vuelva a pasar, ¿me habéis oído?, ¡que no vuelva a pasar!

Y la sombra desapareció.

Yo estaba sinceramente arrepentida, pero también más tranquila, el refrote del anillo funcionaba.

Ya en casa nos tomamos los mojitos de siempre, pero esta vez en silencio, contemplando aquel anillo tan raro, que parecía cosa de un sueño.

Al día siguiente, Kiwi empezaba a trabajar en el hotel.

## CAPÍTULO VII

Pues eso, que Kiwi, nada más y nada menos, empezaba a trabajar en el hotel.

Nos levantamos temprano y nos olvidamos de desayunos caribeños. Kiwi estaba hecha un manojo de nervios y yo mucho más. Aunque había insistido en acompañarle a Arizkun, me había hecho jurar por todos los santos que no asomaría por el hotel ni de lejos. Kiwi había elegido el turno de mañana, de 7 a 3. Fue una decisión que tomamos entre las dos después de darle muchas vueltas al asunto. Pensamos que, a primera hora, Matilde no andaría todavía por allí y ella podría inspeccionar el hotel con tranquilidad. Así, además, podríamos ir juntas por la tarde a ver a Hugo y contarle las últimas novedades.

Llegó la hora de la despedida y me abracé a Kiwi como si se fuera a la guerra, pero es que no era para menos.

—Muy bien, tú ayuda, a ver si me pones un poco más nerviosa y me da algo.

Tenía razón, y decidí controlarme. Yo le esperaría en casa y, para variar, prepararía la comida.

Teóricamente iba a pasar parte de la mañana organizando el material que me suministraba Hugo sobre la Orden, pero no hice nada de eso. En cambio jugué al «Zuma» en el ordenador como una posesa y no perdí los dos ojos persiguiendo bolas de colores de puro milagro...

Soy de la teoría de que las cosas y los aparatos notan que estamos nerviosos y se portan mal, por ejemplo, los libros no se dejan colocar en las estanterías, los móviles se encienden solos, pierden la pantalla, yo que sé. Bueno pues lo mismo pasa en la cocina. Como me conozco, decidí preparar una comida sencilla: ensalada y filetes. Así que, cuando se acercó la hora de que Kiwi volviese, me puse a ello. Total, chapuza repugnante difícil de conseguir. Dos gusanos gordos se paseaban por las hojas de lechuga después de haberla limpiado con minuciosidad de coleccionista de insectos, o eso creía yo. Los filetes, tras soportar los alegres tijeretazos que les pegué en las esquinas para que se frieran mejor, parecían una extraña y estupenda hamburguesa.

Desistí de mejorar las cosas y me fui al balcón a esperar a mi médium.

Llegó por fin Kiwi.

Me abracé otra vez a ella como se abrazan en las películas después de una catástrofe (pero es que venía de la guerra).

Saqué una cerveza para compartir (era la única que había) y nos sentamos en el salón.

—Bueno, qué.

—He recorrido todo el hotel blandiendo el anillo por los rincones, y nada de nada.

—Pero ¿nada, nada?

—Bueno, me queda un sitio por mirar.

—¿Cuál?

—La bodega.

—La cripta.

—Eso es. Ahora han convertido la cripta en bodega. Está llena de vinos caros y la puerta está siempre cerrada. La llave la tiene solo Matilde.

—Seguro que han escondido ahí la reliquia.

—Yo también lo creo. Además es nuestra última esperanza. Si no guardan la reliquia en la bodega, es que se la han llevado lejos del hotel, te aseguro que he mirado por todas partes.

Entonces me atreví.

—Kiwi, tengo que ir a Arizkun. No digas nada hasta escucharme.

Me miró con desprecio, recordando mi primera actuación.

—Escúchame, por favor, tengo un plan.

Suspiró sin fuerzas para enredarse ahora en una discusión conmigo.

—Verás, asomé por allí, voy derechita al restaurante como si tal cosa. Pido un vino de esos caros para comer. Matilde abre la puerta de la bodega. Entonces tú vas por detrás, y con la excusa de ayudarle a buscar el vino, te metes dentro de la bodega y miras qué color tiene el anillo.

Pero, de repente, me di cuenta de que no me escuchaba, estaba absorta pensando en otra cosa.

—¡Kiwi!

Volvió a este mundo.

—¿Qué te parece el plan?

Me miró sin entender lo que le preguntaba, era verdad, no me había hecho ni caso.

—No te he dicho todo. Ha pasado algo raro.

—¿Qué?

—Hacia las diez, ha llegado Matilde y nos ha saludado uno a uno a todos los empleados. Después se ha acercado a mí y, de pronto, el broche del relicario se ha caído al suelo. Entonces ella se ha agachado muy deprisa para recogerlo, pero no sé qué pasaba, no podía acercar la mano por más que estiraba el brazo, estaba como paralizada. Enseguida me he agachado yo, lo he cogido y he notado que me llegaba del broche un calor especial, era como una caricia...

—¿Y?

—Pues nada, que se lo he dado y me he dado cuenta de que me miraba la mano izquierda...

—¡¡El sello!!

—Sí.

—¿Y qué has hecho?

—He sido rápida y he retirado la mano, yo creo que sin darle tiempo a que lo viera bien. Después, me ha dado las gracias por el broche y me ha mirado con una expresión muy extraña. Se le había cambiado la cara, parecía otra.

Nos quedamos calladas, hasta que yo me harté de tanto silencio.

—Pues menos mal que no ha pasado nada de particular, como me has dicho al principio, porque, si llega a pasar, esa Matilde te come un ojo.

Nos reímos las dos.

Pero la historia del relicario nos anduvo rondando por la cabeza durante toda la tarde.

A las siete en punto, estábamos en Santa María. Saludamos al sacristán de manera mecánica y subimos al camarín.

Nos sentamos a esperar.

Enseguida apareció Hugo.

Y a trompicones, quitándonos la palabra una a otra, le contamos todo.

Hugo enseguida dio el veredicto:

—La reliquia está en el hotel.

—¿Cómo lo sabes?

—El relicario ha reconocido el sello y no quería volver con Matilde.

—Los relicarios no piensan (yo).

—Estoy de acuerdo con Hugo, he tenido la sensación física de que el relicario, ante la presencia del sello, se atrevía a rebelarse.

«Estoy de acuerdo con Hugo», «Hugo, guapo, estoy de acuerdo siempre contigo». Tanta complicidad me ponía del hígado.

—Has trabajado muy bien, Kiwi, ahora hay que encontrar la manera de entrar en la cripta.

Conté otra vez mi plan, pero como si se lo cuento a una silla, ninguno de los dos escuchó ni media palabra. Enseguida Kiwi acaparó otra vez la atención de Hugo explicándole detalladamente la cara que había puesto esa Matilde, y ahora afinaba más hablándole del olor que despedía en aquel momento la señora, según ella, ácido, fuerte, repelente.

Cuando Kiwi acabó su relato, Hugo suspiró, y fue un suspiro tan grande que yo creo que nos dejó sin aire, debe ser cosa de fantasmas.

Luego dijo con determinación:

—Voy a preparar la estrategia. Gracias Kiwi, hemos adelantado mucho, eres una gran medium.

Y claro, Kiwi estaba que se salía.

Así que corté el buen rollito.

—¿Hoy no va a haber preguntas?

Creo que la petición le produjo un tremendo aburrimiento, pero se repuso.

—Claro, como no, puedes empezar.

Pero sin darme tiempo a hablar, Kiwi dijo.

—América.

Le miré sorprendida.

—¿América? ¿Qué pasa con América?

—Muchos creen que los templarios llegaron a América antes que Colón.

—Bueno, bueno, está demostrado que los balleneros vascos y los vikingos llegaron a Terranova mucho antes de que se descubriera América. De hecho los vikingos usaban las llamadas, «piedras solares», también mucho antes de que aquí se conociera la brújula.

—¿Cómo eran las «piedras solares»?

Francamente, a mí me había dejado sorprendida con aquel invento vikingo.

—Estaban hechas con cordierita o dicroita, un cristal de silicato de aluminio, magnesio y hierro, perteneciente a la familia del zafiro y que abundaba en Escandinavia.

—¡Qué curioso! ¿Y cómo funcionaba?

—Cambiaba de tonalidad en cuanto se situaba en un ángulo de noventa grados con la luz del sol.

—¿Pero si el día estaba nublado?

—También.

—¡Qué bonito!

Kiwi nos cortó con tono impaciente.

—¿Podemos hablar ya de los templarios y América?

Hugo, muy galante, le dijo que preguntara.

—Soy ecuatoriana y allí hay gente que piensa que, si Colón pudo llegar a nuestra tierra, fue gracias a los mapas templarios. Por eso Moctezuma le dijo a Hernán Cortés que él descendía de un hombre blanco, con barba, armadura y caballo, que había vuelto a su país con sus compañeros, pero que había prometido regresar a América. Y más cosas, Chalco, un cronista indígena, dice que aquellos hombres se hacían llamar *Tecpantlaques*, hombres de Tecpan, es decir, del templo.

—O sea, templarios. ¡Por favor, no me hagas reír!

Cuando estábamos con Hugo todo lo que decía Kiwi me parecía una solemne tontería, sabía que era cosa de mis repugnantes celos, pero no lo podía remediar.

—Ya vale, no discutáis. Es verdad, se ha escrito mucho sobre eso. Ahora me vais a escuchar las dos.

Nos callamos.

—De nosotros se han dicho y se dicen muchas cosas raras. Pero vamos a ver por qué.

Las dos le miramos interesadas.

—Bien, La Rochelle, no sé si sabéis, era un puerto templario y allí estaba amarrada toda nuestra la flota el día que Felipe IV ordenó la detención de la Orden.

—¿Cómo se llamaban vuestros barcos?

—¿Qué más dará? —dije.

La impaciente era yo.

—Pues a mí sí me da, quiero saber.

Y puso un pucherito muy mono dedicado a Hugo.

—Tenían unos nombres muy bonitos. Muchos llevaban el nombre de alguna Virgen Negra. Yo embarqué varias veces en La Rosa del Temple, el Buena Ventura y el Halcón del Temple.

—Todo muy original.

—Te veo hoy un poco negativa.

Y me miró divertido.

—Está bien, os voy a contar una cosa que sabe muy poca gente.

—¿Cuál?

Nos había picado la curiosidad.

—Nosotros fuimos los primeros en llevar como divisa una bandera negra con dos tibias y una calavera, nos servía para distinguirnos de las demás naves y reconocer nuestros barcos a distancia.

—¿La bandera de los piratas?!

Fuimos un coro de tragedia griega.

—Sí, exactamente, solo que en nuestro caso las dos tibias cruzadas componían una especie de cruz paté, y la calavera nos recordaba la muerte y el juicio eterno.

—Joder.

Los dos me miraron hartos y con cara de asco, así que me puse a hablar muy de prisa para que se olvidaran de mi ordinariez.

—Perdón, y a lo que íbamos, vuestros barcos salieron de La Rochelle aquel día trágico y desaparecieron, sin que nadie nunca supiera dónde habían ido.

Kiwi entró ahora en tromba.

—¡¡Se fueron a América!!

Yo volví a la carga.

—Claro, y se llevaron allí el tesoro templario que...

Hugo me cortó.

—No saques ahora el tema del tesoro, estoy harto de esas historias y de las tonterías que todavía se hacen por encontrarlo.

—Te refieres al Castillo de Arginy.

—Por ejemplo.

—¿Qué historia es esa?

—Cuéntasela tú misma a Kiwi, a mí me pone de mal humor hablar de estas cosas.

—Cerca de Charentay, en el Beaujolais, está el castillo de Arginy, que perteneció a la familia de los Beaujeu.

Pero Hugo no sabía delegar.

—Cuéntale primero quién fue Francisco de Beaujeu.

—De acuerdo. Francisco de Beaujeu era descendiente de un Maestre de la Orden, Guillermo de Beaujeu. Algunos creen que Molay, el último Maestre de la Orden, antes de ser quemado, le explicó a Francisco los secretos del Temple. Además le ordenó que le hiciera revivir después de muerto y le dijo que las dos columnas, que había en la entrada del panteón de los maestros del Vieux Temple de París, estaban

vacías, porque dentro se guardaba el famoso tesoro de los templarios.

—A ver si he entendido ese lío. El último Maestre del Temple le dijo a ese tal Francisco dónde estaba el famoso tesoro perdido de la Orden y, además, le pidió que le hiciera revivir después de muerto. Estáis de broma, ¿no?

—Guapa, pues no sé de qué te extrañas tanto, se supone que eres médium.

—Pero no idiota.

—Bueno, ¿me dejas seguir?

—Sigue, sigue.

—Pasado un tiempo prudencial, Francisco pidió permiso al rey para sacar los restos mortales de su tío Guillermo del panteón del Temple y enterrarlos en el panteón familiar. Entonces, ayudado por ocho caballeros, entró allí, se llevó el tesoro de las columnas huecas y lo escondió en el castillo de Arginy, propiedad de su familia.

—Pero eso pasó hace muchos siglos.

—Sí, sí, espera. El castillo, a través de los años, se vendió y tuvo varios propietarios distintos, hasta que en 1883 lo compraron los Rosemont. A Pedro Rosemont, que conocía esta historia, le dio por hacer excavaciones y dicen que, asustado por algo, hizo tapiar el subterráneo donde supuestamente estaba el tesoro.

—¿Y?

—Después, en 1922, su hijo volvió a hacer excavaciones, pero solo encontró documentos de la época de la revolución francesa...

—Luego enigma resuelto.

—No, porque treinta años más tarde, es decir, en 1952, casi a la vuelta de la esquina, un alquimista astrólogo y un experto en ocultismo volvieron a la carga. Empezaron a excavar en lo que llamaban la Torre de las Ocho Beatitudes. Ahora buscaban la piedra filosofal, porque decían que el tesoro se había gastado en la compra de la verdadera piedra filosofal. Parece que el que les informó de todo eso fue el «espíritu de los templarios», que, según decía el ocultista, le visitaba muy a menudo.

—¿Y qué pasó?

—Pues que a pesar de la información de tu colega, no encontraron nada.

De pronto Hugo se puso a gritar:

—¡Y para los que no tengan bastante con esa historia absurda, está la del castillo de Gisors! ¡También allí se hicieron excavaciones, y tampoco allí se encontró nada!

Intervine:

—Sin embargo en Gisors no se pudo excavar hasta el fondo, porque el castillo y sus terrenos fueron declarados zona militar.

—¡¿Y?! ¡¿Y?! ¡¿Qué quieres insinuar?!

Un fantasma enfurecido da mucho miedo.

—Nada, nada, olvídale.

Pero Kiwi quiso saber.

Miré a Hugo, pidiendo su autorización antes de contar la historia, temía que le diese otro ataque de ira.

Hugo seguía con un careto muy feo, pero me hizo un leve gesto de adelante.

—A ver, en Francia hay tres poblaciones, que tuvieron relación con los templarios y que curiosamente forman un triángulo perfecto. Las poblaciones son Gisors, en la Alta Normandía, Stenay, en la Lorena, y Rennes le Château, en el Languedoc. En Gisors, además, sucedió un hecho muy extraño. En 1946, un jardinero, Roger Lhomain, dijo que había encontrado una galería subterránea, que conducía al castillo, y que, cuando se puso a investigarla por pura curiosidad, descubrió que terminaba en un muro. Como era un hombre muy tenaz, excavó también el muro y vio una capilla grande, que contenía 19 sarcófagos y 30 cofres sellados. Lhomain contó su descubrimiento a las autoridades del pueblo y pidió ayuda para abrir aquellos cofres, que enseguida corrió la voz que escondían el tesoro de los templarios, porque el castillo de Gisors había sido propiedad de la Orden en tres ocasiones. Pero el Ayuntamiento le denegó el permiso y le tachó de loco. El hombre, sin embargo, no abandonó la empresa y, por fin, después de mil aventuras, en 1964 consiguió que el Ministro de Cultura, André Malraux, autorizase las excavaciones. Entonces, cuando ya parecía que se iba a descubrir el misterio, el lugar fue declarado zona militar y prohibido su acceso, así que el misterio continúa.

Kiwi, que me había escuchado sin pestañear, solo dijo:

—Realmente muy extraño.

—La historia de Rennes le Château no es menos misteriosa.

Pero Hugo me cortó con un «¡para, para, para!», que, por el tono, no presagiaba nada bueno si no le obedecía, así que me callé, y él tomó la palabra.

—Bien, continuó. Mirar, nadie pudo esconder el tesoro del Temple ni en Gisors, ni en ningún otro sitio, sencillamente porque se lo gastó Felipe, el rey, que para eso acabó con nosotros. Es verdad que los barcos de La Rochelle zarparon deprisa, pero no se fueron a América, la mayoría navegaron rumbo a Portugal.

—¿Por qué a Portugal? —pregunté.

—Porque allí reinaba Dionisio, el marido de santa Isabel de Portugal. Siempre nos había apoyado. Dionisio era un hombre de carácter, que no hacía ni caso al Papa. Cuando llegamos a Portugal, no solo no nos encarceló, sino que nos cedió el castillo de Morim y, mientras esperaba que las cosas se calmaran, administró nuestros bienes sin tentaciones de quedarse con nada. Además, en Santarém, Dionisio nos declaró inocentes y luego refundó la Orden del Temple con el nombre de Caballería de Cristo.

—Pero es verdad que Colón llevaba la cruz templaria en las carabelas.

Kiwi se quedó admirada de mis conocimientos.

—Desgraciadamente, para 1492, esa cruz ya no era solo templaria y varias órdenes de caballería la habían adoptado. Así que no tiene nada de raro que Colón la llevara en las carabelas.

—Y en Portugal, ¿qué pasó?

No sabía yo que los portugueses habían sido tan templarios.

—Allí las cosas fueron distintas. El 25 de mayo de 1420, Enrique el Navegante, hijo de Juan I, fue nombrado Gran Maestre de la Orden de Caballería de Cristo. Por eso los descubrimientos de Portugal, esos sí, se hicieron bajo la cruz templaria, con una cruz blanca en su interior, que indicaba la inocencia de la Orden.

Kiwi se puso puntillosa.

—Pues en mi tierra dicen que Colón siguió la ruta que ya habían seguido los musulmanes y el Temple.

—Ya, y por eso Colón se equivocó.

Le miramos en silencio y con cara de bobas, pero yo creí intuir lo que nos quería decir y se lo expliqué a Kiwi.

—Quiere decir que, si Colón hubiera seguido una ruta descubierta ya por el Temple, hubiera sabido a dónde iba y nunca hubiera creído que había llegado a la India.

—No entiendo.

Kiwi estaba espesa.

—Que Colón no quería ir a América, quería llegar a las Indias por el Atlántico para evitar a los turcos. Al calcular la distancia, él creyó que las Indias estaban más cerca, y menos mal que se tropezó con América, porque, si no, las carabelas no hubieran podido llegar nunca, se hubieran roto en el camino, la India estaba demasiado lejos. O sea que ni ruta templaria, ni nada. Colón llegó a América por casualidad, ¿entiendes Kiwi?

Pero Kiwi no parecía tener ganas de darle la razón y yo estaba encantada con el enfrentamiento de la médium y el fantasma.

—Pues en Ecuador se dice que los incas aprendieron de los templarios el sistema de las *quipas*.

La que me quedé perpleja ahora fui yo.

—¿Qué son las *quipas*?

—Son unos trozos de cuerda de distintos colores que tienen nudos. Se juntan las cuerdas en manojos y se colocan en una madera. Las *quipas* sirven para llevar la cuenta de las cabezas de ganado, de las tierras...

—¿Cómo un ábaco chino?

—¿Qué es eso?

—Sirve para calcular, su origen se pierde en la noche de los tiempos, pero aún se usa en China. Está formado por unas cuentas metidas en una serie de alambres, y esas cuentas representan las unidades, las decenas, las centenas...

—Vamos que es la tatarabuela de la calculadora.

—Pues sí.

Pero Hugo cortó nuestra charla y volvió a la carga.

—Fíjate, Kiwi, hasta 1507 no se supo que Colón había descubierto un nuevo

continente, todos creían, como él, que solo había encontrado unas islas. Te quiero decir con eso que ni nosotros, ni Colón, pudimos llegar al Imperio Inca. Por lo tanto es imposible que los nativos aprendieran de los templarios el sistema de *quipas*.

El cuidado con que Hugo le llevaba la contraria a mi *medium* me irritó, entonces metí baza para cortar tanta delicadeza.

—Pero aseguran que hubo encomiendas templarias ocultas en las islas Canarias, segundo punto de la ruta de Colón.

—Vale, y ahora me hablarás de los mapas portulanos. Se lo voy a explicar a Kiwi. Otra vez volvió a aquel tono cariñoso para dirigirse a ella.

—Los mapas portulanos eran mapas minuciosos de las costas y los mares.

Decidí utilizar su mismo tono meloso y repugnante.

—Kiwi, querida, en el año 1339, un cartógrafo mallorquín, Angelino Dulcert, dibujó un mapa portulano, que se encuentra en la Biblioteca Nacional de Francia, y allí están ya dibujadas la isla de Lanzarote y la de Fuerteventura...

Hugo me cortó, le estaba poniendo nervioso.

—Y ahora te dirá que en ese mapa, Lanzarote aparece pintada de blanco y tiene una cruz roja, y que la isla de Fuerteventura, se llama, «Fuite ventura», que en mallorquín quiere decir, «La huida feliz».

—¿Es verdad eso?

Kiwi me miró, porque sospechaba que yo no me creía todo aquello.

—Bueno, algunos opinan lo que ha dicho Hugo y aseguran que desde allí la flota templaria huyó felizmente a América. Si te digo la verdad nunca me he creído esas historias.

—¿Por qué?

—Te cuento. Dicen, por ejemplo, que Canarias, viene de «can aria», o sea, «casa aria», luego hablan de arios, griales y magdalenas.

—Pues no sé la verdad.

—También dicen que el nombre de Gran Canaria vendría de «can de l'aria», es decir, Candelaria, como la Virgen canaria de Candelaria, que también sería una virgen templaria y, por tanto, morena.

—Hombre, parece traído por los pelos, también se podría decir que se llama así porque había muchos canarios.

La salida de Kiwi le hizo a Hugo una gracia loca. Se rio a carcajadas y luego me quitó la palabra.

—En el año 1375, el judío Cresque Abraham y su hijo Yahuda Cresques, hicieron el llamado Atlas Catalán. Ahí a la isla de El Hierro se le llama «Ínsula de lo fer o», entonces dicen que, como la «o» está separada de «fer», esa «o» no es una «o», sino un cero, que significa que esa isla era el lugar de «poner a cero», es decir, la isla del meridiano inicial.

Kiwi le escuchaba con cara de absoluta admiración.

—En el Atlas Catalán también aparecen dibujadas unas islas que se supone que

eran las Azores. La primera de las islas se llama Porto Santo, la tercera, Madeira. Si unimos estos dos nombres, ¿cuál sería el resultado?

Kiwi puso voz de alumna aplicada:

—Llevo santo de madera, ¿no?

—Muy bien, muy bien y, si a eso le unimos el nombre de la segunda isla, «Legname», nos encontramos con que el resultado sería, «llevo santo cruz de madera».

Aquí pregunté yo:

—¿Por qué?

—Porque «leg» en inglés significa «pierna», pero «pierna» en latín se decía «crus», cuyo sonido es muy parecido a «cruz».

—Qué follón.

—O sea, que para algunos, «llevo santo cruz de madera», sería el santo y seña que utilizamos los templarios cuando fuimos a América. Y aseguran que una prueba de que todo eso es verdad es que Colón no hizo más que levantar cruces de madera en los sitios que descubrió.

Ahora nos reíamos las dos a carcajadas, yo, olvidada de los celos de antes.

Por fin nos calmamos y le dije.

—Te lo has inventado todo.

—Te aseguro que no.

Pero las campanas empezaban a sonar y todavía no sabíamos lo que teníamos que hacer.

Entonces Hugo pidió un poco de seriedad.

—Kiwi, mañana no te pongas el anillo en el dedo, llévalo escondido.

—¿Dónde?

—En un bolsillo.

—¿Por qué?

Esa era yo, me gusta saber por qué razón se deben hacer las cosas.

—Porque es posible que Matilde sospeche algo.

—Es verdad, cuando le devolví el broche, su mirada era extraña y su olor también era muy extraño.

Kiwi estaba pesadita con eso del olor, que a mí me daba bastante asco.

—Ella sabe que algo ha ocurrido. Se quedó paralizada, neutralizada por alguna fuerza y no parará hasta encontrarla. Tú recogiste el broche sin problemas, luego esa fuerza, que a Matilde le bloqueaba, a ti te permitía actuar. Querrá investigar qué está pasando.

—¿Y si tengo la oportunidad de entrar en la bodega? Como no llevaré el anillo en el dedo, no podré ver que el sello se ha puesto de color verde.

—Si puedes acceder a la cripta, mete la mano en el bolsillo y aprieta el anillo, si la reliquia está allí, notarás un calor especial, como cuando recogiste el broche.

Y entonces exploté.

—El otro día me llamasteis a mí insensata, y ahora resulta que os quedáis tan anchos ante la posibilidad de que Kiwi entre sola en la bodega. Lo siento, pero mañana me voy al hotel y me instalo allí.

Pero Hugo se puso muy serio.

—No, irás cuando tengas que ir.

—¿Y cuándo va a ser eso?, ¿cuando a Kiwi le conviertan en albóndiga y se la ofrezcan de aperitivo a algún diablo?

—Primero Kiwi localizará la reliquia. Luego irás tú, y entre las dos la rescataréis.

—¿No te das cuenta de que corre un gran peligro?

—Yo estaré siempre con ella.

Y a pesar del miedo que sentía, los celos empezaron otra vez a rondarme.

Las campanas ya sonaban sobre nuestras cabezas y Hugo comenzó a volatilizarse.

Entonces me di cuenta de que Kiwi sonreía beatíficamente.

—¿Qué te pasa?

—Estoy contenta.

—¿Por qué?

—Porque hoy no me tengo que tragar a un templario tan grande.

Sonreí yo también.

Por fin, Hugo desapareció y abandonamos el camarín.

La iglesia estaba muy sola y muy oscura. Al acercarnos a la puerta, levanté la cabeza y me pareció notar el latigazo de un rayo cruzando el techo profundo del templo. Kiwi también se dio cuenta.

—Acabamos de volver a este lado.

—No te entiendo.

—Anda, déjalo y abre la puerta.

Bajamos las escalinatas de la Basílica y enfilamos por la Calle Mayor. El verano se escapaba. Hacía frío y llovía una lluvia tontorróna. Anduvimos un rato sin hablar, pegadas a las casas y en fila india para no mojarnos. Kiwi me llevaba delantera, corría delante de mí, porque odia el agua como los gatos. Los bares de la calle estaban abarrotados de gente. De pronto una pareja, que salía de uno de esos bares, tropezó con Kiwi. El corazón me dio un vuelco y paré en seco.

¡Eran Matilde y el Príncipe Sublime!

Los tres se quedaron hablando.

Me di la vuelta e hice como que miraba el escaparate que tenía más a mano. Si se daban cuenta de que yo, la mujer que visitó el hotel haciéndose la despistada y hablando de templarios, tenía relación con Kiwi, Kiwi iba a estar en peligro.

Aquel escaparate era muy poco apasionante, solo había dinamos, tornillos y un montón de chisme raros, que yo no sabía para qué servían. Intuía que nadie podría entender que me quedara absorta viendo aquello, pero me quedé allí mirando como si contemplara una colección de Prada. Así, con la nariz pegada al escaparate, podía escuchar, sin que se fijaran en mí, todo lo que hablaban.

Y enseguida Matilde, después de decir cuatro bobadas sobre el tiempo, empezó a hacer comentarios peligrosos que no venían a cuento.

—Tienes unas manos preciosas. Enséñaselas a Arnaldo.

Pensé que todo estaba perdido, iban a descubrir el sello.

Pero enseguida oí que Kiwi decía tan tranquila, «muchas gracias», y supuse que había tenido tiempo de quitarse el anillo. Después le enseñó las manos a aquel Príncipe de las Tinieblas.

—Efectivamente, tienes unas manos encantadoras.

Matilde volvió a tomar el mando.

—Eres una chica muy eficiente, hoy has trabajado muy bien, ¿verdad, Arnaldo?

—Sí, claro que sí.

—Por cierto, ¿te acuerdas de la mujer que entró en el hotel y nos echó un discurso sobre los templarios?

—Más o menos.

—Luego salisteis juntas, ¿no recuerdas?

—Ah sí, ahora caigo.

—¿No le has vuelto a ver?

Las piernas me empezaron a temblar.

—Pues no.

Me convertí en un ovillo, simulando que quería ver los cacharros que estaban en la parte inferior del escaparate y esconder así mi careto a aquellos monstruos.

Otra vez fue Matilde.

—Mírame a los ojos.

Giré un poco la cabeza para observar lo que estaba pasando.

—Sí, muy bonitos, y verdes como los de la brujas.

Kiwi se rio tan campante.

Y respiré con alivio, comprendí que esta vez habíamos ganado.

Por fin se despidieron, y Kiwi siguió andando pegadita a las casas. Yo esperé delante del escaparate fascinante y pude comprobar cómo Matilde se daba dos veces la vuelta para mirar a la medium. Cuando desaparecieron la esquina de la calle, troté como un galgo para alcanzar a Kiwi.

—¿Qué has notado?

—Lo sabe.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque soy bruja.

—No digas tonterías.

—Hazme caso. Ha olfateado lo que pasa. Es maligna.

—¿Y él? ¿También se ha dado cuenta?

—No sé, me resulta muy extraño.

Aceleramos el paso, nos esperaban los mojitos, necesitábamos tranquilizarnos mucho.

## CAPÍTULO VIII

A las tres de la tarde me aposté en el mirador para ver llegar a Kiwi, aunque sabía que aún tardaría mucho, pero la ansiedad y el miedo me consumían.

A lo largo de la mañana le llamé mil veces al móvil, pero siempre estaba apagado y me salía la voz esa diciendo: «el teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura.».

Y allí, en el mirador, pasó el tiempo, pasó un poeta amigo con su perra, pasó también varias veces el de la OTA, pasó mucha gente, hasta que, por fin, vi a lo lejos la silueta de Kiwi que volvía a casa, entonces di gracias a Dios porque al menos estaba sana y salva.

Resumo las cosas que le pasaron a Kiwi aquella mañana, mientras yo estaba a punto de que me diera el infarto.

Matilde ya estaba allí, cuando Kiwi llegó al hotel. A media mañana Matilde se acercó a recepción con la excusa de que tenía que revisar unos papeles y se puso a charlar con Kiwi, mientras le miraba sin pudor las manos buscando el anillo. Luego, cuando se convenció de que no llevaba la joya, ni en los dedos, ni en ninguna parte visible, se fue con el careto crispado, ella sabía que el anillo estaba allí.

—¿Y dónde lo habías escondido?

—En el canalillo del sujetador.

Cosas de mi medium.

La mañana en el hotel siguió sin pena ni gloria, hasta que, de repente, Kiwi descubrió que la puerta de la bodega estaba abierta. Entonces no se lo pensó dos veces, se acercó y, con una insensatez propia de mí e impropia de ella, se metió dentro. Enseguida una luz verde y fulgurante, como la de la más hermosa esmeralda de Oriente, se escapó de su pecho e iluminó la cripta entera.

¡El Lignum Crucis estaba allí!

Kiwi salió corriendo y, cuando, haciéndose la buena, iba a avisar a Matilde de que la puerta de la bodega estaba abierta, vio salir de la oscuridad la silueta del Príncipe Sublime. Se quedó petrificada, Arnaldo tenía que haber visto la maravillosa luminosidad verde que desprendía el sello. Sin embargo el Príncipe no abrió la boca, saludó con voz de ultratumba y le dijo a Kiwi que se fuera, que él cerraría la puerta.

El resto de la jornada Kiwi estuvo esperando que ramilletes diablos le clavasen un cuchillo en la yugular, mientras Matilde y el Príncipe le chupaban la sangre a risotadas. Pero no, todo transcurrió tranquilamente, y ahora estaba en casa sin que hubiera pasado nada.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco, estoy segura de que tuvo que ver la luz.

—Igual solo la podemos ver nosotras.

—No sé.

—Hugo nos aclarará todo esto.

—Seguro.

Pero Kiwi estaba preocupada y yo también. Y así, en un estado anímico bastante lamentable, pasamos el rato hasta que llegó la hora de ir a ver a Hugo.

Santa María, el sacristán, las escaleras oscuras del camarín, todo estaba igual que siempre.

Hugo se empezó a materializar, pero nosotras estábamos con la cabeza en otra parte, dándole vueltas a lo que había pasado.

Luego, Kiwi se lo contó a Hugo.

—Tengo una sospecha.

Hugo no parecía nervioso.

—¿Cuál?

Habíamos sido un coro.

—Todo a su tiempo, ya os la contaré.

—Eso está muy bien, pero Kiwi está en peligro.

Kiwi miraba a Hugo con una cara que daba pena.

—No, me parece que no.

—Me parece, me parece, ¡claro, como no eres tú el que está ahí!

—Yo siempre estoy con ella. Estaba con ella cuando Matilde, perdiendo los papeles, ha estado hurgando en los bolsillos de su chaqueta, estaba con ella cuando se ha iluminado la cripta como la cámara secreta de un sultán enamorado, estaba con ella...

Y otra vez se me arrugó el corazón ante tanta proximidad de uno y otro. Kiwi suspiró tranquilizada, y a mí se me puso cara de bruja despechada y malvada.

Decidí guardar silencio, llena de rencor y de celos.

—Bueno, qué, ¿hoy no vas a preguntar?

—Sinceramente no estoy de humor, el que tú tengas no sé qué sospechas no me tranquiliza demasiado.

—A mí sí.

Miré a Kiwi, y la cara beatífica que tenía, mientras confesaba su confianza en Hugo, me dio grima.

—Pues pregunta tú, guapa.

—Vale. En la bodega hay signos raros.

—¿Qué signos?

A pesar de mis celos, el tema me interesaba.

—Una de las piedras de la entrada tiene grabado un compás y otra un lobo.

—Está bien, hoy hablaremos de arquitectura templaria. Verás Kiwi, el lobo y el compás son firmas de maestros canteros.

No dije nada, pero empezaba a olvidar mi enfado.

—¿Habéis oído hablar de la arquitectura sagrada?

—¿Quieres decir de la construcción de iglesias, ermitas o cualquier edificio de carácter religioso?

—No seas simple, Kiwi, él se refiere a la proporción aurea y a las fuerzas telúricas.

Kiwi, que era muy susceptible, me miró con odio.

—Perdona, pero de todo eso sé mucho más que tú.

—Vale, vale, sin discutir. En la Biblia, concretamente en el Libro de los Reyes del Antiguo Testamento, se explica con todo detalle qué materiales se usaron en la construcción del Templo de Salomón, pero no se dice nada de los principios geométricos que se utilizaron.

—¿Y?

Yo había recuperado el habla.

—Pues que lógicamente eso ha dado lugar a muchas especulaciones.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, se ha llegado a decir que, si el faraón liberó al pueblo judío después de las diez plagas que asolaron Egipto y, a continuación, le persiguió a muerte hasta el mar Rojo, fue porque quería recuperar un secreto.

—No entiendo nada.

—Yo tampoco.

—Pues que, como los judíos habían trabajado como esclavos en la construcción de los templos egipcios, el faraón sospechó que se llevaban con ellos los secretos de la arquitectura sagrada.

Kiwi le interrumpió.

—Yo he oído que Salomón tomó por esposa a una hija del faraón y que, entre la dote que recibió de su esposa, estaba la forma de construir templos. O sea que, gracias a esos conocimientos, Salomón construyó el templo y las murallas de Jerusalén.

—¿Ves cómo si sabes algo de lo que es la arquitectura sagrada?

Hugo estaba encantado de la sabiduría de Kiwi. Así que quise meter yo también la cuchara.

—Tengo otra teoría, que supongo se le habrá ocurrido a alguien. A ver, si Yahvé comunicó a Noé las medidas exactas del Arca para que se salvara del diluvio, también pudo comunicar a Salomón la manera exacta de construir el templo, sin necesidad de que los judíos robaran ningún secreto a los egipcios.

—Efectivamente hay quien piensa lo que dices.

Había salvado mi orgullo y, animada por el éxito, continué:

—Además, los masones hablan del gran Arquitecto del Universo, cuando se refieren a Dios.

—Todo eso es verdad, pero resulta que en el siglo I antes de Cristo, Vitrubio, un romano muy sabio, aplicó con mucho éxito las matemáticas euclidianas a la construcción de edificios, y puso fin a la arquitectura sagrada y sus misterios.

—Pues a mí me da pena que se perdieran unos conocimientos tan raros y tan antiguos.

—Que se puede esperar de una medium nostálgica como tú.

—Muy graciosa.

—No, no, esperad, se cree que esos conocimientos ancestrales, dictados por Dios a Salomón o, para el que lo prefiera, por los arquitectos egipcios a los judíos, se fueron transmitiendo de boca a boca y, a pesar de Vitrubio, continuaron aplicándose.

—¿Y eso cómo se sabe?

—Porque en el arte románico hay vestigios del uso de las proporciones sagradas. Me puse chula.

—Ahora nos dirás que los templarios fuisteis los guardianes de la proporción aurea y del número phi.

Kiwi me miraba con cara de no entender nada.

—Ya te lo explicaré en casa, una vez Hugo y yo hablamos del tema.

Estaba contenta de poder alardear de mi relación especial y sabia con Hugo para chingar a Kiwi.

Hugo fue a decir algo, pero prefirió continuar.

—Tienes razón, hay muchos que creen que los templarios fuimos los guardianes de la arquitectura sagrada.

—¿Y es verdad?

—Opina tu misma. En cuanto hurgues un poco leerás que Étienne Harding...

—¿El abad de Cîteau? ¿El jefe de Bernardo de Claraval?

—Sí, bueno, leerás que Étienne de Harding descubrió muchas pistas en la obra de Salomón Rachi y así pudo encontrar el lugar exacto donde los sabios antiguos escondieron los documentos con las normas de construcción dictadas por Dios a Salomón.

—¡No me digas más, no me digas más!

Y empecé a brincar por el camarín, todo aquello era muy divertido.

Kiwi detuvo mi explosión con un «para de una vez», seco y desagradable.

Y me calmé.

—Es que ya sé que nos va a contar, nos va a decir que los documentos estaban enterrados en el suelo de las caballerizas del Templo de Salomón y que por eso Bernardo mandó allí a los primeros templarios. O sea que era verdad, aunque cuando nos conocimos me lo negaste todo.

—Tú eres tonta.

Le miré con rencor, me humillaba delante de Kiwi.

—Perdona, soy un bruto.

Pero el comentario de Kiwi nos sacó de aquel lío de sentimientos.

—Pues yo sí creo que los templos antiguos estaban contruidos de manera especial y en lugares muy especiales, en sitios donde se cruzan dos corrientes telúricas, wouivres, serpientes, como les llamaban los celtas.

Y me miró retadora.

La verdad es que Hugo y yo nos habíamos quedamos pegados ante semejante

alarde de sabiduría.

—Os parece normal que me coma a un templario, pero os extraña que sepa de estas cosas. No os entiendo.

—Tienes razón.

Hugo le miraba embelesado.

—El médico alemán Ernst Hartmann descubrió una red de corrientes de ese tipo y dijo que, donde se cruzan las redes, se produce una energía especial, que puede ser buena o mala.

—Ya.

Solté aquel «ya» procurando que mi tono fuera insultantemente escéptico.

Kiwi se río divertida, dejando claro que mi opinión le importaba un bledo.

—Todos los elementos que forman el universo producen fenómenos eléctricos y magnéticos, o sea, forman lo que se llama un campo electromagnético, y en ese campo, los cuerpos vibran y emiten energía.

Hugo y yo escuchábamos sin rechistar.

—La irradiación natural está formada por radiaciones de los planetas, del sol y de la tierra. Del resto del universo nos llegan radiaciones en forma de microondas, que se llaman radiaciones de fondo extragaláctico u ondas cósmicas. Se descubrieron en 1903.

—¡¡Joder!!

Esa era yo y Hugo me miró con cara de verdadero asco.

—El doctor Peyré, en el Congreso Internacional de Prensa Científica de 1937, dijo que existe un campo electromagnético en forma de estructura reticular, parecida a la de los meridianos y los paralelos. Y Ernst Hartmann, padre de la geobiología, habla de una red global, formada por un montón de rejillas reticulares, que se superponen y se interfieren entre sí. Esa red se llama red H o retícula de Hartmann.

Hugo intervino.

—Pues te voy a decir una cosa, todo eso ya lo sabíamos entonces. Basta con fijarse en el comportamiento de los animales. Por ejemplo a los gatos les encantan los nudos de corrientes telúricas, las abejas producen el triple de miel si el panal está en uno de esos nudos, menos en otoño y primavera. Y las termitas y las hormigas buscan las zonas de más radiación.

—¡Venga, por favor! Y ahora me diréis que si duermo mal o tengo calambres puede ser que esté tumbada sobre un nudo de esos.

—Sí.

La respuesta fue a coro.

Después Kiwi se puso muy seria y me habló con voz de sibila.

—Yo no sé por qué alardeas de no creer en la magia. Resulta que tu familia es originaria del Baztán, sí, de ese valle misterioso en donde está la gran gruta de Zugarramurdi. ¿Nunca te has parado a pensar que puede ser un centro telúrico? Piensa en la corriente de agua que atraviesa la gruta, piensa en el Infernuko-Erreka,

en el río del Infierno.

—¿Y?

—¿Sabes que en la estación megalítica de Andatza hay un dolmen Beldarrain, como tu apellido? ¿Tu padre no realizó el relicario de la Cruz de Caravaca?

La risa de fantasma de Hugo me libró de aquel chorro. Luego Hugo tomó la palabra.

—Si os parece voy a volver a la arquitectura. Después de la Reconquista, hubo monjes sufíes, musulmanes, que se quedaron aislados en tierras cristianas, esos monjes parece que enseñaron a los monjes cristianos las técnicas pictóricas del miniado, que ellos utilizaban en las ilustraciones del Corán y que habían aprendido de pintores egipcios.

Respiré, al menos Hugo hablaba de cosas que yo ya sabía y que me gustaban.

—Hablas de los Beatos, por ejemplo, de los Comentarios al Apocalipsis de San Juan redactados por el Beato, abad de Liébana.

Seguí jugando a la niña descreída.

—Efectivamente. Cualquiera que mire con detenimiento el Beato de Liébana descubre elementos alquímicos y de la cábala.

—De acuerdo, pero vosotros dos que parecéis tan esotéricos, ¿qué opináis de que el famoso «fin de los tiempos», que se anunciaba en el Apocalipsis para el año mil, no ocurriese nunca?

Kiwi saltó como un gato.

—Igual Dios cambió de parecer.

—No me digas.

Hugo quiso zanjar la discusión.

—A veces no se sabe interpretar correctamente los datos que aporta la Biblia. Sin embargo, después del año 1000, sí aparece una novedad, un arte nuevo: el gótico.

—En el que tuvisteis parte y arte.

—En realidad hubo tres grandes cofradías de maestros constructores: Los Hijos del Padre Soubise, organizados por monjes cluniacenses; Los Hijos del Maestro Jacques, relacionados con un personaje mítico, Jacquin, que se decía que había sido autor de las dos columnas del templo de Salomón; y Los Hijos de Salomón, esos estaban protegidos por nosotros y son los que crearon las bases de las catedrales góticas.

Quise poner mi puntito de sabiduría.

—Ahora creo que se les llama Compañeros de los Deberes de la Vuelta a Francia.

—Suenan a ciclismo.

Hugo y yo miramos a Kiwi sorprendidos, pero ella estaba muy seria, no lo había dicho por hacer una gracia.

Hugo hizo un pase misí por aquel comentario y prefirió seguir con el tema.

—La primera construcción gótica que se hizo fue en 1137, cuando hubo que añadir una girola a la iglesia de Saint Denis, cerca de París, en donde estaba el

panteón real.

Aquí me sentí encantada de poder hacer una alarde de mis conocimientos arquitectónicos.

—Lo sé, lo sé. Por detrás del altar mayor, se añadió un pasillo, un deambulatorio, creo que se llama, y el arquitecto construyó unas columnas tan elegantes, que la gente se quedó admirada.

—Muy bien, pero lo que no sabes es que el arquitecto quiso representar sobre el plano la cruz ansada egipcia...

Torcí el morro porque no sabía que era eso, pero los gritos de Kiwi ya estaban ahí taladrándome el tímpano.

—Pues eso sí que lo sé yo.

Cuando logré entender lo que vociferaba, volví a torcer el morro, porque estaba segura de que Kiwi no podía tener ni idea de una cruz tan especial.

—La cruz ansada egipcia tiene la parte de arriba redondeada y agujereada, como si fuera un ojal.

—Perfecto.

Hugo volvía a mirar a la medium embelesado.

—Algunos creyeron también que estaba intentando reproducir las columnas del Sancta Sanctorum del templo de Jerusalén, donde se guardaba el Arca de la Alianza.

—Pues que bien.

Esa era yo rebotada por la sabia intervención de Kiwi.

—De todos modos, olvidándonos de otros aspectos, lo que el gótico supuso fue la elevación de los templos. Las catedrales se volvieron ligeras, estilizadas, luminosas, muy luminosas. ¿Y sabéis por qué?

Dijimos que no con la cabeza.

—Pues porque los alquimistas habían conseguido que las vidrieras estuvieran llenas de colorines. A través de las naves del templo góticos, el alma se eleva y vuela hacia Dios.

—En eso estoy de acuerdo, no hay más que ver la Sainte Chapelle.

Kiwi quiso saber más.

—¿Dónde está?

—Está en París, y es de estilo *rayonnant*.

Mi respuesta fue de un pedante que daba vómito.

—Pues os diré una cosa que a Kiwi le va a encantar.

Ya estábamos otra vez.

—¿Qué?

La voz de Kiwi era dulce y agradecida por el regalo.

—Que algunos dicen que las catedrales góticas francesas, por lo menos las más importantes, se construyeron siguiendo la disposición de las estrellas de la constelación de virgo, porque esos puntos eran centros telúricos, centros de energía.

—Seguro que a Kiwi le encanta esa teoría, ¿pero tú que dices?

—Que, si observo la disposición de cualquier tipo de construcción, iglesias, escuelas o casas, a toro pasado puedo forzar los trazos y decir que siguen las líneas de una constelación.

—Hugo, ¿tú no te lo crees?

Kiwi estaba decepcionada.

—Sinceramente, no.

—¿Por qué?

—Te voy a poner un ejemplo, en el Cañón del Río Lobo, en Soria, nosotros tuvimos una encomienda. Si no conoces el cañón vete a verlo, es uno de los lugares más hermosos y más misteriosos que conozco. Las paredes inmensas de roca, la ermita pequeña y sola, los buitres sobrevolando constantemente el cielo...

—No sé qué me quieres decir.

Kiwi no entendía y la verdad es que yo tampoco.

—Todo ese misterio no es más que una impresión, en una palabra, sugerencias del paisaje que se presta a interpretaciones misteriosas, ¿me entiendes?, simple y llanamente literatura, que algunos saben aprovechar.

—Creo que cerca de ahí está la Cueva Grande, con restos prehistóricos.

Kiwi miró a Hugo retadora después de mi información.

—¿Y?

—Pues que dicen que esos restos tienen que ver con configuraciones astrológicas.

La cabeza de Kiwi se movía de uno a otro como en un partido de tenis.

—Bueno, si les gustan esas cosas. Pero la ermita de Río Lobo no es nada más y nada menos que una ermita hermosa. Ya os lo he dicho, el lugar, el paisaje, es el que invita a la meditación, es el que habla de inmensidad, de Dios.

—¿Por qué has comentado antes que las vidrieras de colores se hicieron gracias a los alquimistas?

Kiwi quería que Hugo sacara su vena mágica.

—Porque los tonos azules, verdes y rojos, se consiguieron gracias a los trabajos de los alquimistas en busca de la piedra filosofal.

—¿Entonces?

—Entonces nada, es verdad que en las catedrales aparecen signos alquímicos.

—¿Como cuáles?

—Por ejemplo el barril, que era el recipiente donde se guardaba «el disolvente universal» necesario para la transmutación de los metales. O los signos del zodiaco. O las patas de oca.

—Como los pies de las *lamiak* del Baztán.

—Eso es, las doncellas hermosísimas que vivían en los ríos, se peinaban el cabello con peines de marfil y tenían patas de oca.

—Kiwi necesita paladear el misterio, así que le puedes hablar de las gárgolas.

—¿Qué son las gárgolas?

A Kiwi la palabra esa le había parecido muy sugestiva y estaba francamente

interesada.

Fui yo la que me puse a recitar la lección.

—Son esculturas que se hacían en los tejados de los palacios y de las catedrales para tapar los conductos de desagüe. Aparecen sobrevolándonos de trecho en trecho y suelen representar animales con la boca abierta, que echan por allí el agua.

Kiwi pegó un respingo.

—Ah, ya sé lo que es. Vi alguno de esos bichos en Toledo.

—Querida amiga mía, pues en Toledo precisamente, en el Monasterio de San Juan de los Reyes, hay una gárgola que representa un vampiro, otras, animales monstruosos, y otra, muy rara porque es el único animal real que aparece, representa un gato, me entiendes, un gato, ¿no lo pillas?

—No.

Pero Hugo cortó mi docto discurso.

—No me extraña que no pille nada, porque hay muy poco que pillar.

Salté.

—¿Ah sí? ¿Las gárgolas no son la representación del mal?

—Sí, son la representación del mal. En aquel tiempo pensábamos, que, sí el mal existe, también tenía que quedar reflejado en las catedrales, pero bien alto, lo más arriba posible, para que a Dios le resultase más fácil controlarlo y los monstruos de las gárgolas malignas no pudiesen hacer daño a los hombres.

—¡Qué bonito!

Y Hugo sonrió a Kiwi con aquella sonrisa suya que me enamoraba tanto, tanto, y, antes de soportar la humillación de derretirme de amor delante de aquellos dos, grité haciéndome la enfadada.

—¡¡Me dirás que la gárgola-gato de San Juan de los Reyes no es un homenaje escondido a los cátaros!!

—No lo sé, pero hay gente que ve cátaros debajo de cada piedra.

Kiwi cortó nuestra discusión.

—¿Y la música?

—También, el canto gregoriano monofónico se acerca a la vibración generatriz del universo, al «om» oriental. Imaginaros que estáis oyendo a los monjes del Monasterio de Leire cantando gregoriano en su cripta, seguro que pensaríais que os encontrabais en un lugar mágico.

—Eres un templario muy raro.

Kiwi estaba francamente desilusionada.

—Espera, no pongas esa cara, os voy a contar una historia misteriosa.

Las dos le miramos agradecidas, había que reconocer que yo también estaba hambrienta de un poco de misterio.

—Ocurrió la Nochebuena de 1224. Once templarios custodiaban la ermita de San Miguel de Bremao, en Portedeume, en Coruña. Apparentemente, era una iglesia muy pobre, que no tenía nada que robar, pero ellos estaban allí, eran once, como las puntas

del rosetón que adorna el templo. Sin embargo aquella Nochebuena ocurrió una cosa muy extraña. Los once caballeros habían entrado en la iglesia y, sin saber por qué, una fuerza extraña les empujó a mirar el rosetón. De pronto lo vieron, el rosetón ya no tenía once puntas, si no doce. Pero es que había una presencia más entre ellos. Un niño dormía sobre un montón de paja ante el altar. Y ahí estuvo tranquilamente durante toda la noche, hasta que, al amanecer, el niño desapareció y el rosetón volvió a tener once puntas. Todavía hoy, todos los que van a la ermita en Nochebuena dicen que el rosetón, esa noche, tiene doce puntas y que, al amanecer, vuelve a tener once.

—¿No me dirás ahora que te crees eso?

—¿Tú que dices Kiwi?

—Pues que igual es verdad.

—Vale, vale, así los dos ya estáis contentos.

—Está bien, a ver si te gusta esta otra historia. En Jerez de lo Caballeros, en Badajoz, estaba una de nuestras fortalezas más importantes, eran tierras fronterizas, se guerreaba continuamente contra los moros. Cuando disolvieron nuestra Orden, los hermanos que estaban allí se hicieron fuertes en la fortaleza y se negaron a abandonarla. Alfonso XI cercó la fortaleza, al final les hizo prisioneros y les mandó degollar uno a uno en la que luego se conoció como la Torre Sangrienta de la fortaleza.

—Qué horror, menuda historia más triste.

A Kiwi y a mí no nos había gustado nada el cuento.

—No he terminado. Mis hermanos, antes de morir, hicieron una promesa: nadie conseguiría disolver la Orden, ellos iban a salir de la tumba y cabalgarían a Tierra Santa para seguir protegiendo los caminos y a los peregrinos. Por eso, las noches sin luna, cuando el manto negro de la muerte cubre esas tierras, se escucha el silbido de los caballeros llamando a sus caballos para cabalgar hasta Tierra Santa.

—¿Y los caballos vuelven?

Kiwi hablaba bajito, como si los templarios degollados le pudieran oír.

—No, aunque los caballeros silban durante toda la noche.

—Pues sí que estamos bien, podías contarnos una historia más alegre y un poquito más verosímil.

—Esa historia es verdad.

—Sí, claro, es verdad que degollaron a los caballeros.

—Y es verdad que las noches sin luna solemos ir allí a silbar.

Kiwi y yo le miramos sin saber si nos estaba tomando el pelo.

—Lo que os digo es cierto.

Kiwi le miraba como abducida, pero yo arremetí.

—Demuéstralo.

—Es muy fácil, de vez en cuando me gusta ir allí con algunos compañeros y nos pasamos la noche silbando, a veces cabalgamos un rato, hasta que nos ve algún campesino y nos vamos corriendo.

—No me irás a decir ahora, que también te paseas en hueso picado por el monte de los Templarios, en Trévago, en Soria.

—¿Qué pasa ahí?

Kiwi tenía una curiosidad morbosa.

—Dicen que el día de difuntos, a las doce en punto de la noche, esqueletos templarios, envueltos en sudarios, salen del cementerio de una antigua encomienda templaria. Entonces se oyen unos gritos terribles de venganza y entrechocar de espadas y armaduras.

—Te aseguro que lo pasamos muy bien, es muy divertido.

Y entonces Hugo se puso a silbar, mientras a nosotras se nos ponían los pelos como escarpas. Aquellos silbidos eran de fantasma, era música claramente del otro lado. Cuando estábamos a punto de gritar y salir corriendo, Hugo se dio cuenta y paró.

—Lo siento, lo siento, no sabía que os iba a impresionar tanto.

Respiramos hondo para recuperar la serenidad.

—Después de toda una vida guerreando, es normal que echéis en falta cabalgar y luchar.

—No entiendo que se pueda echar en falta tener la vida pendiente de un hilo.

Kiwi, que se estaba poniendo maternal, salió en su defensa.

Respondí a Kiwi con asquerosa prepotencia.

—Es el subidón de adrenalina.

Hugo no nos escuchaba.

—Éramos muy buenos, éramos los mejores guerreros.

Después se calló, parecía que soñaba. Luego, por fin volvió en sí.

—Podíamos movilizar hasta tres mil hombres, entre caballeros, hermanos sargentos y turcoples.

—¿Turcoples?

—Sí, eran nuestra caballería ligera, arqueros a caballo, los reclutábamos a veces entre los mismos musulmanes.

—¿En qué os diferenciabais de los cruzados?

Y me contestó Kiwi.

—Supongo que eran más disciplinados, y además no habría luchas internas entre ellos por ver quién llegaba primero.

—Exactamente, eres muy lista y muy intuitiva.

Ahí salté.

—Y yo ¿qué pasa? ¡Ah!, ya me has dicho que soy tonta.

Hugo ni me miró, ni me contestó, siguió a lo suyo e hizo bien.

—Nosotros obedecíamos como un solo hombre a nuestro maestro y nos manteníamos siempre al lado del *baussant*.

—De vuestra bandera.

Entornó los ojos, estaba muy guapo.

—Sí. Era hermosa, mitad negra y mitad blanca.

—Se vería bien.

—Imaginaros un valle arenoso al sol, miles de hombres luchando, pues entre aquel mar de cuerpos, caballos y sangre, ondeaba como una estrella el *baussant*, indicando que ahí peleaban concentradas las fuerzas templarias.

—¿Y si el que llevaba el bosanto, o como se diga, moría y la bandera dejaba de verse?

Kiwi me corrigió.

—*Baussant*.

—En ese caso teníamos orden de ir junto a los hospitalarios, o unirnos a cualquier otra Orden religiosa. Si no había ninguna Orden cerca, nos poníamos bajo el mando de un noble cristiano. Pero no podíamos ni retirarnos, ni huir, ni tampoco podíamos pagar rescate en caso de caer prisioneros.

—¡Qué fuerte!

Kiwi estaba impresionada.

—Además teníamos una ventaja, como en el refectorio, durante las comidas, el monje tiene prohibido hablar y los hermanos nos comunicábamos por un lenguaje de signos, esos mismos signos le permitían al maestro darnos indicaciones desde lejos en el tremendo jaleo que se organizaba en las batallas.

—Muy bonito, pero vuelvo atrás. Tengo entendido que algún gran maestro pagó rescate y se salvó de la muerte.

—Sí. El 4 de julio de 1187 sufrimos una gran derrota en la batalla de Hattin. Saladino mandó a todos los prisioneros a Damasco, menos a los hospitalarios y a los templarios. Doscientos caballeros fueron decapitados por no renunciar a su fe. Pero el gran maestro Gérard de Ridefort se salvó de morir y luego fue liberado después de pagar rescate.

—Pues que bien.

Pero Kiwi enseguida salió en defensa de la Orden.

—Esas cosas suelen pasar, son casos aislados, no se puede juzgar al Temple entero por la actuación de un gran maestro.

Fui a contestar, pero Kiwi, que se había convertido en la paladina de Los Pobres Caballeros de Cristo, cambió de tema para que no me enzarzara.

—¿Y como ibais vestidos en la batalla?

—Lo normal, espada, lanza, yelmo, cota de mallas, calzones de hierro, espuelas, gorjal para proteger el cuello, maza, escudo y misericordia.

—¿Misericordia?

—Un puñal pequeño para dar el golpe de gracia al vencido y ahorrarle sufrimientos.

—Realmente erais muy caritativos.

Kiwi volvió a taparme la boca.

—Pues teníais que pasar mucho calor.

No pude menos que sonreír.

—Profundo comentario.

—Sí, pasábamos calor, pasábamos un calor terrible, a veces te parecía que te ibas a derretir como si fueras mantequilla.

—¿Y qué es eso del rey leproso?

Decidí meterme con Kiwi, además, yo esa historia ya la me la sabía.

—¡Cómo te gusta el cotilleo sensacionalista!

Pero Hugo no estaba de mi parte.

—Es una historia muy bonita. En 1174 murió de disentería Amalarico. Tenía 38 años y dejaba de heredero a su hijo de trece años, Balduino IV. Balduino era leproso.

—¿Tan joven?

—Sí. Cuando Balduino tenía 17 años, apareció en escena Saladino, Salah ed-Din Yüsuf, sultán de Egipto. Balduino entonces no lo dudó y se enfrentó a él, seguido de 400 templarios y 100 de sus caballeros. Y vencimos. Fue una de las grandes victorias cristianas. Aunque dos años después, Saladino derrotó a Odón de Saint-Armand, el maestre templario que había luchado con Balduino, y le hizo prisionero.

Enseguida salté maligna.

—¿Y pagó rescate como el de antes?

—Pues no, no solo no pagó rescate, si no que no aceptó que le cambiaran por un alto mando musulmán.

—Igual es que creía que él valía más que ese alto mando.

—No lo digas de broma, algunos pensaban que Odón era tan orgulloso, que no podía admitir que hubiera alguien que valiera igual que él. Sea lo que sea, murió en prisión un año después.

—Pero ¿y la enfermedad, la lepra del pobre Balduino?

—La lepra avanzaba. En 1182 se le empezaron a descomponer los brazos y las piernas, y ya no veía. Sin embargo no se dejaba vencer y le llevaban en litera a los campos de batalla. Por fin, Balduino murió en marzo de 1185, tenía veinticuatro años.

—¡Qué pobre!

Kiwi era toda compasión y Hugo le miraba emocionado.

Las campanas vinieron en mi ayuda, creía que se iba a esfumar poniendo aquella cara de bobo.

Pero Hugo volvió en sí y nos dio instrucciones.

—Bueno, ha llegado el momento de la verdad.

Pregunté:

—¿Qué tengo que hacer yo?

—Mañana irás tú también al hotel y cogerás una habitación. Ha llegado el momento de recuperar la reliquia. Yo me encontraré allí con vosotras. Recordad, si el sello se pone rojo, es que hay peligro, pero no os preocupéis, siempre estaré cerca para ayudaros.

Luego se convirtió en humo y desapareció.

Cuando salimos a la calle, Kiwi estaba como unas castañuelas, empezaba la acción. Y a mí aquella alegría infantil e idiota me ponía de los nervios.

—Eres una inconsciente.

—¿Por qué?

—No me digas que te lo tengo que explicar.

—No va a pasar nada, Hugo estará con nosotras.

—Ya, ya, mucha confianza tienes tú en Hugo, en una de esas se lo come Matilde, como te lo comiste tú, y ya verás qué bien lo pasamos.

—¡Yo no soy como Matilde!

—Anda, vamos a dejarlo.

Y nos fuimos a cenar a un chino, padecía hambre bulímica y necesitaba triturar algo con los dientes.

## CAPÍTULO IX

No pegué ojo en toda la noche, tenía mil presentimientos puñeteros.

Me levanté a la del alba. Con el corazón arrugado por una angustia vaga pero pegajosa, empecé a hacer la maleta, que acabó tan llena como la de Madona en gira mundial.

Se despertó Kiwi y me encontró colorada y sudorosa, intentando cerrar aquella cosa hinchada que vomitaba ropa por la boca entreabierta.

Durante el desayuno mi médium me contagió su tranquilidad y me convenció para que llevase un equipaje más discreto.

Se fue ella y me encontré más sola que la una. Yo me había quedado con el sello, estaba ahí, en mi dedo anular. Lo miré con aprensión, y otra vez me volví histérica. Para hacer tiempo mientras daban las doce, hora de partida hacia Eguzki-enea, me dediqué a limpiar la cocina con perfeccionismo de maniaca. Y así, aferrada al spontex, se me fueron las horas que faltaban.

Era una mañana de otoño muy hermosa. El valle estaba tan bonito que parecía de mentira. Conduje como una loca atacada por raptos desiguales, a veces conducía muy deprisa corroída por el presentimiento de que Kiwi me necesitaba, otras muy despacio, seducida por algún árbol lleno hasta arriba de otoño, que brillaba al sol.

Llegué al aparcamiento de Eguzki-enea y aparqué enfrente de la veleta, que me señalaba, fija, estática, y pensé, no tiene la cruz.

Entré.

El hotel estaba tranquilo y Kiwi, muy elegante en su uniforme, me saludó desde el mostrador de recepción con cortesía profesional.

Pedí habitación y me admiré de su sangre fría, nadie hubiera sospechado que nos conocíamos.

Y entonces apareció Matilde, tuve el tiempo justo de darle la vuelta al anillo.

Alta, enigmática, esta vez iba de negro de los pies a la cabeza, como la reina de la noche. Enseguida me reconoció y se interesó por mi trabajo llena de sonrisas frías. Me pareció que tenía los colmillos afilados, pero yo andaba flotando entre la realidad y mi pánico, así que mis observaciones no eran fiables. Por fin me deseó una feliz estancia y se fue, dejando un halo a azufre.

—Huele a azufre.

Kiwi me fulminó con la mirada, pero no me contestó.

La habitación tenía una terraza grande abierta al valle, a los montes y al río.

Si no fuera por aquella misión que me tenía agarrotada, hubiera entrado en éxtasis.

Pero aquel baño de naturaleza tuvo la virtud de templarme el alma, y, como mi estabilidad emocional puede producir risa floja a un estudiante de psicología, de repente, me sentí Juana de Arco.

Iba a ir al comedor, pediría un vino de esos que dejan temblando la cartera y le

diría al camarero que quería ver la bodega, porque era una enófila enfermiza.

Me puse todo lo guapa que pude para darme ánimos y bajé al comedor.

Me senté en una mesa junto a la ventana. Había poca gente. Una pareja de jubilados con pinta de tener dinero y, al fondo, un ejecutivo que comía mientras enredaba en el portátil. Me sorprendió, pero había *wi-fi*.

Elegí solo *foie* y ensalada, y puse en práctica mi plan.

—Quiero un Châteaux d’Yquem, pero antes desearía ver su bodega, sé que en tiempos fue una cripta y me gustaría comprobar esas condiciones tan óptimas de las que me han hablado varios amigos enólogos.

Estaba satisfecha del discurso, francamente profesional.

Me levanté, no quería que el camarero, que me miraba con cara de susto, tuviera tiempo de pensar, y le hice un gesto arrogante con la mano, invitándole a que me enseñara el camino.

Y entonces me di cuenta de que el Príncipe Sublime me miraba desde el otro lado de la ventana del comedor. Y también que Matilde, como si tuviera un dispositivo raro para oír las conversaciones de sus clientes, me cerraba el paso en la puerta. Incluso me dio la impresión de que la pareja de jubilados ricos estaba pendiente de lo que pasaba, pero eso lo deseché, me pareció producto de un ataque de manía persecutoria.

La voz de Matilde era chirriante, desagradable y afilada como debe de ser la voz de los cuchillos.

—¿Puedo ayudarle en algo?

Quise ser encantadora.

—Muchas gracias. El hotel ha quedado precioso.

—Es usted muy amable.

Decididamente tenía los colmillos afilados.

—Mire, he pedido un Château d’Yquem y me gustaría conocer cuáles son las condiciones de su bodega. Me han hablado muy bien de ella.

—Lo siento muchísimo, pero todavía no podemos enseñar la bodega, estamos clasificando los vinos.

Soy terca.

—No me importa que los vinos estén sin clasificar, sin embargo me gusta ver en qué condiciones están los que me bebo. Estoy segura de que usted me comprende.

—Lo siento mucho, ya le he dicho que es imposible.

Empecé a levantar la voz protestando, pero apareció Kiwi.

Enseguida se hizo cargo de la situación. Le dijo a Matilde que ella misma me acompañaba a la mesa y me agarró por el brazo, pegándome de paso un pellizco que me dolió como el mordisco de un escorpión.

No grité, estaba muda, me había dado cuenta de que Matilde, entrecerrando los párpados para ver mejor porque era miope, tenía los ojos clavados en mi sello. Me tranquilicé, desde aquella distancia no lo podía ver bien, y me fui trotando con Kiwi,

mejor dicho, enganchada a su garra.

Las cosas que la médium me dijo entre dientes, mientras me sentaba a la mesa, no son para referidas, en mi vida he oído tantas groserías juntas, sin embargo, de cara a la galería, parecía que me sonreía dulcemente.

Me senté y suspiré, la había hecho otra vez, menuda bronca me esperaba.

Así que, a pesar de todo, decidí regalarme con el almuerzo de millonaria que había elegido para el numerito.

En fin, que entre los nervios y lo rico que estaba todo, me puse como una boa borracha. Me bajé el Châteaux d'Yquem casi enterito, el camarero de antes me miraba esperando un coma etílico. Me puse de *foie* hasta las cejas. Y para terminar, pedí tarta de manzana, que es el postre que más me gusta. Cuando acabé de engullir, subí a la habitación, necesitaba una siesta.

Caí en la cama como un fardo y dormí con profundidad de sueño eterno, hasta que un zarandeo inmisericorde me despertó.

Abrí los ojos y, durante unos segundos, no supe dónde estaba, pero Kiwi se encontraba allí para recordármelo.

Atardecía, y los montes, el valle y el río estaban aún más bonitos que antes. Kiwi, al acabar el turno, había dicho adiós a Matilde y luego se había escabullido hasta mi habitación por una puerta casi escondida bajo una manta de la hiedra, que había en el jardín.

Ahora, como no podía gritar para que no le descubrieran, seguía susurrándome basura de la guapa, alimento ideal para mi autoestima, raquítica de nacimiento.

—Tú eres gilipollas, tía, eres tonta de remate, bobotonta integral, una mema, vamos, una...

Y de pronto el cielo vino en mi ayuda.

Sin saber cómo, un tornado diminuto de polvorilla fina surgió en mitad de la habitación.

Las dos nos quedamos boquiabiertas, tan sorprendidas, que no pudimos asustarnos.

Y enseguida, aquella cosa se resolvió en Hugo.

Le miramos sin decir nada, y entonces sí nos asustamos. No es lo mismo un fantasma visto en la penumbra del camarín de la Virgen, sitio adecuado para fantasmas, que allí, a la luz del día. Un templario de tantos siglos, plantado en una habitación de hotel, daba terror.

Pero la voz tranquilizadora de Hugo supo tranquilizar nuestros ánimos.

Y, claro, Kiwi, en cuanto se repuso, empezó a contar mi proeza del comedor.

—No te esfuerces, lo he visto todo.

Me quedé maravillada.

—¿Tú estabas allí?

—Sí, guapa.

Visto el tono, preferí no seguir.

—Bueno, tenemos unas horas por delante.

Le miramos sin saber qué quería decir.

—Hasta las doce en punto de la noche no podemos bajar a la cripta.

Hice una gracia para caerles bien y que se olvidaran de mi asunto.

—Como Cenicienta.

Kiwi me fulminó con la mirada adivinando mis intenciones de provocarles un ataque de amnesia.

—A medianoche, habrá un tiempo sin tiempo, un segundo que se dilatará solo para nosotros y no me preguntéis por qué.

Lo de estar encerrada en un tiempo sin tiempo me daba pánico de los nervios, pero me aguanté y pregunté como si estuviera tan pancha:

—Todavía son las siete, ¿qué haremos hasta entonces?

—Os vais a relajar y, además, vais a disfrutar de mi compañía. Pregunta lo que quieras, como en el camarín, así yo cumpliré mi trato.

Empecé a pensar, pero tenía la mente embotada estaba en blanco.

A Kiwi tampoco parecía que se le ocurría nada.

Entonces Hugo tomó la iniciativa.

—Os voy a contar cómo llegamos a ser la Orden más poderosa.

A Kiwi le brotó atropelladamente su yo de izquierdas, nostálgico de la Revolución Rusa.

—¡Robando, como todos!

—Estás muy equivocada. Supimos organizar una empresa modelo con un sistema financiero que fue revolucionario en la época.

Kiwi no estaba nada convencida y yo tampoco, pero le animamos a que siguiera.

—El patrimonio de la Orden engordó gracias a nuestro olfato de economistas innovadores y a las donaciones.

—Explícate.

—Bueno, es un poco complicado. Después del éxito de la primera cruzada, se puso de moda peregrinar a Tierra Santa. Pero los peregrinos no querían viajar llevando dinero encima, había muchos salteadores de caminos, entonces se nos ocurrió la idea.

Empezaba a interesarme lo que contaba.

—¿Qué idea?

—El peregrino dejaba un depósito de dinero en la encomienda de la Orden más cercana a su casa, y, a cambio, nosotros le dábamos una carta de pago, de manera que iba sacando el dinero, a medida que lo necesitaba, en las otras encomiendas del Temple que encontraba en el camino. En cada encomienda se anotaba en la carta de pago la cantidad de dinero que se había reembolsado.

Kiwi parecía decidida a seguir enrocada en su idea del latrocinio, así que ostentosamente no preguntaba nada.

Pero yo quería saber.

—O sea, os convertisteis en un banco con sucursales abiertas por esas tierras de Dios.

—Pues sí, fue una genialidad por nuestra parte.

—Pero el peregrino podía falsificar la carta y decir que había depositado una cantidad de dinero mucho mayor de la que os había dado.

—En absoluto, las cartas de pago estaban codificadas y solo el freire tesorero podía descifrarlas y saber exactamente el dinero que había dejado el peregrino en su lugar de origen. Luego, en cuanto se hacía un pago en cualquier encomienda, la cantidad quedaba anotada por el mismo sistema de codificación.

—Vamos, cómo pasa ahora con las tarjetas en los cajeros automáticos.

—Supongo, y eso lo inventamos nosotros hace muchos siglos.

—Pues sí que es curioso.

—Pero sigo, a ver si nuestra médium se convence de la honradez de la Orden.

Kiwi le miró despectiva.

—Además sacábamos mucho dinero de los que preferían ir a Jerusalén por mar.

—¿No me dirás que también inventasteis las agencias de viajes?

—No sé qué es eso, pero sí, inventamos las compañías navieras.

—¿Cómo?

—Nosotros teníamos una flota muy potente, que, como sabéis, estaba amarrada en La Rochelle, pues decidimos utilizarla también para transportar viajeros.

—Bueno, no me creo que eso fuera una novedad, supongo que habría muchos barcos que hacían ese viaje.

—Es verdad, pero nosotros nos comprometíamos a que nuestros clientes hicieran sanos y salvos el viaje de ida y el de vuelta, algo a lo que no se comprometían los demás. Nuestros barcos iban escoltados y nadie se metía con ellos. Los marineros italianos, por ejemplo, podían dejar tirados a sus pasajeros en donde les diera la gana, incluso hubo casos en que los vendieron como esclavos, porque decían que les habían pagado poco.

—Entonces no me extraña que prefirieran ir con vosotros.

—Pero una de nuestras fuentes más importantes de ingresos fue la especulación urbanística.

—Joder.

Kiwi se alegró de mi rotundo palabro, que le daba la razón sobre el latrocinio.

—No os amontonéis, por favor, modernizamos un montón de ciudades. Había que ver cómo vivía entonces la gente, hacinada, rodeada de inmundicias, era normal ver en la calle cadáveres de perros y de gatos, y hasta de mendigos, también había incendios cada dos por tres, los puentes de París, no estaban como están ahora, diáfanos, limpios, estaban abarrotados de casas de madera...

—Vale, vale, no te enrolles que eso ya lo sé por los libros, pero ¿qué hicisteis vosotros?

—Remodelamos los barrios en donde había encomiendas nuestras. Hicimos que

las calles fueran más anchas, prohibimos la construcción en madera, que se incendiaban solo con mirarlas, exigimos que entre una casa y otra hubiera una separación prudencial para que el fuego no se propagara en segundos, limpiamos las calles y, por primera vez, alquilamos bajos para que se instalaran comercios.

—Alquileres que cobraríais a precio de oro.

—No, a precio de mercado.

Kiwi saltó, y empezó a vociferar:

—¡¡Ya lo sabía yo!! ¡¡Erais unos inmorales!! ¡¡Especulando con bienes de primera necesidad!! ¡¡Seguro que alquilabais viviendas a precios inalcanzables!! ¡¡Los pobres también tienen derecho a vivir!!...

Le corté, feliz de poder darle una lección.

—¡Ya está bien! ¡Sigue gritando para que te oigan y nos descubran!

Kiwi se calló en seco.

Respiré satisfecha, en los últimos días se había vuelto tan perfecta que me estaba dando asquito.

—Bueno, bueno, tranquilidad, también recibíamos muchas donaciones.

Esta vez Hugo me pareció muy poco listo, porque lo de las donaciones no creía yo que le iba a hacer mucha gracia a Kiwi.

—Pues que bien.

—A ver, Kiwi, no seas tan negativa. Nos donaban tierras y castillos en zonas fronterizas para que las defendiéramos, luego, cuando nuestras líneas avanzaban, los colonos podían repoblar esas tierras tranquilamente.

Kiwi siguió dominada por su talante izquierdoso.

—Y ahora dirás que salíais ganando todos, entendiendo por todos, solo los reyes y vosotros.

—¡Y el pueblo! El rey ganaba terreno a los herejes, nosotros recibíamos castillos en pago a nuestro trabajo y el pueblo, ¿me has oído?, ¡el pueblo!, se encontraba con tierras para labrar y alimentar a sus familias.

—Después de que los templarios exponían su vida luchando, tampoco era cosa de que se quedasen con los mocos, ¿no?

Esa era yo, que estaba empeñada en hacerme perdonar por Hugo lo del comedor y también tenía ganas de chingar a la medium doña Perfecta.

—Eso es, además las donaciones no las inventamos nosotros, estaban bien vistas, era una moda.

Se me escapó:

—Hombre, eso de una moda me parece un poco excesivo.

—Pues era así, los nobles y los terratenientes alardeaban de sus donaciones para demostrar que eran ricos y buenos, y, de paso, conseguían el perdón de sus pecados y ganaban un trocito de cielo. *Pro amore Dei et remissione peccatorum.*

Nos debimos de quedar mirándole con cara rara, porque añadió:

—La verdad es que no me acostumbro a vuestra ignorancia. Quien no sabe latín

es un analfabeto integral.

—Entonces, supongo yo que el motivo de los enfrentamientos con otras órdenes religiosas se debía a que os peleabais por la misma clientela.

Me olvidé de que tenía que hacerle la pelota y el tonillo me salió hiriente.

—Pues sí, mira por dónde. Pero es que nosotros éramos más listos, siempre estábamos abiertos a cualquier trato. Por ejemplo, aceptábamos en vida donaciones de castillos, tierras o lo que fuera, a cambio del pago de un alquiler por nuestra parte hasta la muerte de los dueños, o comprometiéndonos a mantener a los sacerdotes que habían vivido con la familia para que siguiesen celebrando misas en su nombre, en fin que cualquier combinación nos parecía válida, incluso perdiendo un poco.

Kiwi iba a decir algo, pero Hugo estaba embalado.

—Además, también tuvimos la buena idea de agrupar nuestras tierras, es decir, cambiábamos tierras, que estaban alejadas de las encomiendas, por otras cercanas, y creábamos núcleos fuertes con nuestras propiedades. ¡Ah!, y éramos verdaderos innovadores en agricultura y ganadería. Pero siempre conservando los cultivos tradicionales y las especies animales de la zona.

—Realmente erais muy majos y muy ecologistas.

Y, como soy así de inestable, de pronto me pasé al bando de Kiwi.

—¡Espera, espera!, ya verás, Kiwi, te va a encantar, ¿qué Papa fue el que os concedió una bula que decía, «pongo bajo mi protección el ganado de los Templarios»?

—Eso, y las cuatro cabras escuálidas de los campesinos que se jodan.

—Joder, pareces yo.

—Oye, ¿no sabéis conjugar otro verbo?

Esta vez nos reímos las dos.

—Fue Alejandro III, en 1170.

—Y, por cierto, ¿quién cultivaba la tierra?

Kiwi estaba terca con su tema.

—Se contrataba a campesinos, había también siervos, y, desde luego, no teníamos ningún problema racial o religioso a la hora de dar trabajo a judíos o sarracenos.

—Claro, entonces no sabíais eso de «la tierra para el que la trabaja».

Hugo miró a Kiwi sin entender y siguió a lo suyo.

Y yo ahora quise meter cizaña.

—Vamos, que teníais tantas tierra en Oriente y Occidente, que ahora diríamos que erais una multinacional.

Hugo nos miró con la misma cara que nosotras poníamos cuando él hablaba en latín.

—Pues será, lo que si puedo deciros es que fuimos buenos negociantes.

—Pero ¿¿no habíais hecho voto de pobreza?!

—Hace falta morro.

Kiwi mascullaba por lo bajo.

—Ya perdonaréis, pero hacéis unos juicios muy pobres.

—¿Ah, sí?

—Sí. Éramos unos monjes pobres y austeros, la que era rica era la Orden, no nosotros.

—No me digas más, una idea así de feliz seguro que se le ocurrió a Bernardo de Claraval, que le encantaba hacer malabarismos de ese tipo.

—Me da igual lo que penséis, os contaré más, prestábamos dinero para ir a Tierra Santa a cambio de tierras y propiedades.

—¡Eso era un préstamo hipotecario en toda regla y los cristianos tenían prohibido ser prestamistas!

Kiwi cabeceaba dándome la razón, con tal fuerza, que parecía que se le iba a caer la cabeza.

—Ja, habéis caído en la trampa. ¡Pues no era un préstamo! Lo que hacían era donarnos las propiedades a su muerte.

—Mira, mira, por favor, no seas tramposo, os poníais ciegos de hacer préstamos, reembolsos, avales, lo que fuera, está claro.

Hugo se encogió de hombros.

—Podéis pensar lo que os dé la gana, no hay peor sordo que el que no quiere oír.

Y nos quedamos los tres callados.

Yo estaba nerviosa, las esperas no me gustan, se llevan muy mal con mi ansiedad crónica y desbocada. Siendo sincera, en ese momento me daba igual si los templarios habían hecho créditos hipotecarios o no.

—¿Qué hora es?

A Kiwi le estaba pasando lo mismo que a mí.

—Las ocho.

Le contesté y le miré para ver qué cara ponía.

—Todavía falta mucho hasta las doce.

Suspiré, y se me ocurrió buscar algo de comer en el minibar para pasar el rato.

Un segundo después, Kiwi y yo comíamos, como posesas y haciendo un ruido irritante, patatas y anacardos.

Por fin Hugo cortó aquel festival y nos hizo una propuesta.

—Os voy a contar cotilleos de Ricardo Corazón de León.

Paramos un segundo de masticar, pero enseguida volvimos a lo nuestro.

—A ver, relajaos, seguid comiendo si queréis, pero más despacio, por favor. Os voy entretener contando cosas muy íntimas de un gran héroe. ¿Vale?

Por el tono, Hugo parecía que se estaba enfadando de verdad, así que decidimos hacerle caso.

—Ricardo Corazón de León era marica.

Nos quedamos con las bocas abiertas llenas de patatas trituradas.

Había sido un golpe de efecto exitoso, pero Kiwi reaccionó enseguida.

—Suponiendo que sea verdad, habrás querido decir que era homosexual.

Y le miró retadora.

—Pues eso he dicho, que era marica.

Intervine:

—Es que calificar a alguien de marica es machista y despectivo.

Luego, quise aplacar a Kiwi.

—Mujer, él no sabe nada de todo eso, vivió en el siglo XIV.

Pero Hugo quería gresca.

—Entonces me alegro de haberle llamado marica.

Ante semejante empecinamiento pensé que a los fantasmas las esperas también les ponían nerviosos. Y para darle la oportunidad de que rectificara añadí:

—No te entiendo.

—O sea, que a nosotros nos acusan de ser afeminados, espero no herir con esa palabra la sensibilidad de nadie, y nos encarcelan, nos queman en la hoguera y disuelven la Orden, sin embargo al bueno de Ricardo, a pesar de que todo el mundo conocía sus inclinaciones, le convierten en héroe, ¿eso os parece bien?

Tenía algo de razón, pero me puse peleona.

—Te repito lo que te dije en una de nuestras primeras reuniones. Si te quejas de que os acusaron sin pruebas, tendrás que demostrar que lo que dices es verdad.

—El 2 de octubre de 1187 entró Saladino en Jerusalén. La noticia se conoció enseguida y para el pobre papa Urbano III, que ya estaba muy delicado, fue la puntilla, murió el 20 de octubre.

Kiwi parecía no escuchar, pero yo estaba interesada.

—¿Quién le sucedió?

—Gregorio VIII, que enseguida empezó a trabajar para mover a Occidente a otra cruzada. El hombre trabajó tanto, que se agotó, y el 17 de diciembre moría en Pisa.

—¡Qué barbaridad!, pues como Pablo VI y Juan Pablo I.

—El siguiente fue Clemente III...

—¿También se murió?

—Muy graciosa, no. Clemente tuvo más éxito y convenció al emperador de Alemania, Federico Barbarroja, a Felipe Augusto de Francia y a Ricardo Corazón de León, que acababa de subir al trono de Inglaterra, para que organizaran una nueva cruzada.

—¿Qué número hizo esa cruzada?

—La tercera.

—Hasta ahora no hay nada que demuestre que Ricardo era marica.

Kiwi me miró con odio.

—Espera. Federico fue el primero en salir. Tuvo una gran victoria, entró en Armenia, pero, un día de mucho calor decidió bañarse en el río Göksu y, sin que nadie supiera nunca por qué, se ahogó. Tenía sesenta y siete años.

—Un corte de digestión, por ejemplo.

—Su hijo tomó el mando del ejército y ¿sabéis qué hizo?

El «sabéis» debía de ser una cortesía, porque Kiwi estaba mirando por la ventana y no le hacía ni caso.

—Pues no.

—Condujo el ejército hacia Jerusalén, llevando el cuerpo de su padre sumergido en vinagre para que no se pudriera.

La historia macabra debió de interesar a Kiwi, porque se dio la vuelta como impulsada por un resorte y empezó muy animada a participar en la charla.

—¿Y se conservó bien? Supongo que el cuerpo se quedaría descolorido, aunque no sé, desde luego olería bien, pero el cadáver estaría hinchado...

Y aquí me puse a gritar histérica.

—¡¡Queréis dejar ya eso!! ¡¡Qué horror!!

Pero Hugo se empezó a reír a carcajadas con esa risa de fantasma que ponía los pelos de punta, así que pensé que me iba a desmayar irremisiblemente, porque empecé a notar los síntomas de una galopante crisis de pánico.

—El caso es que, para Pascua, Federico y su padre en vinagre, Felipe Augusto y Ricardo ya estaban en la hermosa ciudad de San Juan de Acre, a orillas del Mediterráneo.

Ninguno de los dos notaba mi angustia y yo me moría.

—Entonces empezó una relación muy romántica entre Ricardo y Felipe Augusto.

El cotilleo detuvo mi muerte súbita y decidí participar.

—O sea que Felipe Augusto también era mar... (miré a Kiwi y otra vez preferí rectificar), era homosexual, quiero decir.

—Es de suponer, en mis tiempos se decía: la ley de Pandora, tan maricón el que da, como el que toma.

Ahora la que gritaba era Kiwi, pero yo le corté vociferando:

—La ley del faraón, la última gota en el pantalón.

Fue un esfuerzo creativo para desdramatizar y creo que lo conseguí, porque Kiwi sonrió y yo aproveché para seguir con el cotilleo, que había descubierto que me relajaba los nervios.

—¿Cómo era Ricardo?, ¿era guapo?

—Y yo qué sé.

—De verdad, eso de que los hombres nunca sepáis si otro hombre es guapo o feo da bastante pena.

—¿Y qué esperabas de unos bichos tan machistas y prepotentes?

Así que por llevarnos la contraria, Hugo contestó:

—Sí, debía de ser guapo y fuerte, al menos eso decían, pero también era tan cruel como poco astuto, en fin que era más bien tonto.

—Nunca había oído que fuera cruel.

—A ver que te parece esto. En Acre hubo que nombrar un rey y fue elegido Roberto de Sablé, nuevo Maestre del Temple y amigo de Ricardo...

—¿Era marica el Maestre?

La vocecilla de Kiwi había salido disparada, dispuesta a ir a dar.

—Pues no, mira por donde, estaba casado y tenía un hijo y dos hijas.

—Te creerás que me acabas de tapar la boca con ese dato de la familia bien avenida, ¡ya te digo!

Y Kiwi soltó una carcajada, envidia de todas las fantasmas que pueblan la tierra.

—Piensa lo que te dé la gana. El caso es que Roberto se encargó de las negociaciones con Saladino para el rescate de la guarnición musulmana en Acre.

—¿Y?

—Pues que, como las negociaciones tardaron en cerrarse, a Ricardo le dio un ataque de ira y degolló a los 2700 prisioneros musulmanes, y a sus mujeres e hijos.

—Pues sí que fue bestia.

Esa fui yo, porque Kiwi había vuelto a la contemplación campestre a través de la ventana.

—Ya ves tú. Luego Ricardo dejó Tierra Santa. Lo tuvo que hacer a escondidas, porque, a pesar de sus victorias, se creó muchos enemigos.

—¿Cómo se escapó?

Sonrió.

—Vestido de templario y en una de nuestras naves.

—No sé cómo os las arreglabais para estar en todos los líos. Pero, escucha, antes has dicho que el Maestre del Temple no era homosexual porque estaba casado, pues Ricardo también se casó, así que el mismo argumento puede servir para los dos.

—¡Pobre Berenguela!

El nombre de la mujer de Ricardo hizo que Kiwi dejara la ventana y quisiera saber más de aquella mujer que le daba tanta pena a Hugo.

—¿Quién era?

—Berenguela era hija de Sancho el Sabio de Navarra. Fue una mujer muy culta, escribía versos y hablaba varios idiomas. Se casó con Ricardo a los 24 años, y entonces una mujer de esa edad era una solterona.

—¿Por qué has dicho, pobre Berenguela?

—Porque Ricardo nunca consumó el matrimonio, la primera vez dijo que no se podía acostar con ella porque estaban en Cuaresma, tiempo de penitencia, luego porque se marchaba a la guerra, en fin, puso excusa tras excusa, hasta que la iglesia le llamó al orden.

Kiwi echaba chispas por los ojos.

—¿Y eso te parece mal?, ¡al menos fue honrado si es verdad que era homosexual! Aquí intervine para demostrar que tenía conocimientos históricos.

—Además con esa actitud Ricardo demostró que tenía valor para enfrentarse a su señora madre, Leonor de Aquitania, y Leonor era mucha Leonor...

—Leonor era un pendón, una furcia, una puta, una barragana, una ramera...

Kiwi y yo le miramos sorprendidas de semejante alarde de sinónimos.

—Leonor, hija de Guillermo X, duque de Aquitania, al morir su único hermano,

se convirtió en heredera del ducado más grande de Francia. Se casó primero con Luis VII y, como era terca y dominante, cuando se empeñó en acompañar a su marido a la Segunda Cruzada, el pobre Luis no se pudo negar. ¿Sabéis qué hizo allí esa señora?

—No.

—Tuvo la desfachatez de ponerle los cuernos a su marido con Raimundo de Poitiers, su propio tío. Así que Luis consiguió la anulación del matrimonio y luego ella se casó con Enrique II de Inglaterra, el padre de Ricardo.

Nos sonreímos, sin saber por qué a las dos nos pareció bien la desfachatez de la de Aquitania.

—Ah, sonreís porque se la jugó a un hombre, pues no os riais tanto porque la pobre Berenguela sufrió mucho por su culpa.

La verdad es que dejamos de sonreír.

—Tuvo que vivir retirada en un castillo cerca de Angers, porque entre madre e hijo la repudiaron. Y cuando Ricardo murió, Leonor no le dejó ir al funeral de su marido, ni tampoco le dio la parte de la herencia que le correspondía. Por fin, cuando murió vuestra querida Leonor, se fue a vivir al castillo de Le Mans...

—¿Dónde las carreras de coches?

Hugo nos miró sin entender y siguió.

—Allí vivió hasta su muerte, haciendo obras de caridad.

De pronto tuve una revelación.

—A todo esto, ¿tú por qué hablas con tanto énfasis contra Leonor de Aquitania? ¡Si vivió dos siglos antes de que tú nacieras!

—Bernardo de Claraval tuvo que denunciar duramente su comportamiento.

—¡Acabáramos!

—Fue una mujer que no siguió las reglas de la moralidad, fue disoluta, fue...

—Es decir, fue liberal y emancipada.

Kiwi volvió a salir de su letargo.

—Eso.

Y yo me envalentoné.

—Por lo que yo sé, Leonor fue una mujer culta, que reunió a los mejores poetas y trovadores en su corte de Poitiers, y en su retiro de la abadía de Fontevrault.

—Ya, solo que, cuando se enteró de que su marido, Enrique, tenía una amante, enfrentó a los hijos con el padre e intentó envenenar a la infeliz de la rival.

—Eso no tiene nada de especial, entonces estaba de moda envenenar a los enemigos. No me puedes negar que fue una mujer de carácter. Regentó el Imperio Angevino en ausencia del rey, de Ricardo, y lo regentó con inteligencia.

Kiwi volvió al mundo de los vivos.

—¿Qué era el Imperio Angevino?

—Leonor heredó de su padre la Aquitania y, al casarse con Enrique de Inglaterra, se unieron las tierras de los dos, formándose el Imperio Angevino, que era ocho veces más grande que los territorios del rey de Francia.

Hugo se dirigió a Kiwi.

—Imagínate al pobre Luis cuando vio que Leonor, que le había deshonrado delante de todos manteniendo una relación con su propio tío, se casaba con su peor enemigo, el rey de Inglaterra, y juntos formaban un Imperio.

Kiwi estuvo bien.

—Esas son cosas de la vida.

—Estáis hoy muy comprensivas.

Yo seguí machacona.

—Lo único que sé es que fue un gran apoyo para sus hijos. Primero ayudó a Ricardo y, cuando Ricardo murió, dejó su retiro en Fontevrault para llevar a Juan sin Tierra al trono.

Pero Kiwi estaba ahora por los cotilleos.

—¿De qué murió Ricardo?

Me quedé muda y Hugo me quitó la palabra.

—De un flechazo en el cuello. Un noble, vasallo suyo, se negó a darle un tesoro que había encontrado en las tierras de su castillo, el castillo de Châlus en el Limousin. Pero, como según decían entonces, todo lo que estaba enterrado bajo tierra era propiedad del rey, Ricardo se fue contra el de Châlus y recibió el flechazo. Era el 6 de abril de 1199.

Corté aquella conversación insulsa para tratar de un tema de altura, el amor cortés.

—Hablar de Leonor es hablar del amor cortés. Andreas Capellanus, el capellán Andrés, refleja la vida de la corte de Leonor de Poitiers hacia 1170...

Pero un bostezo de Kiwi acabó con mis intenciones.

Me callé yo también.

Y aquel silencio nos recordó de pronto que teníamos una misión.

Al cabo de un rato, la voz de Hugo sonó solemne.

—Bueno, creo que es hora de que nos empecemos a preparar.

Kiwi y yo nos miramos para darnos ánimos.

Y entonces pasó.

Un rayo deslumbrante cayó del techo.

Kiwi y yo, cegadas por el resplandor, dimos un grito y nos echamos hacia atrás.

Durante unos minutos no vimos nada.

Luego, nos quedamos aterrorizadas. El Príncipe Sublime había salido de aquel rayo y nos miraba sonriente, mientras Hugo, rodilla en tierra, le saludaba inclinando la cabeza.

Estábamos perdidas, Hugo, mi amigo, mi templario, nos había engañado, era uno de ellos.

Sentí que Kiwi me cogía la mano, su mano estaba fría, tan fría como la mía. Creo que las dos estábamos a punto de llorar.

—Miguel, estas son mis amigas y las que me van a ayudar a recuperar la reliquia.

Entonces me puse a gritar como una loca.

—¡¡Hugo, no se llama Miguel, es Arnaldo, es el Príncipe Sublime, es el Príncipe de la Tinieblas!!

Y Kiwi también gritó como una loca.

Y mientras andábamos las dos a grito limpio, ocurrió.

De pronto el Príncipe de las Tinieblas se fue desmoronando poco a poco, su cara ya no era su cara, el pelo cambiaba de color y crecía, los brazos se volvían musculosos, las piernas...

Cerré los ojos, no quería ver, no quería saber qué iba a ser de nosotras, y creo que Kiwi hizo lo mismo.

Hasta que empecé a sentir un olor suave a incienso y una paz muy especial me invadió hasta muy dentro.

Miré.

Kiwi también miraba.

Fue la imagen más hermosa que habíamos visto nunca.

Era un hombre joven, alto, guapísimo, arrogante, iba vestido con una armadura que brillaba más que el sol, llevaba una espada en la mano, y dos alas inmensas y blancas en la espalda.

Entonces Kiwi empezó a decir aquello de, ¡ay qué por Dios, qué por Dios, qué cosas nos pasan...!

Hasta que el Arcángel se hartó de semejante monserga, le miró profundamente a los ojos y se puso un dedo en los labios, indicando silencio.

Por fin Kiwi se calló.

Él se sentó tranquilamente en la cama y empezó a contarnos.

—No soy el Príncipe de las Tinieblas. Tomé la forma de Arnaldo para infiltrarme en la organización de Matilde.

Ya se me había pasado el susto y quise saber más.

—¿Pero cómo no te reconocieron? Tuvieron que darse cuenta de que había dos Arnaldos.

—No, Arnaldo murió hace tres meses durante un viaje a Filipinas y nos encargamos de que nadie se enterase.

Kiwi, también recuperada:

—Pues bien que me ponías la mano en el hombre cuando me trajiste aquí por primera vez.

—Nos seguían dos coches, el de tu amiga y defensora (me miró con ironía), y otro, con dos sicarios de Matilde.

Hugo me clavó la mirada con reproche, la verdad es que aquel día yo no me di cuenta de que nos seguía nadie.

Quise cambiar de tema.

—O sea que tú eres un arcángel.

—Sí, uno de los siete.

Hugo intervino orgulloso:

—El primero de los siete. Es el patrono y protector de la Iglesia Universal, acompañante de las almas a la eternidad y vencedor de Satán, la Serpiente antigua, el Dragón, Lucifer, Luzbel, el seductor del mundo entero...

Miguel le hizo callar, porque se estaba poniendo tan matraca como antes Kiwi.

—Pues yo solo conocía tres arcángeles, Miguel, Gabriel y Rafael.

Hugo otra vez quiso hacer un alarde de sus conocimientos:

—Uriel, Selafiel, Jegudiel y Baraciel. Los judíos hablan de Miguel, Gabriel, Rafael, Uriel, Sariel, Raguel y Remiel. Y en el islam, de Miguel, Gabriel, Rafael o Israfil, Azrael, Malik, Munkar y Nakir.

—¡Qué barbaridad! Bueno, en todas las religiones, tú eres el primero.

La risa de los arcángeles no es como la de los fantasmas, no da miedo.

De pronto se oyó la voz de Kiwi.

—Miguel significa, «¿Quién como Dios?».

—Eso es, muy bien señorita.

Hugo volvió a la carga.

—Es Jefe de los Ejércitos celestiales, Príncipe de los Ángeles...

Pero Kiwi le cortó:

—Ángeles, Arcángeles, Principados, Potestades, Virtudes, Dominaciones, tronos, Querubines y Serafines...

Estaba visto que, en lo referente a seres los alados, la más tonta era yo.

—Los serafines son los ángeles del amor, de la luz y del fuego, y además son los más guapos. Tienen tres pares de alas para taparse la cara, porque su belleza solo la puede ver Dios.

Se paró para tomar aliento, se le notaba que el tema le fascinaba. Miguel y Hugo le miraban tiernamente. La médium me empezó otra vez a dar asco. Pero ella siguió a lo suyo.

—Los querubines representan la plenitud del conocimiento, uno tiene cara de toro, y simboliza la fuerza; otro de hombre, simboliza la sabiduría; otro de águila, simboliza la majestad; y otro de león, que simboliza el poder.

—Vaya, pues ahora te quedan solo los tronos.

No se enteró de mi mala baba.

—Los tronos son los espíritus de las estrellas. Está el Ángel Solar, el Ángel de la Tierra, Focalor, Murmur, Nelchael y Raziel.

Después me miró altanera, como diciendo, «te jodes, mona».

Así que, resignada, respiré para coger fuerzas, porque me esperaba una turrada espectacular sobre todos los tipos de seres volátiles que pueblan el Más Allá.

Pero, de pronto, empezaron a sonar unas campanas.

Miguel y Hugo se pusieron de pie.

Habló Miguel.

—Ha llegado el momento. Enseguida entraremos en el tiempo sin tiempo.

Hacedme caso y estad tranquilas. Todo va a salir bien.

Aquel discurso, si soy sincera, no me tranquilizó mucho. Eso decían en las películas cuando los protagonistas las iban a pasar canutas. Había esperado otra cosa de un arcángel.

Sin embargo, Kiwi y yo les imitamos, y nos pusimos de pies.

Miguel abrió la marcha.

La procesión que formábamos debía ser muy rara, un arcángel, con alas y todo, un templario, bastante descolorido como corresponde a un fantasma, y dos palurdas.

Si no fuera porque nos íbamos a enfrentar a los Espíritus Malignos, era como para echarse a reír.

Y andando por aquel pasillo en fila india, me di cuenta del silencio profundo que reinaba en el tiempo sin tiempo.

La aventura estaba en marcha.

## CAPÍTULO X

El silencio era tan profundo y espeso, que hacía daño. Sin embargo todas las luces del hotel estaban encendidas, como si se fuera a celebrar un acontecimiento muy especial.

Bajamos las escaleras que conducían al vestíbulo.

Allí no había nadie, solo las luces y aquel silencio tan extraño.

Entramos en el comedor. Tantas mesas vacías, solas, bajo tanta luz, daban miedo. Era como el Overlook aquel de la película de Kubrick, El Resplandor. Y me estremecí.

La bodega o la cripta, como se prefiera, estaba al final de la sala, y Miguel, que iba a la cabeza de la procesión, se fue hacia allí derecho.

Llegamos, y Hugo y Miguel atravesaron la hoja de madera como si fuera de aire.

Y entonces pensé otra vez que me iba a desmayar de pánico. Ahora en el comedor desierto e iluminado como para una fiesta, estábamos solas Kiwi y yo. Los espíritus malignos lo iban a tener muy fácil.

Pero oímos una voz que gritaba:

—¡Venga! ¡A qué esperáis! ¡Pegaros a la puerta para que os pasemos al otro lado!

Era Hugo impaciente.

Enseguida nos pegamos tanto a la dichosa puerta, que parecíamos dos calcomanías extrañas.

Entonces las dos sentimos que algo nos succionaba, y en un segundo estuvimos al otro lado.

Unas escaleras de caracol, que daban mucho sabor a un ambiente tan gótico, conducían hasta la cripta. La bodega, igual que el hotel, tenía todas las bombillas encendidas.

Miguel otra vez abrió la marcha. Tuvimos que bajar bastante. Por fin llegamos.

La bodega era muy grande, rectangular, con un montón de columnas y una bóveda altísima. Parecía la Mezquita de Córdoba en enano. Todas las paredes estaban recubiertas de estanterías, llenas hasta a arriba de botellas. De tramo en tramo, había carteles indicando el nombre de los vinos, la denominación de origen, la añada. Una mesa enorme de roble ocupaba el fondo, estaba llena de papeles, catavinos, sacacorchos y cosas de esas.

—Bueno, ya hemos llegado, ahora estamos en sagrado.

Miguel parecía tan tranquilo. Le miré las alas, seguían estando impecables a pesar del descenso por una escalera estrecha y junto a unas paredes mohosas.

La voz de Kiwi hizo que me olvidara de pensamientos tan frívolos.

—¿Por qué dices eso?

—¿El qué?

—Eso de que estamos en sagrado.

—Mirad debajo de la mesa.

Miramos.

Y como si fuera una alfombra, vimos tres losas en el suelo, eran muy sencillas, solo estaban adornadas con la cruz paté.

Ahora fue Hugo el cicerone.

—Mirad en el techo, justo encima de las tumbas.

Tres cabezas de templario nos contemplaban.

Y entonces pregunté a Hugo:

—¿Cuál es tu sepultura?

Kiwi miró a Hugo tan interesada como yo.

—Pues, si os digo la verdad, no tengo ni idea. En aquel momento yo no estaba para nada.

Y Hugo y Miguel se rieron con carcajadas tan tremendas, que todas las botellas de la bodega empezaron a tintinear como si hubiera habido un terremoto. Esperamos con cara de palo a que se calmaran, nosotras no le habíamos encontrado la gracia al comentario, más bien nos había aterrorizado un poquito más.

—Bueno, bueno, que no cunda el pánico. Ahora tenemos que encontrar la reliquia.

Miguel estaba disfrutando.

Kiwi fue la primera en hacer una aportación.

—Creo que ya sé dónde puede estar.

Sentí una alegría inmensa, quería salir de allí cuanto antes.

—Esos vinos de la derecha no tienen ningún cartel que los identifique.

—¿Y?

La médium me estaba resultando muy poco original.

—Pues que por algo será. No sé, igual me equivoco, pero es una manera de empezar a buscar, de empezar por algo.

Me acerqué a la estantería y cogí una de las botellas.

Me quedé perpleja.

—¡Es el vino que hacen en Caravaca! ¡Mirad, las botellas llevan la Cruz de Caravaca en la etiqueta!

—¡Ya os lo decía yo, ya os lo decía yo!

Kiwi estaba exultante, levantó dos botellas de aquellas en señal de triunfo.

Sin embargo, ni Miguel, ni Hugo, mostraron ninguna sorpresa.

—¿Qué?

Pregunté en mal tono. No entendía el escepticismo de los dos y a mí me gusta entender lo que está pasando.

Silencio.

—Que, ¿qué?

Francamente mosqueada.

Por fin habló Hugo.

—Es demasiado obvio.

—No comprendo.

—Que es demasiado fácil.

Pero Kiwi no se quería dar por vencida.

—¿Entonces que hace el vino de Caravaca aquí?

—Guapísima, esto es una bodega de vinos, no sé si os habéis dado cuenta.

El tono, aquel «guapísima», bastante machista por cierto, y el comentario final, que Miguel dijo casi sin mirarnos, me ofendieron.

—Me alegro de que nos hayas descubierto el enigma, yo creía que estábamos en un parque temático a juzgar por la pinta que tienes.

Kiwi sonrió agradeciéndome la mala baba.

Y Miguel reaccionó.

—Perdonad, es que no se me ocurre dónde puede estar la reliquia y eso me pone nervioso.

Nos quedamos todos callados mirando las botellas, el suelo, las paredes, todo.

Y entonces Kiwi pego un grito con respingo incluido.

—¡¡Mirad!!

—¿¿Qué?? —grité.

—¡¡Mirad!!

El dedo índice de Kiwi señalaba una de las alas de Miguel.

Aquello era muy extraño, las plumas del ala izquierda se movían suavemente, como mecidas por el viento. Se suponía que estábamos en un sótano sin salidas al exterior.

Hugo se acercó a Miguel para comprobar de cerca el fenómeno.

—¡Es verdad! Aquí dentro hay una salida a alguna parte.

Kiwi machacona:

—Y tiene que ver con las botellas de Caravaca.

—¿Siempre es así de terca?

Hugo parecía divertido.

—Mucho más, ¡si yo te contara!

Pero Miguel ya no hacía caso de nuestras bromas y había empezado a sacar las dichas botellas de su agujero.

De pronto, una ráfaga de aire entró en la bodega. En aquel momento se oyó un clic, se encendió un foco que estaba sobre la mesa de roble, y aquel foco iluminó una especie de calavera diminuta de templario, estaba arriba, en un rincón de la bóveda del techo.

Hugo dijo con emoción:

—¡Es un bafomet!

Miguel no pareció escucharle.

—¡Ahí está la reliquia, seguro!

Kiwi se iba a desmayar de satisfacción, por fin quedaba demostrado que ella tenía razón, las botellas de Caravaca eran la pista.

Pero el bafomet estaba tan alto, que era casi imposible alcanzarlo.

Sin embargo Miguel sonreía.

—¡Qué simples y que tontos son! Hugo, ¿has comprendido?

Hugo dijo que no con la cabeza.

Y nosotras también.

—Escuchad, creo que han hecho una abertura en la bodega para acceder directamente al garaje particular del hotel, por si vuestra Matilde tiene que salir corriendo. ¡Eso es malísimo para los vinos!

Miramos sorprendidas a Miguel, no podíamos imaginar que los arcángeles fueran entendidos en vinos.

Y enseguida, nos acercamos al ventanuco que estaba tras las botellas de Caravaca para ver qué se veía desde allí. Miguel tenía razón, era el garaje.

—Vale, y qué más nos da si es el garaje, ¿cómo llegamos hasta allí arriba?

Hugo y Kiwi movieron la cabeza aprobando mi sabia pregunta.

—Dentro de las botellas tiene que haber bastoncillos extensibles que permitan alcanzar el bafomet.

Antes de que terminara de hablar, Kiwi y yo, armadas de unos sacacorchos que había sobre la mesa, nos dispusimos a descorchar las botellas.

—¡Quietas! En cuanto abráis una, sabrán que estamos aquí. Lo más probable es que las botellas escondan algún mecanismo que les avise de nuestra presencia.

—Pero estamos en sagrado y eso nos protege, ¿no?

Lo dije para chincharle por el «guapísima de antes».

—A medias.

Me asusté.

—Aquí estamos seguros, así que esperarán fuera. Hugo y yo podemos esfumarnos, pero ¿vosotras?

—¡¡Ay ama!!

Empecé a ponerme mala, miré a Kiwi pidiendo socorro, pero ella estaba a otra cosa.

—Tengo la solución. Ya sé cómo podemos llegar hasta la bóveda.

Kiwi volvía a jugar a ser la más lista.

—Que Miguel vuele hasta ahí arriba y coja la reliquia.

Esta vez tuve que admitir que era la más espabilada del grupo, esa solución tan sencilla no se nos había ocurrido a ninguno.

—Pues allá voy, luego partiré la reliquia en dos con mi espada y os daré una parte a cada una, así estaréis protegidas. Una vez fuera de este antro, y vosotras sanas y salvas, tú nos tragarás a Hugo y a mí para que recuperemos el Lignum Crucis, Hugo y yo nos lo repartiremos.

—¿¿Qué??

Hugo estaba encantado, había pensado que, como Miguel era un arcángel, se iba a quedar él solo con la reliquia.

Kiwi bramaba.

—Pero ¿qué te has creído?! ¡¡Cómo me voy a tragar a un templario y, además, a un arcángel con alas, coraza, espada y todo!!

—Bueno, tienes razón, la espada la dejo fuera.

Hugo rio la gracia del jefe.

—¡¡No pienso tragaros!!

Sin embargo todos sabíamos que lo iba a hacer.

Yo, entre tanto lío, andaba dándole vueltas a la cabeza a algo que me preocupaba.

—Está bien, cogemos un trozo de reliquia cada una, ¿y luego?

Miguel y Hugo se miraron, y el arcángel fue el terrible mensajero.

—De acuerdo. Hay peligro. Aquí dentro no puede pasaros nada, ya os le he dicho antes, estamos en sagrado, pero, en cuanto salgamos, ellos os estarán esperando y nosotros no podremos ayudaros...

—¿Entonces?

Hugo intervino para complicar un poco.

—Además hay algo que no os hemos dicho...

—¿Qué?

No podía ser verdad lo que estaba oyendo, no podía ser verdad que Hugo no nos hubiera enseñado todas las cartas, miré a Kiwi, estaba más pálida que Hugo. Quise gritar que nos habían manipulado, pero no me salía la voz, yo también me había quedado sin sangre.

Miguel tomó la palabra, temiendo que nos diera un síncope.

—Bueno, bueno, tengo todo bajo control. Confiad en mí. No va a pasaros nada, ya os he dicho que la reliquia os protegerá.

Kiwi preguntó con vocecita de ultratumba:

—¿Por qué no podrás ayudarnos? ¿No eres un ángel?

—Perdona, un arcángel.

—Más a mi favor.

—No podré ayudaros, porque vosotras mismas os tendréis que librar de los diablos, constituye un elemento esencial de vuestra libertad.

—Ja.

Esa era yo, me había recuperado un poco y no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Bueno, tened confianza en mí, ¿vale?, haced un acto de fe, todo va a salir bien. Desde que empiecen a sonar las campanas, que marcan el final del tiempo sin tiempo, hasta que oigamos la última campanada, los diablos perderán parte de su fuerza. Cuando llegue el momento os daré instrucciones. Ahora tenéis que estar tranquilas.

Sin embargo yo quería saber lo que nos esperaba, así que insistí.

—¿Qué es eso que no nos habéis dicho?

Pero Miguel me dejó con la pregunta en la boca, pegó un brinco y se fue hasta la bóveda volando como un águila real.

El espectáculo era tan bello, que nos olvidamos del horror que nos esperaba. Miguel ascendió majestuoso, ligero, elegante.

Cuando estuvo arriba, abrió la imagen aquella, y nos hizo un gesto de triunfo, allí estaba el Lignum Crucis.

Entonces Kiwi gritó:

—¡Parece un helicóptero!

Y era verdad, aleteando en el aire para mantenerse en el vacío sin avanzar, recordaba a los helicópteros de vigilancia cuando se quedan suspendidos sobre un objetivo.

Bajó Miguel con la misma elegancia de antes y los tres nos acercamos para ver si la reliquia estaba ahí, como habíamos supuesto. Y sí, allí estaba. La verdad es que no tenía nada de particular, parecía un trozo de madera vieja. Pero él enseguida nos apartó, la colocó sobre la mesa y, con un golpe seco de la espada, la cortó en dos, luego nos entregó una parte a cada una.

Nos quedamos los cuatro en silencio.

Y en aquel momento, por el ventanuco que daba al garaje, entró un murciélago pequeño. Kiwi y yo gritamos como dos poseídas y nos protegimos la cara con los brazos.

El murciélago revoloteó por toda la bodega y, unos segundos después, se fue otra vez por la ventana.

—Creo que ya están ahí.

La voz de Miguel me resulto siniestra.

—Voy a salir a ver qué pasa. Hugo, tú quédate aquí con ellas. No tardaré mucho.

Y enseguida Miguel se convirtió en una columna de humo rojo brillante y desapareció no sé por dónde.

Pasaron unos cuantos minutos y Miguel no venía. Hugo volvió a ser el director de la operación.

—Está será la última vez que nos reunamos. Así que vamos a aprovechar el tiempo que falta, hasta que venga Miguel, para que me preguntes sobre lo que te queda por saber de la Orden del Temple.

Kiwi, entonces, se fue a un rincón resguardado de la bodega y se acurrucó allí.

—Me parece una buena idea. Charlar todo lo que queráis, yo voy a intentar dormir un poco. Hoy me he levantado temprano y quiero descansar para estar bien relajada cuando me toque tragarnos a los dos.

Kiwi se empezó a acurrucar y a mí me entraron ganas de llorar.

—Hugo, ¿ya no te voy a ver más?

Tenía un nudo muy gordo en la garganta.

—Escucha, no lo sé, pero quiero cumplir la promesa que te hice y este es un buen momento. Además es necesario que cuentes a los de tu mundo lo que yo te he contado. ¡Ya basta de que las difamaciones de Felipe de Francia sigan funcionando y se hable de nosotros solo para contar historias macabras y morbosas! Y ahora, venga,

no perdamos el tiempo, pregunta.

Me quedé muda, la idea de perder a Hugo para siempre me atormentaba.

—Bueno, tendré que ser yo el que tome la iniciativa.

Y todavía con la garganta llena de lágrimas, no pude contestarle.

—Está bien, te hablaré de Dante Alighieri y su «Divina Comedia». Algunos dijeron que Dante estaba en París el 18 de marzo de 1314, cuando Jaime de Molay y Godofredo de Charney fueron quemados, también se dijo que Dante presenció su muerte, e, incluso, que tuvo que ver con ella y la desaparición de nuestra Orden.

Me olvidé un poco de mi pena.

—¿Por qué iba a querer Dante acabar con el Temple?

—Porque Molay, el Gran Maestro, se había alejado de la Verdad Perennis y la Orden se había corrompido por dinero y poder.

—¿Dante hizo todo eso?

—No, lo que pasa es que sí es verdad que fue una de las más altas jerarquías de la Fede Santa. Y eso da lugar a muchas especulaciones.

—No sé que es la Fede Santa.

—La Fede Santa era una Orden Tercera de filiación templaria.

—Pues me dejas igual.

—Muchas órdenes religiosas tienen órdenes terceras, es decir, congregaciones de seglares que no quieren acogerse al rigor del monasterio.

—Ya entiendo.

—Te dirán que los seguidores de la Fede Santa heredaron nuestros conocimientos iniciáticos. Además también oirás que escribían versos y que se agruparon en la escuela de «los Fieles del Amor». Algo parecido a lo que ocurrió con la poesía persa sufí.

—Espera, eso me suena más. ¿No tiene algo que ver con la llamada, lengua de los dioses o los pájaros?

—Veo que empiezas a despertarte. Eso es, estaríamos hablando de la «lengua sagrada». Es decir, una lengua universal, imagen de la lengua original. El poeta, en este caso Dante, se convierte en intérprete de esa «lengua sagrada», es el vate, el que tiene inspiración y el don de la profecía. A través de la «lengua sagrada» se transparenta el Verbo divino.

—Un poco complicado, por decir algo.

—Tú te dedicas a escribir, ¿no?

—Ya sabes que sí.

—Pues escucha esto.

Hizo una pausa larga y luego se puso a recitar despacio, paladeando cada palabra como solía hacer cuando recitaba.

Le contesté:

*Yo soy uno que,  
cuando Amor me dicta, escribo, y el acento*

*que dicta dentro voy significando.*

Me quedé callada.

—¿En qué piensas?

—En que alguna vez, solo alguna vez, he tenido la sensación física de escribir al dictado de una voz superior, de algo hermoso que me guiaba desde muy dentro.

Sonrió.

—Entonces por lo menos intuyes de lo que te estoy hablando.

—Creo que sí. Pero, te confesaré una cosa, esa sensación íntima y profunda me ha ocurrido también con la música.

—Efectivamente. La música nos puede llevar a conocer el orden del universo, el plan divino. Pero no te equivoques, he dicho que nos puede llevar, no que necesariamente nos lleve.

—No te entiendo.

—Quiero decir, que para alcanzar la verdad más profunda que habita en lo más profundo de nosotros, que para alcanzar la verdad que encierran los números, la música o la poesía, hay que recorrer un largo camino.

—Y eso nos cuenta Dante en la Divina Comedia.

—Sí. La Divina Comedia es una alegoría metafísico-esotérica, que muestra las diferentes fases por las que pasa la conciencia del iniciado para alcanzar la inmortalidad.

—Explícate mejor.

—Mira, cada «cielo» de Dante representaría un grado de iniciación. El Infierno simboliza el mundo profano, el Purgatorio comprende las pruebas iniciáticas y el Cielo es la morada de los Perfectos.

—¿Y quiénes son los Perfectos?

—Aquellos que alcanzan el grado máximo de inteligencia y amor. ¿No has oído hablar del «Cuore Gentile»?

—La verdad es que no.

—El «Cuore Gentile» de los miembros de la Fede Santa es el corazón purificado, vacío de objetos exteriores y preparado para recibir la iluminación interior.

—¿Todo esto tiene que ver con vuestras acusaciones de herejía?

—De alguna manera sí.

—¿Y qué pinta ahí la famosa Beatriz de Dante?

—Beatriz sería el aspecto femenino de la deidad, la «Sabiduría divina», el «Intelecto activo» representado por la Madonna, el rayo celeste que une a Dios y a los hombres, y conduce al hombre hasta Dios.

—Espera, espera, espera..., todo eso es muy Templario, muy Bernardo de Claraval, muy Notre Dame, Nuestra Señora.

—Es verdad. Estoy hablando de «Amor» en un sentido superior. San Juan dice, «Dios es Amor».

—¡Viva Dios, Santo Amor!

Me miró en silencio.

—Sí, ya te dije que ese era nuestro grito de combate.

—¿Qué pasa con el último verso de la Divina Comedia?

—Veo que conectas. Designa el «centro divino», «el motor inmóvil», «El Amor que mueve el sol y la estrellas».

Y recitó otra vez despacio, saboreando cada palabra:

*mas a mi voluntad seguir sus huellas,  
como a otra esfera, hizo el amor ardiente  
que mueve al sol y a las demás estrellas.*

No sé por qué, tenía la impresión de ver más claro y, cuanto más claro veía, más y más luz me parecía percibir.

Pero la voz de Hugo rompió aquel raptó místico que amenazaba con arrebatarme el corazón.

—Creo que empiezas a comprender.

Le miré sorprendida, como siempre que leía mis pensamientos.

—Sí, no pongas esa cara de boba, soy un fantasma.

—Ya, ya.

—La región de los cielos, que describe Dante, representa los distintos grados de la iniciación que debe superar el iniciado.

La cara de boba no se me iba.

—A ver, son grados de conocimiento, que están ahí dormidos dentro de cada uno de nosotros, y que pueden ser despertados a través del proceso iniciático.

Empezó a ponerse nervioso. Hugo, había que reconocerlo, tenía muy poca paciencia.

—Pues eso, que los 7 primeros de los 9 cielos de Dante corresponden a las 7 Artes liberales o cosmológicas que representan ciencias sagradas, es decir, que todo verdadero arte es verdadera ciencia.

Debía tener la expresión del más simple de los seres de un *cotolengo* perdido.

Y me gritó:

—¡¡Que todo verdadero arte es verdadera ciencia!!

Aquel griterío me irritó, así que yo también grité:

—¡¡Que no te entiendo ni Pamplona!!

Se quedó pasmado.

—¿A qué viene ahora hablar de Pamplona?

Me dio pena.

—Olvidalo.

Tomó aire y volvió a la carga.

—Iré más despacio. La tradición hermética nos lleva al origen de las artes y de las ciencias entendidas como vehículo de conocimiento. ¿Vale?

—Vale.

—Las ciencias sagradas, teúrgicas y alquímicas, nos hablan de lo sobrenatural, de lo supracósmico. Son vías interiores por las que se revelan al hombre los misterios del Ser, para que me entiendas, son cielos, ángeles, dioses, espíritus intermediarios entre la Deidad Única y el hombre.

—Ya, ya, ya.

—Pareces bastante escéptica.

—Sinceramente no sé qué decirte.

—Entonces escucha hasta el final y luego juzga.

—De acuerdo.

—Las 7 artes se corresponden también con las siete esferas planetarias, o sea, con los 7 planetas, y se dividen en dos grupos.

—Querido, siento decirte que estas muy pasado de moda. Los planetas no son siete ni mucho menos. Para que te enteres, hasta hace poco había nueve planetas, pero ahora son ocho, porque han quitado a Plutón de la lista. Dice La Unión Astronómica Internacional que Plutón es tan pequeño, que no se puede considerar un planeta del Sistema Solar.

Ahora el que tenía cara de bobo era él.

—Pero vamos a ver, los planetas son: Saturno, Júpiter, Marte, Venus, Mercurio, Luna y Sol.

—Pues no, ni la luna ni el sol son planetas. La luna es un satélite y el sol es una estrella.

—Entonces, ¿cuáles son los planetas, según tú?

—Según yo, no, según La Unión Astronómica Internacional. Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno. Y hasta hace nada estaba también Plutón.

Se quedó pensativo un rato, pero enseguida se recuperó de la sorpresa y volvió a lo de antes con la misma terquedad.

—Bueno, es igual, me da lo mismo, digan lo que digan, conceptualmente los 7 planetas están ahí.

—Como tú quieras.

—Y déjame seguir, verás cómo tengo razón.

La verdad es que yo no tenía ganas de discutir, así que obedecí y seguí escuchando.

—Te decía que las 7 artes liberales se corresponden con los siete planetas y se dividen en dos grupos. Bien, el primer grupo, que está formado por las tres esferas más cercanas a la tierra, corresponde al Trivium y está relacionado con las ciencias de la palabra y las letras.

—¡Ah!, eso también me lo sé. Las siete artes liberales en realidad agrupaban todo el saber de vuestra época y estaban divididas en dos grupos: el Trivium, que comprendía la Lógica, la Retórica y la Gramática.

—Lo que yo te decía, la ciencia de la palabra, pero entendiendo Palabra como

símbolo de Idea.

—Será, si tú lo dices. Pero déjame seguir ahora a mí, y el segundo grupo sería el Cuadrivium, que comprendía la Aritmética, la Geometría, la Música y la Astronomía. ¿Qué te parece? ¿Soy una ignorante?

—Parece que no, pero sinceramente no estoy seguro de que entiendas el fondo de la cuestión. Mira, si la Palabra es la Idea, los números son la expresión de principios universales, su estudio despierta la inteligencia a través de la meditación en el conocimiento que ellos revelan, gracias a los números podemos conocer la estructura invisible del cosmos, la Armonía universal, su orden arquetípico...

Puse cara de entender, pero no entendía nada.

—El hombre no ha inventado los números, ni las operaciones numéricas. Al contrario, el ser humano ha sido creado de acuerdo con esas proporciones.

Gracias a Dios intuí por dónde iba para poder seguir pareciéndole un poco lista.

—Me estás hablando de un dios creador geómetra y arquitecto.

—Eso es. En la medida que somos capaces de alcanzar un conocimiento profundo de los números, podemos acercarnos a los planos de la creación, al origen.

—Suenan bastante a masón.

—No te digo que no.

—Supongo entonces que Dante también introdujo elemento numérico en su Divina Comedia.

—Bueno, te diré que no fue una casualidad que usara versos de 11 sílabas, ni estrofas de tres versos. Además, todas las estrofas tienen 33 sílabas.

—¿Y qué significado tiene eso?

—El número 11 siempre ha sido un número simbólico en organizaciones iniciáticas. Sus múltiplos tienen un significado especial. El 22 es el número de letras del alfabeto hebreo; 33 es el número de años de la vida de Cristo...

—Y también es el número de grados de la masonería escocesa.

—Efectivamente, veo que te acuerdas. Pero es que además, 66, en árabe, es el valor numérico del nombre de Alá.

—Por lo que veo, todo son símbolos en Dante.

—Sí, sin embargo ese simbolismo no era nuevo.

—¿De dónde venía?

—El simbolismo de los círculos de Dante está ya en la imagen de la escala, de origen caldeo, y que llegó a nosotros a través de los Misterios de Mitra. Ahí aparecían 7 peldaños, cada uno de un metal diferente, que se correspondían con los 7 planetas y que son los peldaños que debe descender y ascender el iniciado para llegar a la Gran Verdad.

—Con los 7 planetas, que ya no son 7.

—No seas pesada, ya me lo has dicho, pero, como igual mañana vuestros sabios cambian de opinión y deciden que Plutón no es tan pequeño como parece, eso no rompe la simbología.

—Vale.

—Los Fieles del Amor le llamaban a esta escala, «Escala de Kadosh».

—Otra vez estamos con los masones.

—O los masones con los Fieles del Amor, qué más da. Unos y otros creían en un dios creador, geómetra y arquitecto, como tú misma has dicho antes.

—El simbolismo de la escala, entonces, es pagano.

—No del todo, también está en la Biblia. Aparece en la escala de Jacob, que une el cielo y la tierra.

—Bueno y ¿qué hay que hacer con la escala?

—Primero hay que descender a los Infiernos, que están en el centro de la tierra, en nuestro interior, y simboliza las regiones más oscuras, más tenebrosas de nuestra psiquis.

—O sea que primero tenemos que conocernos, llegar al fondo de nosotros mismos, admitir nuestras miserias.

—Más o menos.

—Eso prácticamente es psicoanálisis.

—No sé.

—Sigue.

—Después comenzaremos a ascender a Los Cielos, pero antes atravesaremos las regiones intermedias del Purgatorio, que simbolizan las pruebas iniciáticas necesarias para poder llegar a la cima, a lo más alto, en donde está la Fe, Emunah.

—Y así el iniciado habrá llegado al Paraíso.

—Sí, al Paraíso Terrestre, que se corresponde con el centro del hombre y que queda simbolizado por el Corazón.

—¿Y luego?

—El hombre habrá recuperado el «estado edénico» y, a partir de ahí, podrá elevarse a los estados superiores y suprahumanos del ser.

Me miró y otra vez se puso a recitar como antes:

*Asciende de la Tierra al Cielo,  
desciende de nuevo a la Tierra,  
Y une los poderes de las cosas de arriba  
y de las de abajo.  
De este modo poseerás la gloria  
del mundo entero  
y toda oscuridad se alejará de ti.*

—O sea que la Divina Comedia cuenta todo ese proceso.

—Sí, reproduce lo que en el Arte Alquímico se llama, la «Gran Obra», el proceso de la iniciación.

—Entonces me estás hablando de una alquimia espiritual.

Puso cara de contento.

—Muy bien. La Divina Comedia es el arte supremo de conocerse a sí mismo, a través de un viaje, cuyo secreto está en...

Hizo una pausa y siguió:

—Escucha atentamente ahora.

—Te escucho.

Le miré fijo, fijo, y puse cara de alumna perfecta y pelota.

—Se trata de «materializar el espíritu y espiritualizar la materia». De acuerdo.

—Sí.

Y repitió muy despacio:

—«Materializar el espíritu y espiritualizar la materia».

—Que sí, que te he entendido.

La verdad es que no era del todo verdad, pero me estaba cansando de que me tratara como si fuera verdad que no tenía entendederas.

—Como ves te estoy hablando del «solve et coagula» de la alquimia, ¿comprendes?, «disuelve y coagula».

Mentí como una bellaca.

—Eso mismo te iba a decir ahora, me has quitado las palabras de la boca.

—La alquimia es hermosa. Es amor a la verdad, posibilidad de vivir lo milagroso, de abrir el corazón a nuevas posibilidades, ver más allá de lo que nos parece evidente, ser profundamente, ser de verdad.

Ahora me pareció que veía una chispa de luz.

—Quieres decir que ese es el verdadero significado de la Transmutación de los metales.

—Exacto. Es la transmutación que se da en el interior del alma del iniciado. Ese proceso está simbolizado por el *athanor*, u horno alquímico. Las potencias y las virtudes, que todo ser humano lleva dentro, renacen ayudadas por la pasión contenida, y esa pasión contenida perfecciona y purifica.

—Algo así dice la tradición hindú.

—Bueno, parece que vas conectando. El hinduismo habla de procesos muy parecidos para conseguir el despertar de los chakras.

—Pues ahora te vas a sorprender de lo que sé.

—No creo.

—En la antigua China decían que los hombres debían hacer el amor con muchas mujeres para quedarse con el Yin de sus amantes, que se encontraba en las secreciones sexuales de ellas. Pero para eso era necesario que el hombre no eyaculase, así, se llenaba y se llenaba de energía vital, hasta que esa energía se desbordaba y subía hasta el cerebro a través de la columna vertebral.

Me miró sonriendo con una superioridad asquerosa.

—¿Sabes dónde se cuenta esa historia?

No quise contestar.

—En un manual taoísta, *Clásico de la muchacha sencilla*. Y te diré más, hubo un

alquimista chino, Ge Hong, que escribió un tratado esotérico, *Bao puzi*. El maestro recomienda comer píldoras de oro líquido y cinabrio, si prefieres óxido de mercurio, para fortalecer la esencia vital y alargar la vida.

—Ya veo que no hay forma de sorprenderte.

—De todas maneras, me parece una frivolidad lo que has contado y prefiero volver al tema, no tenemos mucho tiempo.

Me sobresalté, con la conversación me había olvidado completamente de dónde estábamos, me había olvidado de la tropa de diablos que se nos querían zampar. Miré a Kiwi, para envidia de insomnes, roncaba plácidamente en aquel rincón húmedo de la bodega.

—Tienes razón, esa historia es un poco tonta.

—No, tampoco exageres, pero ahora no nos vamos a entretener con dibujos, prefiero ir a lo esencial.

—Vale.

—El fuego del Amor, del que nos habla Dante, hay que mantenerlo equilibrado, cosa que no es fácil. Hay que conseguir que no se apague, pero que tampoco queme.

—Vamos a ver, todo lo que me estás contando quiere decir que cada hombre lleva en su corazón la Verdad Perenne, la Única Verdad, pero que debe encontrarla, ¿no?

—Exacto, exacto, exacto. Por fin has comprendido.

Y me puse roja de satisfacción.

—Pero escucha bien. Para que alguien eche andar por esa senda, es necesario que antes haya tenido la intuición de que existe.

—¿Te refieres a que tiene que recibir la Gracia tal y como yo la estudié en el catecismo?

Hizo un ruido raro, como buscando las palabras adecuadas, pero acabó sin articular nada.

Así que volví a preguntar.

—¿Quieres decir que solo los elegidos pueden intuir la Verdad?

Por fin se decidió.

—De algún modo sí, aunque también es verdad, que todos los hombres son elegidos.

—No eres muy claro.

—Tienes razón.

Pero sentí un cierto alivio, porque el camino de perfección que proponía Hugo me parecía muy duro de andar, y yo tenía pinta de que pertenecía al mogollón de la clase de tropa que no se empana de nada, pobre ser al que la gracia, la intuición primera de la Verdad, no le iba a alcanzar ni por asomo.

—No te hagas ilusiones.

—¿No te entiendo?

—Que sí, como piensas, hasta ahora no has tenido la intuición primera, no quiere decir que te hayas librado, porque hoy yo te he abierto los ojos, así que ya no tienes

excusas para no perseguir la Verdad.

Le miré horrorizada de que me hubiese leído el pensamiento y de pensar que ahora yo debía emprender aquel camino iniciático, que a mí me parecía cosa de santos y seres muy superiores a lo que yo soy.

Las carcajadas de fantasma de Hugo me volvieron a mi ser.

—No te preocupes y deja de poner esa cara de susto. Los caminos del Señor son tortuosos, pero Él es nuestro pastor.

Entonces recité el Salmo 23 para que Hugo viera que no era tan papanatas.

*El Señor es mi pastor,  
nada me falta,  
En lugares de verdes pastos me hace descansar,  
Él restaura mi alma.  
Me guía por senderos de justicia  
por amor de su nombre.*

Hugo sonrió y continuó.

*Aunque pase por el valle de sombra de muerte,  
No temeré mal alguno, porque Tú estás conmigo.*

Los dos nos quedamos en silencio, sentí que el Espíritu de la Verdad, la Verdad Perennis estaba con nosotros.

Luego, volvimos a este mundo.

La voz de Hugo fue suave y tranquilizadora.

—Mira, de momento tú solo tienes una obligación, transmitir todo lo que te estoy contando para que la gente sepa la verdad.

—Ya sabes que lo voy a hacer.

—Bien, volviendo a lo de antes, como te decía, es necesario que el iniciado tenga una primera intuición de que existen otras realidades más allá de las que percibe con los ojos, los oídos, el tacto.

—Por eso, si no te he entendido mal, para buscar más allá, hay que morir primero a nuestras viejas creencias y así podremos bucear en ese otro mundo nuevo.

—Muy, muy, bien.

Le sonreí llena de gratitud por la alabanza.

—El Tarot habla de esa muerte, de ese conocimiento iniciático.

—Pues lo que es en estos tiempos, que yo sepa, solo se usa para una supuesta adivinación.

—Lo sé, igual que ocurre con nosotros, los Templarios.

—Más o menos.

—Sin embargo el código del Tarot recoge la Tradición primordial, esa que todos llevamos dentro. La carta XIII es la que habla de la muerte simbólica para renacer a la Verdad.

—¿Recuerdas lo que quiere decir V.I.T.R.I.O.L.?

—Algo de visita... ¿no?

Hizo el gesto de estar harto de mi falta de memoria y de entendederas, habíamos vuelto a la cruda realidad.

—Quiere decir: Visita el interior de la tierra y rectificando encontrarás la piedra oculta.

—La Piedra Filosofal.

—Eso es, La Verdad que se esconde en nuestro corazón.

—¿Ves cómo al final me acuerdo de las cosas?

Ni contestó.

Me estremecí, una corriente fría había entrado en la bodega por alguna rendija escondida. Nuestra charla se estaba acercando al final.

—Hay quien cree que existen ideas universales y que esas ideas pertenecen a un legado espiritual, arquetípico, atemporal y eterno. Te estoy hablando de la Sabiduría universal que le ha sido revelada al hombre por la Deidad para que reconozca su verdadera identidad suprahumana. Estas culturas tradicionales guardan la Sabiduría Universal, la Gran tradición Primordial.

—Pues cuando cuente eso, las carcajadas se van a oír en la luna.

—Es posible, vivís una época oscura, todo se puede comprar, el espíritu no existe, pero la gente está hambrienta de espiritualidad.

—No te digo que no, la película el «Gran silencio», un documental que refleja la vida de los monjes trapenses, fue un éxito de taquilla en toda Europa.

—Es verdad que la humanidad atraviesa un túnel oscuro, pero la Sabiduría Universal no puede perderse, sigue estando ahí, oculta a vuestros ojos, pero la volveréis a reencontrar.

—¿Y dónde está?

—Los pueblos de la antigüedad conocían esta verdad.

—¿Cómo lo sabes?

—Fíjate en sus ritos, en sus mitos, en sus símbolos, que les ponían en contacto con el misterio.

—Me estás hablando de la tradición hermética.

—Sí.

—Déjame que te cuente lo que sé. Los griegos adoptan al Hermes egipcio. Hermes era el mensajero, el intérprete de lo divino, el que guía al hombre, es el intermediario entre el cielo y la tierra. Luego los romanos le llamaron Mercurio.

—Y a Cristo se le asocia con el Mercurio solar. Nosotros, los Templarios, seríamos los depositarios del esoterismo cristiano y estaríamos en contacto con doctrinas orientales parecidas, como el sufismo.

—No sigas, lo voy a decir yo. Cuando desaparecéis en 1314, les pasáis la antorcha a la Fede Santa y a los Fieles de Amor.

—No está del todo mal, se podría puntualizar más, pero es suficiente.

Escucha.

—La verdad brillaba en el estado edénico, pero, tras la caída, el hombre perdió conciencia de su unidad, se alejó de su centro original, que está simbolizado por el corazón.

—¿El Grial?

—Por qué no. El corazón es símbolo del recipiente donde se guarda la Verdad, la única Verdad.

Se calló y me miró a los ojos.

—Eso dice el poeta.

—¿Qué poeta?

—Dante Alighieri.

—Reconozco que no he leído nada de Dante.

—«Todo el Universo no es sino una sombra de la bondad divina».

—Y nosotros debemos andar el camino que conduce a la Luz.

—Sí, cada uno a su manera.

Pero entonces, un ruido extraño y envolvente retumbó en la bodega. Era como si las olas de mil mares se rompieran contra las paredes.

Hugo se puso tenso, comprendí que nuestras charlas se habían acabado, quizás para siempre.

Kiwi vino hacia nosotros sin hacer ruido. Se había levantado de su rincón y no nos habíamos dado cuenta. Cuando la vi allí, lancé un grito agudo, ridículo, porque Kiwi parecía sonámbula.

Hugo le cogió de los hombros y suavemente le soplo en la frente. Entonces empezó a despertar.

—Ya han llegado, están ahí.

La voz de Kiwi venía de ultratumba y Hugo le volvió a soplar en la frente para hacerle volver en sí.

Y yo me di mucha pena. A mí, nadie me soplaba con dulzura, nadie me hacía ni caso, estaba aterrada, rígida, parálitica, y sola.

Enseguida una columna de humo rojo, parecida a un tornado de Agata Ruiz de la Prada, surgió en el centro de la bodega y un olor raro, dulce, muy dulce, se extendió por el aire.

Kiwi y yo nos quedamos pasmadas mirando aquello. La cosa esa se reflejaba en las botellas y parecía que estábamos rodeadas de montones de velas rojas, como si fuésemos a celebrar una cena íntima.

Me recuperé enseguida. De cena íntima nada, en todo caso, nosotros íbamos a servir de merienda a los seres malignos que nos esperaban.

Se esfumó el tornado de colores y apareció Miguel. La majestad de las alas desplegadas, el brillo de la espada y la coraza, contrastaban con su cara de mala leche. En cuanto plantó los pies en el suelo, le miró a Hugo y dijo:

—Ya han llegado, están allí.

Parecía que le había oído a Kiwi.

Pero luego siguió.

—Ha venido también él.

—Me lo temía.

Nosotras entonces preguntamos a coro con voz trémula.

—¿Quién?

Silencio.

Por fin habló Hugo.

—Bueno, no os asustéis, pero Satán ha querido participar de la fiesta.

Otra vez nos quedamos sin sangre.

Miguel le cortó, quiso suavizar las cosas.

—Y no sabéis como está de guapa vuestra Matilde. Lleva una capa negra y anda por ahí dando saltos sobre sus patas de cabra.

Aquí las dos soltamos un alarido.

—¿Qué pasa? ¿Si está ridícula? Hace hasta gracia.

—¡¡Patas de cabra!! ¡¡Es lo peor que nos podía pasar!! ¡Yo no salgo!

Kiwi me daba la razón sin abrir la boca y diciendo que sí con la cabeza.

Entonces Miguel se puso furioso.

—Os digo que está ahí fuera Satán, Luzbel, el Diablo, y me escucháis sin decir palabra, comento luego, para desdramatizar y que os riais un poco, que Matilde tiene patas de cabra, y entráis en una especie de raptó histérico. No entiendo nada. Sois unas simples, francamente, me indigna tanta frivolidad, tanta estupidez, tanta...

Hugo intervino y cortó la bronca.

—Vale, vamos a calmarnos todos. Casi no hay tiempo. Dentro de nada empezarán a sonar las campanadas que marcarán el fin del tiempo sin tiempo y tenemos que organizar la salida.

Las palabras de Hugo nos hicieron entrar en razón a los tres.

En silencio, nos sentamos todos en el suelo. Kiwi y yo mirábamos a Miguel como dos niñas que están esperando las instrucciones del hada madrina. Las caras de Hugo y Miguel estaban tan serias, que no ayudaban nada a darnos tranquilidad.

Había llegado la hora de verdad y yo no sabía si iba a estar a la altura de las circunstancias. Mejor dicho, pensaba que no iba a estar en absoluto a la altura de las circunstancias. Vamos que iba a hacer el ridículo más espantoso. Y eso era lo más suave que podía hacer.

## CAPÍTULO XI

Miguel tomó la palabra:

—Bueno, ¿os acordáis de la Divina Comedia de Dante?

Nos quedamos calladas.

—No te esfuerces, no saben nada de nada.

Hugo terminó el comentario con una risita despectiva.

Como el horno no estaba para bollos dadas las circunstancias, no hicimos el esfuerzo de contestar.

—Vale, os haré un resumen.

Y tampoco dijimos ni pío, aunque mi mente, ofuscada por la niebla del miedo pánico que sentía ante lo que nos esperaba, me mandó un mensaje que más o menos traduje como, y a nosotras qué coño, con perdón, nos importan la Divina Comedia y el Dante ese.

Hugo me clavó una mirada iracunda, porque había adivinado mis pensamientos. Pero Miguel ya había empezado su discurso.

—Dante tituló su obra, «Comedia», y luego fue la crítica, la que, en el siglo XVI, le dio el nombre de Divina, posiblemente porque Dante decía que era un poema sacro.

Pues que bien, pensé.

—Dante empezó a escribir el poema en el año 1307. ¿No os dice nada esa fecha?

Aquí tuve que demostrar mis conocimientos, si no Hugo me tritura.

—Fue el año que encarcelaron a los Templarios.

—Muy bien. Y terminó de escribir su obra en 1321, el mismo año de su muerte. Hay quien dice que el fantasma de Dante se apareció a uno de sus hijos y le indicó dónde guardaba los últimos cantos.

Nos miró para ver si nos había impresionado, pero vio que no había tenido éxito.

—Bueno, iré al grano. La Divina Comedia, simplificando mucho, es un paseo por «el Más Allá». Dante visita los tres reinos de ese mundo: el Infierno y el Purgatorio, acompañado de Virgilio, y el Paraíso, de la mano de Beatriz...

La voz temblorosa de Kiwi cortó al narrador.

—Mira, no te ofendas, pero sería mejor que fueras al grano, yo no tengo la cabeza para escuchar ahora una clase de literatura.

—De acuerdo. Dentro de poco empezarán a sonar las campanas y saldremos de aquí. Vosotras, igual que Dante, entraréis en el Infierno y también, si vencéis todas las pruebas, moriréis simbólicamente y saldréis de él purificadas.

—¡Espera, espera, espera! ¿Qué es eso de que entraremos en el Infierno?

Lo mío había sido un alarido, pero, mientras gritaba, me di cuenta de que Miguel y Hugo se miraban. Después Miguel le hizo un gesto con la cabeza a Hugo, como diciéndole: adelante.

—En fin hay algo que no os hemos dicho.

A Hugo le salió la voz un poco temblona.

—Eso ya nos lo habíais dicho antes.

—Bueno, vais a tener que pasar unas pruebas.

—¿Y si no vencemos las pruebas?

Kiwi apoyando:

—¡¡Yo no voy a pasar ninguna prueba!! ¡¡No tengo ninguna necesidad de purificarme de nada!!

Las dos éramos un chirrido francamente desagradable e histérico.

Miguel tomó la palabra.

—Haced el favor de calmaros y escuchad. No hay otra manera de que salgáis de aquí. O las pruebas o los diablos. Es lo que hay. Así que dejar de gritar y escuchadme. Os voy a contar lo que os espera y todo resultará más fácil.

Ante tal ausencia de alternativas, entramos en escucha activa.

—El Infierno es un cono invertido, que se hunde en las entrañas de la tierra. En lo más oscuro y profundo del cono vive Lucifer, pero hasta llegar ahí, hay que recorrer un largo camino.

Le miramos sin atrevernos a decir nada.

—La boca del Infierno, del Orco, por la que entraréis a ese reino de la muerte, está en una selva oscura. Esa selva es el mundo del pecado, es el mundo de la confusión. Los diablos os están esperando allí.

Empecé a sentir que me quedaba sin aire.

Pero Miguel seguía su discurso poniéndonos en situación.

—Primero os encontraréis con un vestíbulo, que rodea al abismo, de alguna manera forma parte del primer círculo.

—¿Y cuántos círculos tiene el Infierno?

La vocecita de Kiwi daba pena, me daba cuenta hasta yo, a pesar del miedo.

—Nueve.

Nuestras voces se confundieron en otro alarido de aquellos.

Miguel no nos hizo ni caso y siguió a lo suyo.

—En ese vestíbulo están las almas de los indiferentes, de los que nunca se decidieron ni por el bien, ni por el mal.

Y recitó:

—«Porque eres tibio te arrojaré de mi boca».

—No te esfuerces, no conocen la Biblia, ya te lo he dicho antes, no conocen nada de nada.

La risita de Hugo me pareció tan fuera de lugar, que pensé que él estaba también de los nervios, no era el momento de hacer comentarios sarcásticos, me parece a mí.

—Así de idiota está el mundo. En fin. Cuando dejéis el vestíbulo, atravesaréis un río subterráneo, llamado Aqueronte, y empezareis el descenso por los nueve círculos, que se van haciendo más estrechos a medida que os acerquéis al fondo del abismo.

Otra vez un murciélago enano entró por el ventanuco que daba al garaje del hotel, revoloteó sobre nuestras cabezas y salió por el mismo sitio.

—Se va acercando la hora, Miguel, resume que no nos va a dar tiempo.

Sí, Hugo estaba nervioso.

—Bien, el primer círculo es el Limbo, ahí están las almas de los niños no bautizados y de los justos que no conocieron al verdadero Dios.

—Ha dicho el Papa que el Limbo ya no existe.

Mi voz sonó triunfante de poder rebatirle algo.

—Claro que no existe, ni el Infierno tal y como os lo estoy describiendo, pero ellos van a montar el escenario de Dante, porque piensan que es el Infierno que vosotras os imagináis.

—Los infelices no saben que sois unas ignorantes.

Miguel le cortó a Hugo, que además de nervioso estaba hecho un plomo y siguió.

—En los círculos del segundo al quinto, se castiga la lujuria, la gula, la avaricia, el derroche, la ira y la acidia.

—¿La acidia?

No sé cómo tenía ganas de enriquecer mi vocabulario.

—Pereza, flojedad, y hasta tristeza y angustia.

—Ah, en mi vida había oído esa palabra.

—Vale. A medida que se descende por el cono, los pecados son más graves. En el sexto círculo, penan los herejes; en el séptimo, los violentos; en el octavo, los fraudulentos en todas sus variedades; y en el noveno a los traidores. Es el punto más alejado del Empireo o reino de Dios.

—¿Y dónde está Lucifer?

Soy curiosa hasta en circunstancias como esa.

—Allí, en el fondo del abismo. Lucifer es prácticamente una contrafigura de la Santísima Trinidad. Está hundido hasta la cintura en un agujero abierto en el centro del lago helado que le rodea. El agujero está conectado con una esfera pequeña que es el centro de la Tierra. ¿Comprendéis?

Seguimos quietas y mudas, como si la cosa no fuese con nosotras.

—Pues que, para escapar del Infierno, tendréis que deslizaros por el cuerpo de Satán, llegar a esa esfera que conecta con el centro de la Tierra, subir por ella y volver así a casa.

Kiwi empezó a reírse con unas carcajadas que daban pavor, y yo le comprendía, la excursión esa por el cuerpo de Lucifer le había enloquecido, y a mí me faltaba muy poco para volverme como ella.

De pronto se oyó una campanada.

Hugo y Miguel muy tensos corrieron hacia la puerta gritando que nos veríamos en el aparcamiento, y nosotras también corrimos detrás de ellos.

Un segundo después, la puerta se abrió, Hugo y Miguel desaparecieron, y nosotras, como dos panolis, nos encontramos en la puerta del Infierno aferradas a

nuestra reliquia.

Como nos había anunciado Miguel, delante de nosotras se extendía una selva oscura, con árboles oscuros, con hierbajos oscuros y envuelta en aire oscuro, porque una neblina muy extraña lo cubría todo.

Yo estaba petrificada, pero Kiwi me dio un empujón y, agarrada de su mano, nos internamos en aquel lugar siniestro.

Estuvimos andando un buen rato sin saber hacia dónde íbamos. Y de pronto vimos un claro entre los árboles.

—Es el vestíbulo que nos ha dicho Miguel.

Kiwi hablaba muy bajo, porque el silencio era total.

—¿Cómo lo sabes?

—Mira aquellas sombras.

Afiné la vista y entonces los vi. Eran hombres y mujeres que vagaban como almas en pena. Silenciosos, la mirada perdida, grises, pensé que estaban hechos de aquella niebla tan rara. Se movían en círculos en el claro del bosque, pero parecía que ninguno de ellos veía a los demás, sin embargo no se tropezaban. Yo, que tenía la cabeza para poca cosa, no me acordaba de cuál había sido el pecado de los del vestíbulo, y se lo pregunté a Kiwi hablando muy bajito.

—Son los indiferentes, ¿no te acuerdas?, los que nunca tomaron partido ni por el bien, ni por el mal.

—¿Los que se lavan las manos, como Poncio Pilatos?

—Creo que sí.

—Pues de eso hay un montón en el mundo.

—Di mejor que somos un montón, porque desgraciadamente todos nos lavamos las manos demasiadas veces.

No era el momento de discutir, así que me callé, además el dedo de Kiwi me indicaba algo.

—Por allí creo que está el río subterráneo.

—El Aqueronte.

Cosas que pasan, ese nombre tan raro sí se me había quedado.

—Sí.

Efectivamente, se notaba la presencia del río porque la tierra estaba muy húmeda, había helechos gigantes y negros, y grandes charcas de agua oscura.

No sé cómo tuvimos valor, pero atravesamos el río sobre una especie de balsa que encontramos y, enseguida, nos dimos cuenta de que estábamos en el primer círculo del Infierno. Empezamos a descender por aquella cuesta que giraba alrededor de un abismo inmenso.

Miré alrededor sorprendida, por todos los lados había niños muy pequeños. No parecían ni tristes, ni alegres. Cada uno se entretenía como podía, haciendo

montoncitos de tierra, chupándose el dedo, gateando despacio, pero sin ninguna expresión en la cara, lo que se dice sin pena, ni gloria.

—Estamos en el limbo.

Después de la información de mi guía turística, me aclaré un poco.

—Pero ¿quiénes son aquellos?

Y señalé a Kiwi unos caballeros con aspecto sesudo, que paseaban tranquilos, con la misma expresión idiota que los niños.

—Podías haber escuchado a Miguel con más atención, son los hombres justos que no han conocido al verdadero Dios.

Tenía razón, debía haber estado más atenta. Respiré hondo. Me iba tranquilizando, y yo creo que Kiwi también, por allí no había ningún diablo con cuernos y rabo, y empezaba a pensar que, al final, todo se iba a quedar en un paseo muy curioso.

De pronto, uno de aquellos caballeros se nos acercó.

—¿Se dirigen ustedes a los Campos Elíseos?

—No.

Kiwi era la portavoz.

—Es que hace mucho tiempo que nosotros los buscamos y no sabemos dónde están.

—Nosotras tampoco.

Entonces intervine:

—¿Qué son los Campos Elíseos?

Yo, en un primer golpe, solo recordaba los de París.

—Es la morada reservada a las almas de los justos, como nosotros. Para llegar allí hay que atravesar el río Lete.

Entonces caí en la cuenta de lo que buscaban aquellos infelices.

—Ya, pues siento decirle que lo tienen ustedes crudo.

—¿Qué quiere decir?

Reconozco que se me escapó el tono de angustia con el que hizo la pregunta.

—Que se han equivocado de paraíso, que ustedes creían en vida en el paraíso pagano y no en el verdadero, por lo tanto, no van a salir nunca de aquí, ¿me entiende?

Él se quedó callado, parecía a punto de llorar.

Kiwi me lanzó una mirada asesina y se puso a templar gaitas.

—No haga caso a esta bruta que no sabe nada. Tengan ustedes paciencia. La misericordia de Dios es infinita y, cuando menos se lo esperen, estarán en los Campos Elíseos esos o en algo parecido, ya verá.

El hombre se alejó, pero yo creo que antes me sacó la lengua. Kiwi me echó una bronca soberana, por metepatas e insensible, dijo.

Y empezamos el descenso.

Todo estaba silencioso y oscuro.

De pronto, al final de una de las curvas de aquel cono que nos llevaba a la guarida

de Lucifer, vimos luz de antorchas.

Kiwi me cogió de la mano y yo le dije que apretase bien la reliquia.

Y allí estaban los condenados.

Nos quedamos quietas ante el espectáculo. Sin embargo, enseguida comprobamos que ni ellos, ni los diablos que les atormentaban, nos veían.

Estábamos ante un escaparate del horror, separadas por una luna invisible, que a ellos les impedía vernos, y a nosotras tocarles.

Un torbellino de aire negro envolvía a los lujuriosos y les empujaba como si fueran peleles.

Entonces oí a Kiwi que me recitaba a media voz en la oreja:

*El diablo hociudo,  
ojipelambrudo,  
cornicapricudo,  
perniculimbrudo  
y rabudo,  
zorrea,  
pajarea,  
mosquicojonea,  
humea, ventea,  
peditrompetea  
por un embudo.*

¡Dios mío, yo conocía aquella salmodia!, pero la cabeza no me daba para mucho y el espectáculo del tercer círculo me distrajo de pensar.

Allí estaban los glotones. Andaban hundidos en el fango, mientras la lluvia y el granizo les azotaba sin piedad. Junto a ellos, Cancerbero, el perro de tres cabezas y una larga melena confeccionada con serpientes, ladraba sin parar para aumentar su horror y el mío.

Miré para otro lado, no quería verlos y, de pronto, las palabras se me apretaron en la boca.

Entonces, igual que antes había hecho ella, le susurré al oído:

*Amar y danzar,  
beber y saltar,  
cantar y reír,  
oler y tocar,  
comer, fornicar,  
dormir y dormir,  
llorar y llorar.  
Mandroque, mandroque,  
Diablo palitroque.*

Kiwi se quedó boquiabierta.

—¿Cómo sabes tú las palabras mágicas de los chamanes para alejar a los diablos?

—Esas no son palabras mágicas de ningún chamán, son los versos que el poeta Rafael Alberti dedicó al Bosco.

—No es verdad.

—Sí, te lo aseguro, como comprenderás este no es el mejor sitio para dedicarse a mentir.

Se quedó callada y luego preguntó:

—¿Quién era el Bosco?

Suspiré, tampoco parecía el lugar más oportuno para una lección de historia del arte, pero, al fin y al cabo, mientras hablaba a Kiwi del Bosco, igual conseguía olvidarme del horror que nos rodeaba.

—Fue un pintor holandés, Jeroen van Aeken, en España conocido por el Bosco. Murió en 1516, tres años antes que Leonardo da Vinci. Su gran obra fue un tríptico, El Jardín de las Delicias. La parte de la izquierda representa el jardín del Edén, el Paraíso; la del centro, la lujuria, la humanidad que ha sucumbido al pecado; y la de la derecha, el Infierno.

—Y el poeta, que has dicho, se inspiró en el cuadro para componer esos versos, ¿no?

—Eso es. Si salimos de esta, te llevaré al Museo del Prado para que veas El Jardín de las Delicias. Es la pintura más fascinante que te puedas imaginar.

Los gritos de los glotones y los ladridos salvajes de Cancerbero nos devolvieron a aquella realidad espantosa.

Y entonces, para no dejarnos llevar por un ataque de histeria, seguimos recitando las dos a voz en grito, mientras continuábamos el descenso por el cono infernal.

*¡Pío, pío, pío!  
Cabalgo y me río,  
me monto en un gallo  
y en un puerco espín,  
en burro, en caballo,  
en camello, en oso,  
en rana, en raposo  
y en un cornetín.  
Verijo, verijo,  
Diablo garavijo.*

Habíamos llegado al cuarto círculo. Allí estaban los avaros y los derrochones. Juntos, revueltos, condenados a chocar unos con otros. Se daban unos trompicones espantosos sin poderlo remediar.

—Vamos al siguiente círculo.

La voz de Kiwi era serena. La verdad es que el decir aquellos versos a grito

pelado nos tranquilizaba, así que sin ponernos de acuerdo seguimos gritando.

*¡Amor hortelano,  
Desnudo, oh verano!  
Jardín del Amor.  
En un pie el manzano  
Y en un cuatro la flor.  
(Y sus amadores,  
céfiros y flores  
y aves por el ano).  
Virojo, pirojo,  
Diablo trampantojo.*

En el quinto círculo estaban los irascibles. Sus almas, en medio de una humareda negra, nadaban en el lodo, mientras ellos se arrancaban con los dientes la piel a tiras. Juré no volverme a comer nunca más las uñas.

Seguimos nuestro camino, casi sin mirarles.

*El diablo liebre,  
tiebre,  
notiebre,  
sipilitiebre,  
y su comitiva,  
chiva,  
estiva,  
sipiripitriva,  
cala,  
empala,  
desala,  
traspala,  
apuñala  
con su lavativa.*

Ahora fui yo la que tomé el mando, Kiwi flaqueaba.

—Sigue, Kiwi, sigue, no te pares.

*Barrigas, narices,  
lagartos, lombrices,  
delfines volantes,  
orejas rodantes,  
ojos boquiabiertos,  
escobas perdidas,  
barcas aturdidas,  
vómitos, heridas,*

*muertos.  
Predica, predica,  
diablo pilindrica.*

Sexto círculo. Los herejes. Estaban hacinados en tumbas que ardían. Ahogados entre enormes llamaradas que chisporroteaban alegremente, aumentando el espanto por contraste.

Continuamos nuestro camino.

*Saltan escaleras,  
corren tapaderas,  
revientan calderas.  
En los orinales  
letales, mortales,  
los más infernales  
pingajos, zancajos,  
tristes espantajos  
finales.  
Guadaña, guadaña,  
Diablo telaraña.*

El séptimo círculo, el de los violentos, era estrecho y apretado. El minotauro, esa extraña criatura con cuerpo de hombre y cabeza de toro, guardaba aquel infierno. Los condenados eran muchos. Unos estaban sumergidos en un lago de sangre, era la sangre de los inocentes que habían asesinado. Otros, los suicidas, aprisionados en árboles y matorrales. Los blasfemos, quemados por arena caliente y una lluvia de fuego. Algunos violentos corrían perseguidos por perros salvajes.

Apreté la mano de Kiwi para darle ánimos, para darme ánimos.

*El beleño,  
el sueño,  
el impuro,  
oscuro,  
seguro,  
botín,  
el llanto,  
el espanto  
y el diente  
crujiente  
sin  
fin.*

Círculo octavo. Dividido en diez fosas concéntricas que encerraban a los fraudulentos. Los seductores, azotados por demonios. Los aduladores, ahogándose en

un lago de mierda. Los corruptos, enterrados cabeza abajo y las piernas envueltas en llamas. Los adivinadores, andando hacia atrás con la cabeza vuelta del revés. Los traficantes ahogándose en una sustancia viscosa y negra que hervía, parecía alquitrán, chapapote, algo asqueroso. Los hipócritas, soportando una capa de plomo dorado que no les dejaba casi andar. Los ladrones devorados por pavorosas serpientes. Los malos consejeros convertidos en llamas. Los escandalosos, cismáticos y herejes, acuchillados continuamente por la espada del diablo. Los charlatanes, cubiertos de lepra.

Aquel nuevo espectáculo del horror nos dejó mudas.

Seguimos caminando por el cono infernal sin hablarnos.

Por fin, Kiwi dijo.

—Mira, allí está el noveno círculo, es el último.

—Sí.

Los traidores a sus parientes, a su patria, a sus amigos y huéspedes, a sus bienhechores, estaban allí.

Kiwi me señaló a Judas, que penaba en el noveno círculo.

Pero yo no le hice demasiado caso al traidor. Estábamos en el último círculo. Ahora nos tocaba enfrentarnos a Lucifer. Torearle, engañarle y escurrirnos por su espalda para poder escapar de tanto infierno.

Fui yo sola la que terminé los versos de Alberti, porque Kiwi no se los sabía.

*Pintor en desvelo:*

*Tu paleta vuela al cielo,*

*Y en un cuerno,*

*Tu pincel baja al infierno.*

Tenía razón el poeta. El Infierno era un cuerno y nosotras estábamos descendiendo por él. Ahora, si todo salía bien, volaríamos, como la paleta del Bosco, lejos de allí.

Pero Kiwi no me escuchaba, se había adelantado un poco y estaba quieta, petrificada, con la mirada fija en un punto que yo no distinguía.

Me acerqué.

Y lo vi.

Sumergido hasta la cintura en un lago de agua helada, nos miraba tranquilo. Parecía contento de vernos. Nos estaba esperando.

Y dije:

—Satanás, Lucifer, Belcebú, Belial, Azazel, Mefistófeles ...

Kiwi me cortó.

—Achpuch, Meztli, Chamuco, los diablos de mi tierra.

—Y Moluch, el fenicio; Shiva, el hindú; Tarot, el ruso; Yen-lo Wang, el chino;...

—Ya vale, ya me has hecho la demo de tu sabiduría, este no es el momento para jueguecitos.

—Es verdad.

Sí, allí estaba él.

Llevaba el pecho desnudo. La cabeza hermosa, muy hermosa, con una melena rizada y abundante. Los ojos intensos, seductores. La boca sensual. La sonrisa encantadora. Muchas alas fuertes y elegantes, de murciélago gigante, a la espalda. El conjunto era misterioso, atrayente.

—¡Por fin habéis llegado! Venid, acercaros, no os asustéis.

Mientras nos acercábamos, hice un esfuerzo para no dejarme embaucar por aquella voz viril y cálida que nos llamaba. Y empecé a calibrar cómo podríamos engañarle para colocarnos detrás de él y escurrirnos por su espalda. La operación me parecía imposible.

Oí la voz de Kiwi.

—Sujeta bien tu reliquia, es nuestro salvoconducto.

Me di cuenta de que ella también tenía miedo de caer en las redes de aquel ser hermoso y engañador.

Él percibió lo que sentíamos y sonriendo nos dijo.

—¡Eh, eh, no pasa nada! ¡Estad tranquilas! Yo no puedo haceros daño. No puedo reteneros aquí, no pertenecéis a este mundo.

Carraspeé para recuperar la voz y que el temblor no delatara mi espanto.

—Entonces déjanos ir.

Rio a carcajadas con una risa parecida a la de Hugo.

—O sea que queréis salir corriendo. Bien, bien, pero antes vamos a hablar. Luego, vosotras mismas decidiréis si queréis quedaros o iros.

—No tenemos nada de qué hablar.

Kiwi, después de saber que nos podíamos ir cuando nos diera la gana, estaba crecida.

Él le sonrió y dijo con dulzura:

—Mira quién está ahí.

Vi que a Kiwi se le cambiaba la cara y daba un paso hacia delante. Entonces me di cuenta de que una línea de luz nos separaba de Satanás y también comprendí que, si atravesábamos esa línea, entraríamos en su mundo, caeríamos bajo su poder y ya nunca podríamos salir del Infierno.

—¡¡Quieta!! —grité.

Y sujeté firmemente a Kiwi con la mano.

—¡Pero ahí está mi padre!

—No es tu padre, es una imagen virtual que ha creado él mismo para engañarte. Mira esa línea de luz, no podemos atravesarla.

Mi grito había transformado a Lucifer. Ya no era hermoso. Tenía los ojos inyectados en sangre. Las orejas puntiagudas. Los dientes también puntiagudos parecían a punto de morder. Dos cuernos duros y retorcidos le adornaban la frente. Las manos eran dos garras enormes y rojas, muy rojas, como la cara, como el pelo,

como toda su piel.

—Eres un cerdo.

Me salió del alma.

—No, soy un diablo.

Se había recuperado, otra vez era el hombre hermoso y raro de antes.

—Es verdad, ya nos habían avisado Miguel y Hugo.

—¿Cómo está Miguel?

Había ternura y melancolía en su mirada.

Me acordé de la trampa que acababa de tender a Kiwi, para no caer en sus redes, para no compadecerle.

—Miguel está bien, ya lo sabes.

—Quiero hacer un trato contigo.

Ahora era yo su objetivo.

—Contigo no haré ningún trato, te lo aseguré.

—Fortalezas más grandes han caído.

—Puede ser.

—Eres orgullosa. Te gusta el éxito.

—¿Y a quién no?

—Yo puedo conseguírtelo.

Fue un segundo, una visión, allí estaba yo, rodeada de gente importante que me halagaba, que se desvivía por mí. Y un calorcito rico se fue apoderando de mi corazón, la felicidad intensa, que sentía, hizo que me ruborizara, y, de pronto, por las artes del Maligno, me sentí hermosa, querida, respetada, la mejor escritora del mundo..., ¡me sentí tan bien!

Reaccioné poco y mal.

—Tú no puedes conseguir nada.

Me daba cuenta de que estaba flaqueando y él también.

—Sabes que sí.

Miré a Kiwi, queriendo que no escuchara nuestra conversación, queriendo tener las manos libres para decidir.

Kiwi estaba sin estar, él la había neutralizado.

La reliquia me quemaba en las manos, me estorbaba.

—¿Y qué debo darte a cambio?

—Nada, no te voy a pedir que me entregues el alma como Fausto.

—¿Entonces?

—Solo quiero un trocito de la reliquia, solo un trocito, ¿me entiendes?, así podría sentir otra vez el olor del cielo...

Me pareció escuchar un sollozo.

—... el olor del cielo al que un día pertenecí.

Me quedé dudando, luego dije:

—No sé.

—Por favor.

—Pero ¿con qué partirías la reliquia?

—Con esto.

Me acercó la mano con un cuchillito de oro, fino, casi una joya.

Y me entregué.

—Ten.

Mi voz era un susurro.

Luego me acerqué peligrosamente, olvidada de la línea de luz que separaba su mundo y el mío.

Y qué bien olía. Su mano era hermosa, viril, protectora, fácil de querer.

Extendí la mano para entregarle la reliquia y él me rodeó con el brazo, suavemente, con la fortaleza que se abraza a un niño que llora. Entonces pensé que me quedaría allí con él para siempre, y también pensé que, con él, su poder sería el mío. Yo la Reina del Averno, yo la Reina de un reino oscuro y atractivo, yo dueña, poderosa, admirada, temida...

Dejé caer la reliquia en su mano para poder abrazarle con fuerza y entonces...

Una llama terrible me abrasó la mano, que quedó envuelta en el fuego junto a la reliquia. Instintivamente di un salto atrás, el fuego se extinguió y lo comprendí todo. La reliquia me había salvado por segundos, por una nada. Había caído en sus redes como la más tonta de las criaturas. Él se retorció delante de mí, parecía una víbora enloquecida. Blasfemaba a graznidos chirriantes de cuervo. Era una alimaña herida de muerte. Feo, repulsivo, una baba verde se le escurría por la comisura de los labios. Hedía como un muerto viejo. Los dientes, largos y puntiagudos, mordían el aire con bocados de fiera. Se retorció y se retorció sin parar sobre sí mismo, hasta que, entre risotadas y graznidos, me dio la espalda y me enseñó un culo inmenso, negro, lleno de pelos, de caca, desde donde se escapaban unos pedos malolientes que daban ganas de vomitar.

Entonces sentí un tirón. Era Kiwi que tiraba de mí.

—¡Corre, ahora o nunca! ¡Trepas por su espalda!

Le obedecí como una autómatas. La vergüenza, la pena de haberme dejado tentar, el dolor de haber visto tan claramente mi lado oscuro, mis ansias de gloria a cualquier precio... ¡yo que sé!,... todo el horror que tenía escondido dentro y que tenía la misma cara fea del diablo, me había dejado sin fuerzas.

Por fin, Kiwi y yo cabalgamos por aquella espalda escamosa y, de pronto, caímos por ahí, igual que en un tobogán de feria.

Un segundo después, estábamos en el *parking* del hotel.

Todavía sonaban las campanas cuando aterrizamos, debíamos darnos prisa, quizá quedase muy poco tiempo.

Enseguida vimos dos sombras que se acercaban, eran Hugo y Miguel.

Me sentía culpable y apenas pude mirarles.

—Anda, olvídate de la autocompasión que no sirve para nada, tú eres católica y

para los católicos lo importante son los hechos, estás aquí y eso es lo que importa.

Miguel cortó el discurso de Hugo.

—Kiwi, tráganos ya, no hay tiempo. Luego desapareceremos y vosotras salid de aquí deprisa. Hasta que no os alejéis de los límites del hotel estaréis en peligro y esta vez la reliquia no os podrá salvar, como a esa tonta.

No contesté a la alusión, tenía razón.

Un murciélago pequeño, como el que había entrado antes en la bodega, revoloteó sobre nuestras cabezas.

—Venga, rápido.

Kiwi empezó a concentrarse y yo me acerqué a Hugo.

—¿Ya no te veré más?

—No lo sé.

Me quedé sin palabras, las lágrimas no me dejaban hablar.

Hugo me acarició y yo me abracé él, quería retenerle, quería que no se fuera.

Pero la voz de Miguel acabó con mi duelo.

—Bien, bien, señorita, antes con Satán y ahora con Hugo, no está mal lo tuyo.

Y los dos se rieron con aquella voz de otro mundo que tenía también Lucifer.

Entonces Kiwi dijo que ya estaba preparada. Se sentó en el suelo y cogió una reliquia en cada mano.

Había llegado el momento.

Enseguida, Miguel y Hugo se transformaron en dos columnas de humo. Kiwi sorbió el aire hasta que los tragó enteros. Luego, cuando yo pensaba que estaba a punto de reventar, los fue soltando poco a poco. Ella ya no tenía las reliquias. Las dos columnas que salieron de la boca de Kiwi ascendieron al cielo y se perdieron en la inmensidad. Después, dos cometas extraños, llenos de luz, cruzaron el cielo.

—Vamos, corre.

La voz de Kiwi me despertó.

Corrimos al coche. No sé cómo lo puse en marcha. Y unos segundos después, salíamos del recinto del hotel, justo cuando las campanas del tiempo sin tiempo dejaban de sonar.

En la última curva antes de perder la vista del hotel, nos dimos cuenta de que unas llamas gigantes lamían el cielo.

Era el hotel.

Estaba en llamas y se oían las voces de los vecinos de los caseríos cercanos que se acercaban para intentar apagar el fuego.

Nosotras no paramos, seguimos carretera adelante, queriendo perdernos en la noche para que los diablos no nos encontraran nunca.

Habíamos hecho ya varios kilómetros, pero aún se veía el resplandor del fuego en el horizonte. Yo conducía casi sin ver. Solo vivía mi pena. Hugo ya no estaba, ya no estaba para siempre. Entonces fue cuando a Kiwi se le ocurrió poner en marcha la grabadora. Escuché mi propia voz poniendo sonido a las palabras de Hugo.

Y de pronto, ocurrió el milagro.

Kiwi y yo escuchamos el saludo templario:

«*Beau sire*»

Era Hugo el que me hablaba, era su voz, su propia voz, la que me había contado tantas cosas, la que me había regalado unos meses intensos, fuertes, llenos de vida buena.

Hasta que llegamos a casa, hice que Kiwi pusiera una y otra vez la despedida de Hugo.

Y, aún hoy, su voz suena clara dentro de mi corazón.